

**Manoel  
Bomfim**

América Latina:  
Males de origen

Colección de la Unidad Sudamericana



Ministerio de Relaciones Exteriores,  
Comercio Internacional y Culto  
**Argentina**

Dirección de Asuntos Culturales

# AUTORIDADES

PRESIDENTE DE LA NACIÓN ARGENTINA  
**ALBERTO FERNÁNDEZ**

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES, COMERCIO INTERNACIONAL Y CULTO  
**CANCILLER SANTIAGO CAFIERO**

SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES  
**EMBAJADOR PABLO ANSELMO TETTAMANTI**

DIRECTORA DE ASUNTOS CULTURALES  
**PAULA VÁZQUEZ**

**Manoel  
Bomfim**

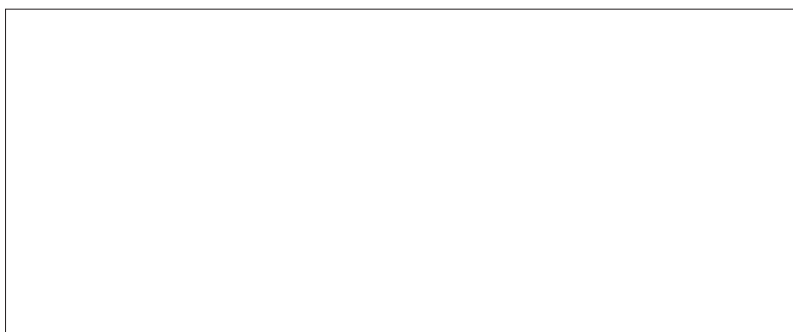
América Latina:  
Males de origen

Colección de la Unidad Sudamericana

---



Ministerio de Relaciones Exteriores,  
Comercio Internacional y Culto  
**Argentina**  
Dirección de Asuntos Culturales



© 2023, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

Primera edición: octubre de 2023

Coordinación general: Paula Vázquez, Directora de Asuntos Culturales  
Curaduría general de la colección: Víctor Jorge Ramos

Realización gráfica: Editorial Universitaria de Buenos Aires  
Diseño de tapa: Alessandrini & Salzman

Impreso en Argentina

Hecho el depósito que establece la ley 11.723



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

## EN DEFENSA DEL MESTIZAJE

Santiago Cafiero

**M**anoel Bomfim fue un intelectual brasileño destacado por sus ideas de avanzada que se alzaron por sobre el sentido común dominante en el Brasil de comienzos del siglo XX. Justamente por ello, no sorprende tanto que esas ideas fueran silenciadas por largos años. Recién en la década de 1960 otro brasileño las rescataría para ubicarlas en el lugar de fundantes de la tradición brasileña del latinoamericanismo. Estamos hablando de Darcy Ribeiro, no casualmente otro autor que integra la Colección de la Unidad Sudamericana a la que hoy se suma este título.

Bomfim se rebeló frente a las ideas hegemónicas de la época, caracterizadas por una profunda cuota de racismo, para subrayar los rasgos progresistas del mestizaje y la combinación de razas en el desarrollo de la historia de su país: para él resultaba ridículo el planteo que adjudicaba las razones del atraso brasileño a los “defectos de formación étnica” de sus habitantes, y que en tal sentido proponía un “blanqueamiento” de la población... Un razonamiento que hoy suena disparatado pero que en su momento sumó muchos adeptos no solo en Brasil sino en todo el continente. También en la Argentina tuvimos muchos predicadores de esas extravagantes posturas.

El autor del libro que prologamos formó parte de la llamada Generación del 900, aquella que integraron los uruguayos José Enrique Rodó, creador del arielismo, el nicaragüense Rubén Darío, el venezolano Rufino Blanco Fombona y el argentino Manuel Ugarte, todos ellos expresiones de un sueño que asumía a América Latina como un conjunto inseparable. A Ugarte también la *intelligentzia* porteña lo fue marginando hasta que en los años 50, Abelardo Ramos lo rescató del olvido publicando algunos de sus libros más importantes.

Esa generación de pensadores latinoamericanistas haría escuela en las décadas siguientes de la mano de nombres como Vasconcelos, Haya de la Torre, Jauretche, el citado Ramos, Felipe Herrera, Helio Jaguaribe, Darcy Ribeiro, Alberto Methol Ferré y tantos otros, unidos, más allá de sus diferencias, por la idea de la integración continental como paso imprescindible para el desarrollo económico y el progreso de sus pueblos.

En estas páginas que siguen, el lector encontrará una selección de los pasajes más sustanciosos de *América Latina: males de origen*, un libro escrito en París en 1903 para dar batalla a ese ideario europeo que descalificaba a los pueblos latinoamericanos como inferiores y condenados sin salvación al atraso político, económico y social. Ideario que era linealmente reproducido por las elites nativas, tan influenciadas por el cientificismo naturalista (y racista) que adoptaban como propio.

Bomfim no creía que el progreso fuera algo que necesariamente debía llegar desde afuera, venciendo por el convencimiento o la fuerza a las resistencias internas. Y resulta interesante que uno de los ejemplos que utiliza en estas páginas sea el del vecino Paraguay, antes de la infame Guerra de la Triple Alianza: “¿Por qué razón –se pregunta– el indígena americano sería refractario a la civilización? En Paraguay, una población compuesta en su mayoría por elementos guaraníes, se alcanzó un grado de progreso social que, en su momento, fue muy superior al de las poblaciones vecinas. Si no hubiera sido por la guerra y la injustificable persecución del gobierno imperial del Brasil, hoy ese pueblo sería una gloria de América del Sur”.

A través de todo el libro, el autor desarticula pieza a pieza esas construcciones basadas en conceptos de razas superiores e inferiores, repudia la idea de que la mezcla de razas pueda conducir a la “degeneración” social y, por el contrario, hace una defensa virulenta del mestizaje que varias décadas después retomarán figuras como sus compatriotas Gilberto Freyre y Darcy Ribeiro.

El libro es también una respuesta al expansionismo norteamericano en América Central y resulta obvio que el autor no se siente muy atraído por la aparente magnanimidad de la Doctrina Monroe, como sí lo hacen muchos de sus contemporáneos, que veían beneficiosa una relativa sumisión al creciente poder de los Estados Unidos.

Afortunadamente, la obra del autor brasileño ha tomado gran vigencia en los últimos años y ha alcanzado una merecida centralidad

dentro del pensamiento social brasileño. Como responsable de esta colección del pensamiento latinoamericano, siento una enorme satisfacción en sumarle una obra de Manoel Bomfim, alguien que según Darcy Ribeiro, era “un pensador original, el más grande que generamos”.





## PALABRAS PRELIMINARES

**U**n libro se debe explicar por sí mismo. Palabras preliminares, prólogos, introducciones, prefacios y otros exordios explicativos son generalmente excesivos o incompletos. Además, muchas veces existen, por fuera del libro, los motivos psicológicos de su concepción, la historia de las ideas que allí se armonizan, sumado a una advertencia oportuna al lector, principalmente se trata de criticar y juzgar gente y hechos.

Este libro se armó espontáneamente. ¿Porque no es un sentimiento natural, dulce y reconfortante, este amor por la tierra natal, por los paisajes que la naturaleza nos reveló, por las cosas que nos enseñaron en la vida? Ciertamente la expansión de los afectos, en el hombre, no se limita simplemente a las tierras que lo nutren y a las poblaciones que le dan convivencia y asistencia. En los que son capaces de amar algo más allá de ellos mismos, el sentimiento se irradia, busca la belleza y la bondad dondequiera que existan, alcanza todo lo que siente, sonríe por todas las alegrías y sufre por todas las penas.

Pero es legítimo, es fatal, que esta necesidad de amar a la naturaleza, a las personas, a la vida, se materialice en las cosas entre las cuales existimos, que nuestros afectos se dirijan a los hijos de la misma tierra donde nacimos, con cuyas ideas y sentimientos coincidimos, cuyas costumbres y lenguaje evocan, para cada uno, su propia historia, las alegrías del pasado, las dificultades superadas, el crecimiento de la inteligencia, la agitación del corazón, atraído y absorbido por la vida que nos rodea.

Los dolores que vemos son los que más nos impresionan, los males que nos rodean son los que más estimulan nuestra compasión;

es natural, por tanto, que el fervor y la pasión de la solidaridad humana se ejerzan entre aquellos cuyos dolores y necesidades conocemos, que nos interesan especialmente porque los comprendemos y evaluamos.

Hoy tenemos conocimiento de toda la humanidad, y toda ella nos interesa. Verla solidaria, unida, liberada de toda opresión, y aprovechando para el bien común –según las necesidades de cada grupo– los recursos que la ciencia ha revelado, es el ideal de todo aquél que tenga un ideal. Sin embargo, a la hora de actuar, es imperativo aplicarnos a la sociedad a la que pertenecemos. Esto es patriotismo; un sentimiento que es noble y digno, siempre que no pretenda imponer dominios. Que es noble y humano, siempre que, luchando por los intereses y necesidades de un pueblo, no se busque resolverlos en oposición a los intereses generales de la especie.

Siempre que, en los enfrentamientos provocados por el egoísmo en furia, cada patriota se limite a defender su ideal y repeler agresiones injustas; a luchar contra las explotaciones y privilegios, y por el progreso moral de la nacionalidad; y a anular las influencias contrarias a ese progreso. Esta es la forma de trabajar eficazmente por la civilización y el bien general. La Patria es un sentimiento y es un hecho; como nos sentimos parte de un medio social, tenemos una patria, fuera de todo pensamiento exclusivista, fuera de toda preocupación agresiva.

Este libro deriva directamente del amor de un brasileño por Brasil, de la solicitud de un estadounidense por América. Comenzó en el momento indefinido en que nacieron estos sentimientos; expresa un poco el deseo de ver a esta patria feliz, próspera, adelantada y libre. Fueron estos sentimientos los que movieron mi espíritu a reflexionar sobre estas cosas, y lo hicieron trabajar sobre estas ideas: el vivo deseo de saber la razón de los males de los que todos nos quejamos. Así se acumularon las anotaciones, las analogías, las observaciones, las reflexiones.

La idea de incorporarlas en un volumen surgió, quizás, hace diez años, al leer el libro de Bagehot, *Physic and politic*. ¿Qué tienen en común estas páginas con la obra sustancial del sociólogo inglés? Nada. Ni siquiera lo tengo presente ahora, al darle forma definitiva a este trabajo, ni siquiera tengo ninguno de los libros que me inspiraron. Aquí, donde escribo como extranjero, sólo tengo apuntes recopilados durante nueve años; si no fuera así, tal vez este trabajo habría tomado otra forma aunque las ideas no serían distintas. Estas

mismas ideas, ahora desarrolladas, ya las he presentado en parte, en forma resumida, en el prefacio a la excelente *Historia de América*, de Rocha Pombo<sup>1</sup>, opinión que deriva precisamente de esta ya vieja inquietud.

En 1897, cuando el director general de Instrucción Pública anunció el concurso de un compendio de Historia de América, solicité el honor, como miembro del Consejo Superior de Instrucción Pública, de opinar sobre las obras que se presentaban: tal era mi interés en este tema y la única manera de explicar mi pretensión de tratar asuntos ajenos a mi especialidad, y para los cuales no podía presentar ningún certificado oficial de competencia.

Los apuntes se amontonan, el libro va tomando cuerpo poco a poco, observaciones y reflexiones recogidas de cada una de las crisis, desalientos, dudas y entusiasmos de la vida que, en medio de las dificultades, vamos viviendo. Llegando aquí, a Europa, no sólo la nostalgia por los cielos americanos sino también la apreciación directa de la reputación perversamente malévola de la que es víctima Sudamérica, provocaron en mí una reacción afectiva que se traduce en la publicación de estas páginas. De lo contrario, tal vez no saldrían a la luz.

Es un libro nacido, animado, alimentado y difundido por el sentimiento; no el sentimiento de intereses personales, que nublan la razón y pervierten el juicio, sino un sentimiento que sólo aspira a alcanzar la verdad, la causa efectiva de esos males dentro de los cuales todos somos infelices; el deseo de elevarse a la civilización, a la justicia, a todo progreso.

Sigue aquí la exposición de una teoría, construida con hechos y deducciones tal como la ciencia nos los presenta. El lenguaje general del libro, sin embargo, ciertos comentarios, parecerán indebidos o inapropiados para una demostración que así se fundamente. Para ciertos críticos, sería preciso que adoptara una forma impasible, fría e impersonal. Para tales personas, todo argumento pierde su carácter científico sin ese barniz de impasibilidad y, por otra parte, bastaría

1. Es momento aquí de contar el placer que sentí al comprobar que el escritor (el único que se presentó) cuyo libro relaté, si bien estudió sólo los hechos históricos y desde el punto de vista didáctico, llegó a esta conclusión: que los males actuales de América Latina no son más que el peso del pasado nefasto, conclusión que ahora demuestro y documento cuando estudio los efectos del *parasitismo de las metrópolis*, al que ya me he referido.

afectar la imparcialidad para tener derecho a ser proclamado rigurosamente científico. ¡Pobres almas! ¡Qué fácil sería imponer teorías y conclusiones sociológicas, templando el lenguaje y amoldando la forma a la hipócrita imparcialidad que exigen los críticos miopes!...

No, prefiero decir lo que pienso, con la pasión que me inspira el tema. La pasión no es siempre ceguera ni impide el rigor de la lógica. Además, es bastante fácil para cada lector juzgar por sí mismo el valor de estas demostraciones y la lógica de las conclusiones: ellas se fundamentan en hechos universalmente reconocidos.

Toda doctrina que se base en la observación y la teología, y esté de acuerdo con las leyes generales del universo, debe considerarse verdadera hasta que se demuestre lo contrario. La pasión del lenguaje, aquí no disimulada, traduce la sinceridad con que esas cosas fueron pensadas y escritas.

Manoel Bomfim

París, marzo de 1903

# AMÉRICA LATINA. UN ESTUDIO DEL PARASITISMO SOCIAL

*Los Estados actúan entre sí como hordas de salvajes; no los detiene ninguna ley moral, ni deber moral; sólo los embarga el miedo que les inspira el más fuerte; y el más fuerte no conoce ni derecho, ni ley, ni tratado, ni alianza, cuando espera servir útilmente a su causa y a sus intereses. Esto es, sin duda, lo que se admite universalmente.*

L. Cumplowicz

En *Le faible attire les coups*, M. Demongeot

## EUROPA Y AMÉRICA LATINA: LA OPINIÓN CORRIENTE

I

**L**a opinión pública europea sabe que América Latina existe... y sabe además que es un pedazo de continente muy extenso, habitado por españoles, un continente muy rico, y cuyos pueblos se sublevan con frecuencia. Esas cosas, sin embargo, ya se le aparecen en un sentido vagamente limitado: riquezas, grandes extensiones de tierras, revoluciones y pueblos, todo se confunde para formar un mundo legendario, de leyendas sin mucho encanto por carecer del prestigio de la antigüedad. Dónde están esas riquezas, cuánto valen, cómo se hacen las revoluciones, quién las hace, dónde las hacen: son preguntas que ni siquiera se definen en la lejanía oscura de esta visión única: América del Sur... Es de ella que se habla. Incluso

cuando vienen nombres particulares –Perú, Venezuela, Uruguay–, no importa: lo que sea que esté ahí, la imagen que se tiene en la mente es la de América del Sur.

Sin embargo, si Europa ignora qué es este pedazo de Occidente, no olvida que existe y en los últimos tiempos, incluso, le ha dedicado especial atención. Esto no significa que le dé el espacio y la importancia que le dedica a los Balcanes, Macedonia, Asia Menor, África o el Lejano Oriente, porque, en definitiva, allí cuida lo que ya le pertenece. Pero las naciones latinas del Nuevo Mundo no pueden quejarse de ser ignoradas. Cada incidente, aun sin gran relevancia, encuentra repercusión en la prensa europea.

Cierto es que no aparece ninguno de esos largos, fundamentados y sabios estudios, donde maestros en asuntos internacionales dicen lo que saben sobre la historia política, social y económica del país de que se ocupan, para luego llegar a sus conclusiones. No. Como siempre, cuando se trata de las repúblicas latinoamericanas, los doctores y publicistas de la política mundial se limitan a redactar sentencias invariables y condenatorias. Escuchándolos, no hay salvación posible para tales nacionalidades. Esta es una opinión que está profundamente arraigada en la mente de los gobiernos, sociólogos y economistas europeos.

Como variantes de tales sentencias, se limitan a dictar, de vez en cuando, algún consejo axiomático, pero lo hacen con la punta de los labios, en el tono en que el maestro de escuela repite al alumno indisciplinado y reincidente: “Si me escucharas, si no fueras un sinvergüenza, harías esto y esto y aquello..., ¡pero no sirves para nada!... ¡Nunca harás nada! ¡Nunca sabrás nada! ¡Nunca será nada!...”.

Así nos tratan y, mientras tanto, América del Sur mantiene la reputación de ser “el continente más rico del globo”, donde fluyen todos los Pactolos, a El Dorado, tierras que tienen en sí, acumuladas, todas las riquezas, esperando solamente que hombres dignos, laboriosos y sabios vengán a ocuparlas para hacerlas valer. Y Europa, que ya no soporta el número de habitantes, y cuya avidez y codicia estallan a medida que aumenta la población, no quita los ojos del continente legendario.

Condenando a las sociedades que en él viven, los voceros de las opiniones vigentes en el Viejo Mundo no pueden ocultar sus sentimientos sobre el futuro que aspiran para las naciones sudamericanas. Algunos de los más temerarios lo dicen sin rodeos; otros –los que saben hacer las cosas– ocultan un poco sus

pensamientos. Pero quien lea entre líneas encontrará allí el reflejo de este concepto general: “Es lamentable e irritante que, mientras Europa, sabia, civilizada, industrializada y rica, se retuerce comprimida en estas estrechas tierras, unos cuantos millones de perezosos, mestizos degenerados, alborotadores y bárbaros, se digan señores de inmensos y ricos territorios, entregándose al fanfarroneo de considerarse naciones. Está comprobado que son incapaces de organizar verdaderas nacionalidades; lo que Europa tiene que hacer es olvidarse de sus idiotas contemplaciones y compromisos...”.

Este es el sentimiento general que traduce no sólo un juicio categóricamente desfavorable hacia nosotros, sino también cierta mala voluntad de parte de quienes ven en las naciones sudamericanas de hoy un obstáculo para la posesión y disfrute de una riqueza apetecible<sup>1</sup>. A veces esta mala voluntad estalla; los apetitos reprimidos salen a la luz en forma de denuncias, a las que habría seguido el ataque formal si no fuéramos Estados Unidos; este continente ya estaría infinitamente más ensangrentado, sería más bárbaro de lo que es hoy.

1. No hay exageración, ni una falsa apreciación al hablar de *mala voluntad* en estos términos. Ahí es evidente. Basta leer la prensa europea –cualquiera sea– y reflexionar sobre su modo de encarar el accionar de las naciones sudamericanas. No hace mucho, en el conflicto anglogermano-venezolano, había dos hechos a considerar y juzgar: la vida política de Venezuela, la forma en que se conduce representada por su gobierno y el comportamiento de las naciones que realizan el bloqueo. Bueno, en cuanto al primer caso, todos los periódicos, franceses, alemanes, italianos, austríacos, ingleses; todos –ultramontanos, reaccionarios, imperialistas, conservadores, moderados, liberales, republicanos, radicales, socialistas, anarquistas–; todos, hasta esos periódicos que se contradicen y discrepan hasta en la afirmación de los hechos materiales, y basta que digan “llovió” para que el otro lo contradiga “no llovió”; todos, incluidos éstos, se unieron para condenar a la pobre Venezuela. En cuanto a la conducta de los ingleses, alemanes e italianos, los juicios variaban: unos elogiaban, otros justificaban, otros censuraban, otros condenaban, según sus tendencias patrióticas o sus rencores. La unanimidad contra la república sudamericana fue, sin embargo, sublime y perfecta. Y nadie se tomó el tiempo de dar las razones de esta condena: es una *república sudamericana*, esto vale un libelo. Son naciones que no pueden tener razón. Cabe señalar que, en los últimos días, la heroica y digna resistencia de los venezolanos ante los brutales ataques de los barcos alemanes ha movido un poco las páginas humanitarias –sólo éstas– y han aparecido algunas líneas que hablan de Venezuela, pero en nombre de su debilidad; no se le reconocieron otros títulos, otras razones de justicia a favor de su derecho, sino el de ser débil.

## II

Este espíritu, esta forma de ver, se sostiene también por el absoluto desconocimiento de los publicistas y sociólogos europeos sobre América Latina. Puede decirse que esta condena tiene una doble causa: la afectiva, interesada, y una causa intelectual: la total ignorancia de nuestras condiciones y nuestra historia social y política, pasada y presente. Esta es una verdad que se refleja en cada concepto con que nos agobian.

De nuestra vida política, sólo ven los sucesos extremos, las crisis violentas, las luchas armadas; y los ven a granel, en este escenario indeciso y único, la América del Sur... Todo el análisis que hacen de los sucesos y sus causas consiste en contar y sumar:

“En un año hubo tantas revoluciones en América del Sur”, o haciendo este cálculo rudimentario: “Venezuela, en tantos años, ha tenido tantos gobiernos y ha adoptado tantas constituciones...”. Imagínese que cualquier sociólogo aplicara este juicio sumario... ¡a Francia, por ejemplo! Sin embargo, a esto se reducen sus críticas y, hecho el cálculo, sentencian sin vergüenza: “Nunca será una nación; tal pueblo es incapaz de gobernarse a sí mismo”.

Cuando, por casualidad, van un poco más allá en el análisis de los motivos de las luchas y pretenden dar las razones de sus juicios categóricos, son hasta grotescos por lo absurdo de los conceptos, lo absurdo de las valoraciones basadas en las más mínimas apariencias.

¿Qué es lo que ellos ven en América del Sur?

Se preparan levantamientos, se hacen revoluciones, a menudo se reemplazan gobiernos, los partidos políticos luchan frecuentemente en guerras encarnizadas que a veces duran años. Estos hombres naturalmente tienen sus jefes, que los conducen a la batalla; y esos jefes, por analogía con otras guerras, reciben el nombre de generales. A veces los generales pertenecen efectivamente a las milicias llamadas ejército pero, en este caso, el general es un caudillo, poseído por la pasión política, hecho de los mismos sentimientos que los demás políticos.

No hay, en su psicología, ninguno de los rasgos que caracterizan el tipo de cesarismo europeo; pertenece al ejército, como pertenecería al clero (en México y Brasil, muchos de los ex caudillos y revolucionarios fueron sacerdotes), o como pertenecería a cualquiera de las otras clases o profesiones. El hecho es que en estas guerras participa casi todo el mundo, y los caudillos que las dirigen provienen



de todas las clases sociales; sin embargo, como llevan el título de generales, cuando las agencias anuncian los resultados de los combates, sale la nota: “En... el general X depuso al general Z... las tropas del general F fueron derrotadas por el general Y...”. Esto es suficiente para que los liberales del Viejo Mundo proclamen que las repúblicas sudamericanas “están afectadas por un cesarismo crónico”, y por lo tanto están perdidas.

Ahora bien, cualquiera que conozca aunque sea un poco sobre las condiciones y el ánimo de quienes hacen estas revoluciones -de un lado o del otro- sabe que no hay nada menos parecido al cesarismo europeo que el caudillismo sudamericano; no hay individuo menos dotado de espíritu militar que el caudillo. No se debe confundir el espíritu militar y las inclinaciones cesarinas, con instintos guerreros y carácter rebelde; son incluso cosas antagónicas, en una cierta medida. El espíritu militar se caracteriza por la sed de conquistas en el extranjero y, en el interior, por la tendencia de los cuerpos armados a organizarse en clases cerradas, dominando al resto de la sociedad.

En América del Sur, el hábito de la rebelión, común a todas las clases, es hasta incompatible con el espíritu militar; de las repúblicas sudamericanas se puede decir que son naciones que tienen tanto de guerreras como poco de militares. Cabe señalar también que, de todas ellas, las más militares y conquistadoras son precisamente aquéllas donde el caudillismo casi no existe.

Una prueba de esta exageración de la malevolencia -y bastante expresiva- es el juicio que todos hacen sobre la honestidad personal de los políticos sudamericanos<sup>2</sup>.

2. Aquí está la opinión del más socialista entre los grandes diarios parisinos, *L'Aurore*: “Las repúblicas sudamericanas, *regularmente* saqueadas por sus providenciales salvadores...” Compárese este punto de vista con el del más anti socialista de los filósofos franceses. M. Le Bon, fuera de un grueso volumen de 500 páginas destinado a probar que los socialistas son los ineptos e imbéciles, los grandes envidiosos y traicioneros, meros especuladores: “Ellas -las repúblicas sudamericanas- todas, sin una sola excepción viven de préstamos europeos que bandas de políticos corruptos se reparten entre sí... En estas repúblicas miserables, el saqueo es generalizado, los presidentes son asesinados regularmente para permitir a un nuevo partido llegar al poder, y a su vez enriquecerse”. Ahora bien, para que los espíritus, incompatibles entre sí en cuestiones sociales y políticas, lleguen a este acuerdo absoluto en el juicio de los hechos políticos y sociales, es necesario que tal juzgamiento no sea más que el reflejo de un concepto general. Incluso parece que el socialista copió al anti socialista. No. Estoy seguro de que al momento de escribir este atropello a los políticos sudamericanos, el

Tres o cuatro políticos sudamericanos vinieron a Europa acusados de malversación de fondos y con fama de ricos. Eso fue suficiente; nadie indagó sobre el concepto de que esas personas fueron detenidas en su patria cuando se descubrieron sus delitos; si preguntaran, encontrarían que fueron expatriados precisamente porque allí la opinión pública los condena de tal manera que los hace incompatibles con la sociedad. Nadie fue informado, para saber que estos malversadores son una excepción. Aparecieron tres o cuatro casos, eso les bastó para concluir que todo político sudamericano es un ladrón.

¿Qué importa que haya países como Brasil, donde entre todos los presidentes de los consejos, no hubo uno que no fuera considerado y reconocido como un hombre íntegro y limpio, que vivía de sus propios recursos, y que todos en general eran pobres? ¿Qué importa que entre todos los presidentes de la República -en tiempos convulsionados, cuando todos ejercían el poder discrecional- no haya uno solo que no sea universalmente considerado como riguroso, escrupulosamente honesto desde el punto de vista de intereses pecuniarios, cada uno de ellos saliendo del gobierno tan poco millonario como entró?

Esto de nada sirve para la pobre América del Sur; es juzgada y condenada por Europa por la deshonestidad de sus estadistas... ¡Por esa Europa, cuyos escándalos en esta materia estallan por doquier y son tan difundidos que se han vuelto normales! Es tan monstruosa esta manera de juzgar, tan estúpida la injuria que, a pesar de la malevolencia, no se habría generalizado si no fuera por la ignorancia, que abarca a todos, de las cosas sudamericanas.

Como prueba, se puede comprobar cómo esta ignorancia se manifiesta incluso en obras y libros imparciales por naturaleza<sup>3</sup>.

---

periodista no reflexionó en absoluto sobre la posibilidad de que su juicio, que no es el suyo, sea de los demás; no sabía, tal vez, que ésta era también la opinión de su irreductible adversario; pero si te lo dicen, no te parecerá extraño. Tampoco sorprenderá a nadie esta unanimidad de opinión, cuando sabemos que descansa en una malevolencia instintiva, tal vez inconsciente, y que lleva a los individuos, incluso a los más humanos, a aceptar como verdaderas todas las informaciones pesimistas sobre nosotros, y a generalizar en todas las clases y generaciones el comportamiento sospechoso o deshonesto de uno u otro político (febrero de 1903).

3. Un ejemplo típico son esas treinta líneas que se pueden leer en la *Historia de la Civilización* de Seignobos, y que representan todo lo que él creyó necesario decir sobre Brasil. Se componen de declaraciones como éstas: “Los paulistas

## CONSECUENCIAS DE LA MALEVOLENCIA EUROPEA

I

Sin embargo, sería una verdadera ventaja para Europa conocer bien, para juzgar con certeza y justicia, la situación y las condiciones políticas y sociales de los países sudamericanos. Ella tendría una gran ventaja y, por lo tanto, también la tendría la humanidad y la civilización en general, y nosotros en particular.

Para los países de América del Sur, esto representa casi una cuestión de vida o muerte. En primer lugar, porque este juicio universal condenatorio sobre nosotros se refleja de manera muy nociva sobre nosotros mismos. Somos el niño al que se le dice continuamente “No sirves para nada; nunca serás nada...”, y que terminará aceptando esta opinión, amoldándose a ella, desmoralizándose, perdiendo todo estímulo.

Y si además no se pierden todos los estímulos, y si uno u otro estadista se esfuerza por seguir el consejo axiomático que acompaña a estas sentencias implacables, este consejo está tan alejado de la realidad de las cosas, corresponde tan poco a nuestras necesidades que, al ponerlo en práctica, estos políticos bien intencionados o ávidos de la simpatía de la opinión pública europea, agravan aún más la situación política y económica de su país, porque tales consejos se basan siempre en conocimientos superficiales o nulos, en juicios falsos, y son en la mayoría de los casos, si no completamente imbéciles, al menos inaplicables.

En segundo lugar, porque si se mantiene este estado de ánimo hacia nosotros, tarde o temprano seremos atacados, brutal o incisivamente, en nuestras soberanías como pueblos independientes, y, en un caso u otro, se verá afectado el desarrollo de estas sociedades sudamericanas. Nada en el mundo podrá impedir que en este continente se desarrollen luchas sangrientas, incomparablemente más

---

formaron, en el siglo XVIII, un pueblo independiente... Brasil se convirtió en un Estado independiente, pero sin disturbios. El Regente, hermano del Rey de Portugal, tomó el título de emperador de Brasil en 1826”. Está completo, ¿no? Cabe señalar que este Seignobos es una figura destacada de la educación superior en París, un profesor entre profesores, un consultor universal sobre historia contemporánea y civilizaciones modernas, repartiendo diariamente lecciones y juicios a diestra y siniestra.

feroces y bárbaras que las revoluciones actuales. A menos que Europa se convierta a sentimientos de relativa equidad, y que las naciones civilizadas resuelvan dirigir sus acciones de acuerdo con los principios de justicia y solidaridad humana, que los hombres aceptan individualmente, a menos que se produzca un milagro, América del Sur, los pueblos latinoamericanos tendrán tanta suerte como India, Indochina, África, Filipinas, etcétera.

Guétant proclama la verdad cuando afirma que: *“Le droit des gens n'existe que pour ceux auxquels il est avantageux de l'appliquer; mais il est loisible d'attaquer traitreusement le peuple qui n'aura pas voix délibérative au Congrès de La Haye pour dénoncer l'infamie du procédé”*. Por ahora, nos preserva la teoría de Monroe detrás del poder y la riqueza de los Estados Unidos; y éste es uno de los graves inconvenientes de la actitud malévola y agresiva de Europa. La perspectiva de un ataque no desaparece por este motivo; nada garantiza que la gran República quiera mantener, para siempre, este papel de salvaguarda y defensa de las naciones sudamericanas.

Cabe señalar que los efectos de los juicios y conceptos con los que Europa nos condena se reflejan en la opinión pública estadounidense, y que los políticos estadounidenses también nos consideran ingobernables, casi inútiles. En estas condiciones, la doctrina Monroe se les aparece, en lo que se refiere a América del Sur, como una preocupación platónica, sentimental; ellos la conservan más por orgullo nacional que quizás por cualquier otro motivo.

Ahora bien, a un pueblo práctico e interesado hoy directamente en todas las grandes cuestiones internacionales, debe parecerle finalmente sin sentido estar aceptando desafíos, y arriesgando temibles luchas para proteger la vida y la soberanía de naciones que, en definitiva, ellos consideran inferiores; y es legítimo, por lo tanto, creer que un día la gran República podrá cambiar de rumbo, y admitir combinaciones diplomáticas tendientes a la soñada invasión de América Latina<sup>4</sup>.

4. Esta obra ya estaba escrita cuando el gobierno argentino, entendiendo, y muy bien, que esta doctrina Monroe, aplicada y formulada como lo hace la gran República, sin ningún acuerdo con las demás potencias americanas, es más bien un ataque a la soberanía de esas otras naciones que una garantía, intervino ante el Ministerio americano de Relaciones Exteriores, para que redujese a términos explícitos la interpretación de la misma doctrina, previa audiencia de los demás gobiernos de los países interesados. Se envió una nota en este sentido, en la que se recordó la conveniencia de declarar: “que los intereses económicos no deben

La perspectiva no cambia, y arrastrará, hoy o mañana, a las pobres naciones latinoamericanas a perturbar aún más su organización social y económica, armándose lo mejor que puedan para defenderse. Además -dado que incluso Estados Unidos está dispuesto a apoyarnos y protegernos *aeternum*-, aun así, terminaremos perdiendo nuestra soberanía y calidad de pueblos libres. La soberanía de un pueblo se anula en el momento en que tiene que aceptar la protección de otro.

Al defendernos, América del Norte inevitablemente nos absorberá. Creo que tal absorción no está en los planes de los estadistas americanos; pero es una consecuencia natural de la situación de protegido y protector. De hecho, parte de nuestra soberanía nacional ya ha desaparecido; para Europa, ya existe un protectorado de Estados Unidos sobre América Latina.

Con motivo de la Convención de la Paz, en La Haya, todos recuerdan, las naciones sudamericanas no fueron invitadas porque los gobiernos europeos entendieron que no eran lo suficientemente soberanas, y que los intereses y opiniones de los pueblos americanos estaban perfectamente representados y garantizados por los Estados Unidos, invitados así tácitamente a ejercer cierto protectorado sobre el resto de América. Sólo bajo estas condiciones Europa reconoce la teoría de Monroe<sup>5</sup>.

---

servir de motivo para las intervenciones armadas de las naciones europeas en América". Los principios alegados en la nota citada son principios vigentes en el derecho internacional; sin embargo, el Gobierno americano respondió evasivamente, reconociendo la legitimidad de tales intervenciones, y reservándose el derecho de interpretar, por sí mismo, la Doctrina Monroe, según su mejor conveniencia en el momento, o incluso de negarla, si le pareciera bien. Comentando este procedimiento, la Prensa de Buenos Aires, del 23 de marzo de 1903, escribe: "Esta situación es evidentemente favorable a la Unión, pero no a las nacionalidades sudamericanas, que viven bajo una protección ofrecida, que nunca han pedido y cuyos alcances ignoran... en el concepto de Europa donde la doctrina de Monroe se interpreta como un protectorado político de los Estados Unidos". Son consideraciones muy justas, y que resumen una situación peligrosa en la que se encuentran las naciones sudamericanas.

5. En 1887, ya el conocido escritor Quezada manifestó, en protestas explícitas, sus temores respecto de esa sub alteridad a la que reduce la doctrina Monroe a América Latina: "Es un invento norteamericano que, en 72 años, no ha tenido aplicación práctica. Se dice *América para los americanos*, pero se agrega flemáticamente del Norte... Ésta es la interpretación genuina". En 1900, en un discurso conmemorativo en París, el jurista vuelve sobre sus temores y afirma: "Ya se ve la acción lenta, pero eficaz, de los Estados Unidos en las naciones iberoamericanas: la doctrina

## II

Aquí está la realidad de las cosas.

¿Podrán, deberán las nacionalidades latinoamericanas resignarse a esta situación? Ciertamente no. Por muy simpáticos que sean con nosotros los Estados Unidos, nación cuyo desarrollo y progreso todos los pueblos americanos ven con agrado y orgullo, por muy grandes que sean estos sentimientos de estima, no hay país en América Latina que no rechace la idea de abdicar a su soberanía, absorbida por la protección americana. Aparte de los prejuicios incluso patrióticos naturales, está el hecho incontestable de que esta absorción no puede hacerse sin perjuicio y daño a nuestro progreso, sin mayores perturbaciones en nuestro desarrollo social.

Me refiero a la condición de las sociedades que ahora existen en América del Sur: su suerte se deteriorará, sufrirán aún más, si algún día Estados Unidos tiene que intervenir en su vida política. Hay, quizás, quienes se hacen ilusiones al respecto, y por ello creo que vale la pena discutir largamente esta hipótesis; lo haré en otro capítulo, cuando haya examinado debidamente la situación real de los pueblos sudamericanos, y la verdadera causa de los males que aún impiden su organización definitiva y su progreso.

Tales son las consecuencias para nosotros de la malévola reputación que se ha hecho en Europa sobre nosotros. Nos avergüenza. Es cierto que, en esta hora de egoísmo universal, esto no conmueve mucho a los estadistas europeos; pero podrían reflexionar sobre el caso y ver que los propios intereses de Europa, y la causa de la humanidad en general, sufren de esta malevolencia sin fundamento. Porque, en

---

monroísta no es sino la tutela disfrazada de aquéllos que se consideran superiores por su energía, riqueza y conciencia de su propio valor". En 1895, *Revista de Chile*, t. VIII, publicó un artículo donde destacaba que: "El repentino cambio de la política tradicional de Estados Unidos en la actual tendencia imperialista, tiene que consolidar en la gran república del norte la pretensión arrogante de los políticos de la escuela de Blaine, quienes consideran como *destino* manifiesto de ese país ejercer la hegemonía comercial y la tutela política en las demás repúblicas del continente". Al norte, ya no son simples aprensiones, sino quejas, esa absorción allí es un hecho. En 1879, el estimado escritor costarricense Máximo Soto publicó una novela que es la descripción de esta absorción; es imprescindible leer "aquellas páginas apasionantes y llenas de tristeza, para hacerse una idea de cómo la raza sajona primero dominó y luego desplazó metódicamente a las razas centroamericanas españolas. Para las demás naciones latinoamericanas, la suerte será la misma, si no reaccionan: es cuestión de tiempo, concluye un escritor que las conoce".

fin, las grandes naciones colonizadoras aún no han podido avanzar en el continente sudamericano; tal vez incluso ellos no lo hagan muy pronto; pero, mientras tanto, Europa todavía necesita ser expatriada, y es a esta América a donde emigran muchos; la vida les parece más fácil aquí que allá; sin embargo, será más difícil, necesariamente precaria la permanencia, si los gobiernos de sus patrias persisten en tratar a las naciones sudamericanas como nos vienen tratando últimamente.

Todos sabemos –y Europa incluso lo reconoce– que estas famosas “quejas”<sup>6</sup> e “indemnizaciones”, que los Estados europeos –los fuertes– cobran a cañonazos, por lo general no tienen sombra de justicia, ni de derechos. A las desdichadas naciones sudamericanas no se les reconoce ni siquiera el derecho a discutirlos: llegan naves heroicas, con cañones amenazantes, listos para funcionar si el pago se retrasa, se desangran poblaciones para llenar los bolsillos de los aventureros que tienen la suerte de pertenecer a una nación fuerte, y saben cómo usar esta fuerza para enriquecerse.

Es natural que estas violencias y extorsiones se paguen con odio. Todo el mundo reconoce que si los gobiernos europeos se prestan tan de buena gana a los juegos y hazañas de tales aventureros, es porque están convencidos de que los miserables atacados no pueden responder del mismo modo, y que, por tanto, no hay motivo para escatimar la autoestima de tales nacionalidades: estamos condenados, tenemos que desaparecer, lo mejor es matarnos poco a poco, quitándonos las ilusiones de soberanía y los escasos recursos materiales.

Todos sufrimos con esto; y el extraño sufre con nosotros; tal vez sufre más que nosotros, porque sufre todos los efectos generales de estas extorsiones y desórdenes, practicados en beneficio de media docena de explotadores, y sufre más por el odio y la desconfianza que se desarrollan a su alrededor, odio natural y desconfianza. El odio no refleja, y en tales casos es la reacción necesaria contra el aventurero infractor. Reflexionando, se impone la desconfianza: nadie sabe si el extranjero que hoy es amigo no será mañana el causante, el instigador de la violencia...<sup>7</sup>

6. Todas ellas son, más o menos, del tipo y valor como que el gobierno brasileño tuvo que pagar “a un alemán, que aseguraba haber perdido los testículos a causa de un tiro de las tropas brasileñas”, y que, meses después de embolsarse el dinero, se casó y tuvo hijos.

7. Es natural, es humano que hoy los venezolanos consideren y traten como enemigos a los ingleses, alemanes e italianos que emigraron a su país, que desconfíen

### III

¿De ahí deberá concluirse que estas violencias y extorsiones son la única causa de los males que nos atormentan? No, precisamente, dichas violencia sólo se producen porque otras causas, que vienen de lejos, perturban y entorpecen profundamente nuestro progreso. Reconociendo esta verdad, también tenemos que reconocer que nuestra situación social, política y económica es bastante triste. Cuando los publicistas europeos nos consideran países atrasadísimos, evidentemente tienen razón; no es este juicio el que nos debe doler, sino la interpretación que le dan a este retraso, y principalmente las conclusiones que de él sacan, y con las que nos hieren.

Efectivamente, los pueblos sudamericanos se presentan, hoy, en un estado que apenas les da derecho a ser considerados pueblos civilizados. En casi todos ellos, incluyendo muchas partes de Brasil, la situación es verdaderamente deplorable. Las naciones nuevas deberían progresar como 100, mientras que las viejas y cultas progresan como 50; sólo así podrían alcanzarlas y disfrutar de todos los beneficios que están vinculados a las civilizaciones avanzadas. Sin embargo, marchan despacio, como 10, es decir, se retrasan, se alejan cada vez más de la civilización moderna. Y todos sufrimos los efectos de este retraso.

Hay casos en que, en un estado de relativa barbarie, los pueblos pueden ser felices: cuando, por estar aislados, no sienten los efectos de su inferioridad, ésta casi no existe. Pero, en nuestro caso, participando directamente de la civilización occidental, perteneciendo a ella, relacionados directa, íntimamente con todos los demás pueblos cultos, y estando al mismo tiempo entre los más atrasados, y por lo tanto los más débiles, somos necesariamente infelices. Sufrimos todos los males, desventajas y cargas fatales de las sociedades cultas, sin disfrutar casi ninguno de los beneficios con que el progreso ha suavizado la vida humana.

---

de ellos, y consideren preferible que tales invitados nunca hayan ido allí. Es natural que la situación de los europeos sea hoy más desagradecida que antes. De esto pueden derivar represalias y conflictos, que impidan por mucho tiempo la fusión de los diversos elementos sociales, condición indispensable para el progreso general; se romperán los lazos de simpatía entre los miembros de una misma sociedad, se agravará la situación moral, tanto de los nacionales como de los extranjeros.



De la civilización sólo nos quedan las cargas: ni paz, ni orden, ni garantías políticas; ni justicia, ni ciencia, ni comodidad, ni higiene; ni cultura, ni instrucción, ni placeres estéticos, ni riqueza; ni el trabajo organizado, ni el hábito del trabajo libre, muchas veces, ni siquiera la posibilidad de trabajar; ni actividad social, ni instituciones de verdadera solidaridad y cooperación; ni ideales, ni glorias, ni belleza...

Son sociedades nuevas, sin lugar a dudas vigorosas, listas a actuar, pero en las que toda acción se resume en la lucha de tierra a tierra por el poder, en la política, en su forma más mezquina y torpe. Fuera de ahí es el estancamiento: la miseria, los dolores, la ignorancia, la tiranía, la pobreza. Explotadas por el mercantilismo cosmopolita y voraz, inmoral y disolvente, retrasadas en el cálculo, egoístas e inhumanas por naturaleza, estas sociedades pobres no saben ni pueden defenderse.

¿Entonces, cómo se explica este retraso de nuevas naciones, ciertamente vivaces, establecidas en territorios propicios, fértiles y perdonadores?

Este es un problema en el que nadie se ha tomado aún el tiempo conveniente para encontrar las verdaderas causas del atraso, y deducir de ellas la regla de procedimiento capaz de llevar a estas sociedades a la situación que les corresponde.

Son pueblos que tienen todos los elementos para ser prósperos, adelantados y felices, y que, sin embargo, llevan una vida dolorosa y difícil: ¿por qué? Es ante esta anomalía, desconcertante para muchos, que los estadistas miopes emiten sus famosos axiomas: el mal proviene de la inestabilidad de los gobiernos, de las revoluciones frecuentes, de la irregularidad del tipo de cambio, del papel moneda inconvertible, de la falta de brazos... Es toda la serie de los síntomas del atraso, presentados como causa; y entonces los más valientes deciden, cada uno por su turno, luchar por aquella causa que creen principal...

No comprenden, estos tristes políticos, que un pueblo sólo hace revoluciones cuando lo impulsa una causa orgánica profunda, que las revoluciones, y cada una de las demás causas adoptadas, ya por ésta, ya por aquélla, son efectos y no causas, efectos ligados a un mismo origen, y que es necesario buscar cuidadosamente este origen, esta causa, para encontrar el medio de ir despacio, combatiéndolo tenazmente. Miopes, reducidos de vista, ellos son incapaces de ver los fenómenos, los efectos en conjunto, y menos aún de determinar las fatales relaciones entre uno y otro; y sentir la necesidad de comprender los fenómenos sociales en un sistema de leyes generales.



# LAS SOCIEDADES NUEVAS

*La crueldad innata del hombre, después de ejercerse sobre los animales, busca vía libre en las luchas de hombre a hombre. Además, el principio falso de la dignidad humana tenía como corolario la creencia en la superioridad de unas razas sobre otras y en la legitimidad de la persecución de éstas por parte de las primeras. Es en nombre de esta creencia que los llamados pueblos civilizados saquean y masacran a las razas menos cultas.*

Haeckel

## ELEMENTOS ESENCIALES DEL CARÁCTER; RAZAS COLONIZADORAS; LOS EFECTOS CRUZADOS

I

**E**stán estudiados los efectos del parasitismo de las metrópolis sobre el carácter y la historia de las nacionalidades sudamericanas. Completemos este estudio de psicología social analizando los demás elementos, cuyas influencias concurren en la formación del carácter de estos pueblos colonizadores; así como el carácter y la influencia de otras razas, indígenas y africanas, y los efectos del mestizaje.

Las nacionalidades peninsulares, cuya evolución es paralela y casi idéntica, y cuyo genio se diferencia sólo por ligeros cambios de temperamento, esas nacionalidades se destacan en la historia,

además del parasitismo, por dos cualidades primordiales: una virilidad patriótica, intransigente, irreductible, que lleva a los individuos a todos los heroísmos y resistencias; y un extraordinario poder de asimilación social. De esta hombría patriótica derivan todas las exageraciones y perversiones bélicas de los pueblos ibéricos, las salvajes expansiones y conquistas; de ahí que nacieran en la península el “*condotierismo*” y los “*Cid*”; esto es lo que alimenta, en parte, las interminables revueltas y el caudillismo americano.

La preocupación por la independencia nacional y el sometimiento de los pueblos, esta fuerza de intransigencia nacional domina toda la vida social, política, estética, religiosa. Hay, en el carácter colectivo de la nacionalidad, una cierta “nobleza monumental”, igualmente acentuada en los individuos. Es la *energía indomable* que unifica a la península a costa de una lucha de ocho siglos; es en nombre de esta monumental nobleza que las nacionalidades resisten a los vencedores de toda Europa, cuando ya parecían muertos.

En nombre de estos sentimientos, en el de la nación ofendida, principalmente en nombre de esa fibra de la independencia, fundamento íntimo del carácter peninsular, organizaron los españoles la guerra santa de la independencia. Abatido, corrompido, abandonado el pueblo por sus reyes, aún encontró en sí mismo suficiente energía vital para expulsar a los invasores (...) La guerra tomó un carácter primitivo, y los batallones imperiales asediados se replegaron con miedo ante estas guerrillas, que hacían que cada desfiladero de la montaña fuera una trampa, que los pozos fueran cuevas, y las calles de las ciudades fueran cementerios...

Esa misma violencia encuentra resistencia en los pueblos sudamericanos; es un afán de independencia nacional, a veces enfermizo, a veces ingenuo y rotundo, pero en todo caso irreductible, orgánico, instintivo, fácilmente inflamable, que estalla brutal y ferozmente ante la amenaza de cualquier peligro soñado.

Sin embargo, a pesar de esta preocupación por la soberanía nacional y la independencia personal, las razas ibéricas mostraron que tienen un poder de asimilación, de los que no se tiene ejemplo en ningún otro pueblo de Europa. No se conoce otro caso de fusión tan rápida y perfecta de razas tan diversas y numerosas como en la península. Para allí concurrieron elementos étnicos más disímiles que éstos, aún hoy aislados y en constantes conflictos en los Balcanes,

Macedonia, Hungría. A pesar de ello, la población peninsular es hoy más homogénea que la de Inglaterra y otros países europeos. A pesar de su tan citada superioridad, los ingleses no pudieron asimilar a los celtas de Irlanda, ni a los holandeses del Cabo, ni a los franceses de Canadá.

Este poder de asimilación deriva de una gran plasticidad intelectual y una sociabilidad muy desarrollada, cualidades preciosas para el progreso, y gracias a las cuales estas nacionalidades estarían hoy entre las primeras de Occidente, si no hubieran caído en el parasitismo que las degradó. Esa degradación, sin embargo, no será absoluta; el parasitismo social no provoca cambios orgánicos como el parasitismo biológico; sus efectos son de orden moral, debido a un conservadurismo salvaje al que se aferran las clases sociales, y la falta de observación de la vida real, en el momento en que falte la presa, y sea necesario vivir de acuerdo con las leyes naturales.

En ese momento, pasada la agitación crítica del cambio de régimen, los pueblos podrán rehacer su educación social, corrigiendo los vicios ocurridos en la tradición parasitaria, y entrar en el progreso; es una cuestión de reeducación. Esto es lo que le sucederá a España, y lo que le sucedería a Portugal si África no tuviera restos de su pasado imperio colonial, a expensas del cual pretende reconstituir la antigua forma de vida parasitaria. Reconstruir un “Brasil en África” es el pensamiento dominante en la antigua metrópoli, desde que desapareció el Brasil clásico. “Perdido Brasil”, comenta Oliveira Martins,

pasamos ahora a ver si África puede darnos los medios para solventar los gastos de un país pequeño y mediocrementemente rico (...) Holanda en el extremo Occidente, arraigada en el cuerpo de España como ella lo está en el cuerpo germánico, sólo en un punto de apoyo externo podemos fundar los cimientos de una independencia excepcional; sólo a expensas de los recursos coloniales podremos, tal vez, satisfacer las múltiples y costosas exigencias de la organización económica, científica y moral, hoy inseparables e indispensables a la existencia de una nación.

Ese pensamiento conquistó incluso a los propios literatos de profesión: Portugal, simbolizado por Eça de Queirós en el “*fidalggo desbriado e alcoviteiro*”, descendiente degenerado del heroico Ramires, después de ensayar la vida en el reino, entre las miserias que allí le ofrece, se desanima, vuelve su espalda a la península,

y reconstruirá la existencia, el carácter y la fortuna en África; allí emerge rico, templado, poderoso...

Esa obstinación en persistir eternamente como nación parasitaria, esa afirmación de ser incapaz de mantenerse entre los pueblos cultos, subsistiendo a costa de sus propios recursos, como viven tantos otros pueblos europeos, esta afirmación es un insulto que los portugueses se hacen a sí mismos, un insulto contra el que naturalmente protestan allí los espíritus verdaderamente avanzados, un insulto contra el que protesta el norte de Portugal, tan laborioso y tan amigo de la libertad.

Sin embargo, la obsesión colonial, alimentada por la nostalgia de las épocas parasitarias y, sin duda, por el amor natural a un pasado heroico y glorioso, ha venido impidiendo que el viejo reino lleve a cabo su definitiva reorganización económica. Mientras el soñado imperio africano no se reconstruya, vive tristemente de los vinos avinagrados y ásperos que entregan los almacenes portugueses en Brasil, del vino de Porto que Inglaterra le compra y, principalmente, de la renta que allí envía la colonia brasileña, numerosa y rica.

Trasplantados a América, los pueblos peninsulares transmitieron sus cualidades distintivas a las nuevas poblaciones. Aquí encontramos esa misma plasticidad intelectual y esa misma sociabilidad, quizás incluso todavía más desarrollada. Se ha producido la asimilación de los pueblos, incluso entre razas radicalmente distintas: blancos, negros e indios. Es por eso que a pesar de las distancias, la extrema diseminación de los pueblos y la falta de comunicaciones, hay menos diferencia entre el brasileño de Manaus y el de Santa Catarina que entre un bretón y un marsellés; el alemán de Saxe se distingue mejor del alemán de Hamburgo que el venezolano del argentino.

## II

Sería tonto suponer que son sólo estas influencias hereditarias, recibidas de los pueblos ibéricos, las que pesan sobre el carácter de las poblaciones latinoamericanas; éstas son los predominantes, incluso se podría decir, las determinantes; pero es innegable que las razas indígenas, en general, y los negros africanos, en los países donde esta emigración fue grande, influyeron también en la fisonomía moral e intelectual de las nuevas sociedades, aunque en una proporción mucho menor de lo que comúnmente se piensa. Hay dos razones por las que esta influencia no fue muy sensible.

En primer lugar, los indígenas y los negros, siendo pueblos todavía muy atrasados, no tenían cualidades, ni defectos, ni virtudes, que se impusieran a los demás y provocaran la imitación. Almas rudimentarias, naturalezas casi vírgenes, fueron ellas quienes, en este encuentro y cruce de razas, sufrieron la influencia de las más cultas y las imitaron. Estos pueblos primitivos se distinguen precisamente por un conjunto de cualidades negativas: inconsistencia de carácter, frivolidad, imprevisión, indiferencia hacia el pasado, etcétera; a medida que avanzan, la civilización llenará estos marcos vacíos. De ahí su gran adaptabilidad a cualquier condición de vida (vida, no muerte, como la que se le ofrecía a los negros e indios esclavizados). Por eso, mezcladas con otros pueblos, la influencia que ejercen estas razas es más una influencia renovadora que una directriz.

Explicuemos esta metafísica: son personas infantiles, que no poseen cualidades de carácter irreductibles, y son menos resistentes al influjo de las ideas nuevas que las poblaciones cultas, sobre las que pesan especiales tradiciones históricas y una determinada civilización. Los animales rudimentarios son mucho más variables y adaptables que los de organización compleja; los pueblos jóvenes son mucho más progresistas –adaptables– que los pueblos maduros, atrapados en un pasado que a veces los seduce, a veces los domina y, en general, les impide avanzar hacia el futuro: tradiciones acumuladas, hábitos y costumbres de una completa adaptación a la vida de antaño, forman un equipaje muy pesado para quienes pretenden correr hacia el progreso.

Por eso, al mezclarse con otros pueblos, ya caracterizados y establecidos, las razas rudimentarias y maleables les transmiten cierta dosis de “receptibilidad” moral, rompiéndoles un poco esa dureza de carácter social, facilitándoles una renovación, un progreso más rápido.

En cuanto a las cualidades propias positivas que éstos poseen, son tan reducidas, tan pocas, comparadas con las nuevas cualidades adquiridas, que apenas se hacen sentir, principalmente si se oponen a ellas; el influjo de las ideas y los sentimientos irá modificando poco a poco el carácter primitivo, y, al cabo de cierto número de generaciones, lo que queda de las cualidades esenciales de la raza menos culta es muy poco para influir en la dirección que tomará la nueva sociedad que surgió de aquel encuentro.

Además de esta primera razón, tenemos que indios y negros no gozaban de la misma libertad que los blancos; no gozaban de ninguna.

Se vieron obligados a ir en contra de su carácter y amoldarse al de los pueblos ibéricos, no sólo por la natural sugestión de la gente más culta sobre la inculta, sino también porque se vieron obligados activamente a hacerlo. No eran libres de dar rienda suelta a su genio y temperamento, ni siquiera entre los suyos: la descendencia no les pertenecía. Vivían al servicio de los blancos, y se regían por los deseos y sentimientos de aquéllos.

Sin embargo, reducida, como es, no se puede ignorar la influencia de los salvajes, negros e indios. Por lo que viene de los africanos, se expresa a través de cierta afectividad pasiva, una entrega cálida, dulce e instintiva, sin ruido ni expansión. Cautivos, martirizados, se ahorcan en series, se arrojan en calderas con jugo de caña de azúcar hirviendo –el suicidio es un hecho común–; es por excepción que matan al verdugo. Relativamente, la venganza y las represalias son muy raras. La esclava martirizada ayer por su ama hoy toma a su hijo y lo cría con amor, solícito, con el cuidado y la ternura de una maternidad desinteresada. Hoy día los descendientes de estos esclavos de tres siglos acarician, con su cariño olvidado y sumiso, el egoísmo del blanco absorbente.

Junto a estas cualidades, se citan los defectos clásicos de los negros: sumisión incondicional, voluntad laxa, docilidad servil... Tales cualidades son más bien un efecto de la situación en la que se encontraban. Pensad en la miserable condición de estos desdichados, que aún jóvenes, ignorantes, de inteligencia embrionaria, son arrancados de su medio natural y transportados a granel en sótanos infectados, transportados a través de hierros y látigos, a otro mundo, a la esclavitud inhumana e implacable... ¡Es como si nos arrojaran a la luna!...

Fueron heroicos en resistir como lo hicieron. La historia de las revueltas negras en las Antillas, la historia de Palmares y de los “quilombos”, están ahí para demostrar que a los africanos y sus descendientes no les faltó valentía, ni vigor en la resistencia, ni amor a la libertad personal. Si hoy, después de 300 años de cautiverio (¡del cautiverio que aquí existía!), estos hombres no son verdaderos monstruos sociales e intelectuales, es porque poseían notables virtudes.

### III

El indígena americano, en cuanto a cualidades positivas, se caracteriza por un violento amor a la libertad, una valentía física



verdaderamente notable y una gran inestabilidad intelectual, diría incluso una gran inestabilidad mental. Este amor a la libertad es, en el indio, esencial, irreflexivo, sin ninguna preocupación por las tradiciones históricas o la dignidad personal, es una cuestión de necesidad orgánica. Por más fuerte que fuera la buena voluntad de los colonos, nunca pudieron reducir al indígena al cautiverio regular, es decir, a ese cautiverio que es la cesación absoluta de la libertad.

El indio siempre se resistió a esto, con fiereza, matando, degollando, haciéndose matar, dejando sus carnes en el tronco y esposado, pero buscando constantemente la libertad... ¿Y en los asentamientos de los frailes, en las misiones y reducciones? ¿Cómo fue posible conservarlo allí y hacerlo progresar, desarrollarse en extensión y, en cierto modo, en cultura?... Esto sólo prueba que el indio no es una raza refractaria a la disciplina social, incapaz de aceptar una dirección, y de doblegar sus instintos y tendencias, de acuerdo con las exigencias de un entorno social más avanzado.

El indio podía vivir allí y progresar, incluso sujeto a una minuciosa disciplina social, porque no le fue secuestrada toda su libertad, como en las *senzalas* de esclavos de los colonos. Los frailes fanatizaban a los indios, los explotaban, pero los trataron como hombres; dadas las necesidades y apetitos intelectuales y morales de estas almas rudimentarias, la libertad que tenían en las misiones podía satisfacerlos; no hay comparación posible entre la vida que allí les fue dada y la dulzura del cautiverio bajo el látigo de los colonos; aquí desapareció el hombre, quedó una bestia, que salió del establo para el yugo y del yugo al establo. Y el indio no se adaptaba a la situación de bestia, en esa forma elemental, como querían los señores: reaccionaba, y era terrible en la reacción, precisamente porque poseía ese coraje físico que forma la segunda de sus cualidades positivas, y que es también, una virtud orgánica, independiente de cualquier afluencia de amor propio.

El coraje, en el indígena, se compone sobre todo de una indiferencia casi absoluta ante el dolor físico y la muerte, es impasibilidad. Esto despoja al heroísmo de toda brillantez; son intrépidos sin audacia, son valientes sin gallardía; son principalmente obstinados, ferozmente obstinados.

La guerra del Paraguay, en la que una nación insignificante, con un millón y pico de habitantes, resistió, durante cinco años, al ataque combinado e implacable de tres naciones vecinas, veinte veces más fuertes que ella, y resistió hasta que todos los hombres buenos

hubieran sucumbido, y gran parte de los ancianos, adolescentes y mujeres -hasta que dos tercios de la población murió en la lucha-, esta guerra es uno de los más extraordinarios ejemplos de resistencia colectiva que se conocen.

La forma en que aquellos descendientes de guaraníes enfrentaron la muerte es especial. Resistencia comparable a ésta, sólo la de los yaguncos brasileños en Canudos. Estos hombres -como la mayor parte de la masa popular de nuestras regiones alejadas de los centros urbanos- son mestizos, en los que domina la sangre del caboclo indígena. Canudos, una villa de una centena de caseríos, con unos 200 hombres en condiciones de combatir, después de haber destruido dos columnas de tropas regulares, resistió, durante más de dos meses, un cuerpo de ejército de más de 4 mil hombres de las tres armas; y resistió diezmándolos.

En Canudos, unas pocas docenas de oficiales fueron asesinados sólo por balas. Había que tomar el pueblo, casa por casa; cavaban hoyos y dentro de ellos la gente se defendía como fieras... No hubo prisioneros, todos morían salvajemente feroces. ¡Llega a ser un espectáculo triste!... Triste, pero que revela, en estos hombres, un coraje literalmente indomable. Se lanzó aceite al hoyo y se incendió (...) ¡y no se rendían!... ¡Es horrible!... “(...) En la guerra civil del 93, en Brasil, los soldados y marineros caboclos se destacaron por su valentía e intrepidez. De un lado a otro, fueron valientes hasta el final”. Tal es el testimonio unánime de los oficiales que intervinieron en la acción.

La inestabilidad del espíritu, tan notable en esta raza, es una cualidad que se explica precisamente por el grado de evolución mental: el espíritu aún no maduro, no educado en los largos esfuerzos de atención y tenacidad. Son móviles, inestables como niños, porque tienen un espíritu infantil. Tal cualidad, aun cuando sea un defecto, es ciertamente corregible por la educación.

Los otros rasgos característicos de la raza son los que acusan las cualidades negativas: desinterés, indolencia, etcétera, señalados como defectos imperdonables por todos aquellos que quisieran ver al caboclo devorándose en el trabajo, para enriquecer... el país, es decir, el intermediario parásito, el dueño del ingenio azucarero, el dueño de la mina... Aceptemos las loables intenciones y santas aspiraciones de estos abnegados, pero reconozcamos que todos estos defectos se deben simplemente a la falta de educación social.

Enséñenles a trabajar, inspírenles nuevos deseos, muéstrenles que hay placeres superiores a conquistar con el trabajo, convencerlos

y, sobre todo, saber dar garantías de que trabajando llegarán a trabajar para sí... y el caboclo lo aceptará, y se acostumbrará a trabajar. Educado en Paraguay, el indígena se mostró regularmente laborioso y disciplinado. Las civilizaciones de México y Perú, Centroamérica y California prueban que estas razas saben trabajar y producir; la civilización chino-japonesa, muy refinada y antigua, es obra exclusiva de esta raza amarilla, de donde son originarios los indígenas americanos.

También nos acusan de traición, de crímenes sangrientos... Pérfidos, porque habiendo recibido a los primeros aventureros como niños descuidados, pagaron su alojamiento erigiéndose en señores feudales; empuñando una cadena y pegando a los desgraciados: que trabajen, día y noche, para los colonos; y, si son reacios, el látigo, el remo, el tronco, la cadena, el ayuno, están ahí para domar su resistencia. Se organizan los grupos, las banderas, se matan miles de individuos para capturar 200 o 300 esclavos... Así proceden los que destruyen con dinamita todos los cardúmenes de un remanso, para capturar dos o tres docenas de lisas y róbalos...

Y el indígena, cuando se dio cuenta de la dulzura del régimen que le ofrecían, cuando sintió la crueldad, respondió en el mismo tono. Conocía el país, estaba en su propia casa, y prefería reaccionar, deshaciéndose de sus verdugos como fuera posible. Vengó la muerte y la ferocidad con la ferocidad y la muerte. ¿Los indios son crueles? Incluso si quisieran, nunca alcanzarían las alturas de la crueldad con la que los blancos, la gente de Europa civilizada, ha horrorizado al mundo.

En los hechos de crueldad indígena, no hay nada comparable a las atrocidades de los españoles en Cuba y en la misma España, en las mazmorras de la Inquisición o en los cubículos donde se pudren los anarquistas. Nada comparable al comportamiento de los ingleses en Cartum, e incluso en las Indias; o los americanos en Filipinas, o los portugueses en las Indias, los alemanes en África, Polonia y China; o los franceses en Senegal, de los rusos en Siberia...<sup>1</sup>

¿Fueron los indios quienes inventaron matar a 4.000 prisioneros

1. En Manchuria, los rusos atan a los chinos por las colas del pelo, y así los arrojan al río Amur, impidiendo que salgan a la superficie; Se han encontrado racimos de cientos, así ahogados. Vigné d'Octon, médico de la marina francesa, dice que los *francotiradores senegaleses* despedazaron a los nativos vencidos, aplastando sus rostros, sacándoles los ojos, golpeando los senos de las mujeres con viejos sables... (E. Spalikowski, *La colonisation et la paix*).

con bayonetas para ahorrar pólvora? ¿Mantener dos guardias, un mes, día y noche, al pie de un prisionero para no dejarlo dormir por un momento? ¿Verter 30 litros de agua jabonosa, por la fuerza, en el estómago de un individuo, hasta que, sin forma, hinchado, el líquido se filtre por toda la superficie del cuerpo? ¿Cortar las narices y las manos a 400 presos, cuyo delito es que sus verdugos roben sus riquezas? ¿Asar al pueblo por partes, un miembro cada día? ¡Pobres nativos! Les falta la cultura de la inteligencia, la riqueza de la imaginación para encontrar los refinamientos de la atrocidad que los europeos saben inventar.

Nos llaman péfidos... Nunca lo fueron; la mala fe, la torpeza del hombre blanco, es lo que los llevó allí. Amenazados de exterminio total, cazados como bestias, se defendieron como pudieron. No es en el indio, pervertido por el contacto y la ferocidad del colono, donde hay que buscar las verdaderas cualidades esenciales de la raza; está en el indio desde el primer momento, confiado, hospitalario, ingenuo, tal como lo describen quienes lo trataron, entonces: “Si alguien les hacía señas para que vinieran a las naves, inmediatamente se preparaban para esto, de tal de manera que si los hombres todos quisieran invitar, todos vendrían (...) para que sean mucho más amigos nuestros que nosotros de ellos”<sup>2</sup>.

Así se refiere el primero de los portugueses que trató con los indios americanos y que escribió sobre ellos. Y, allí mismo, para mostrar lo humanos y compasivos que eran, los navegantes portugueses abandonaron, en este mundo totalmente desconocido, a dos patricios exiliados, “para que aprendan la lengua de los indios y luego puedan dar servicio a los que vuelvan por aquí”. ¿Los indios son caníbales?... Tanto peor: arréglense

Quedaron en tierra dos portugueses, dos presidiarios exiliados, Afonso Ribeiro y otro (...) Al ver partir a nuestra gente, sintiéndose abandonados, en tierra extraña, entre hombres desconocidos, cuyas palabras no entendieron, cuyos sentimientos no supieron calcular, rompieron los presidiarios exiliados en un llanto convulso, como si vieran partir con las naves un trozo de patria, ¡quizás la esperanza de volver a verla! ¡Y los indios, esos pobres salvajes que nadie entendía, entendían aquellas lágri-

2. *Carta de Caminha*, relatando el descubrimiento de Brasil.

mas, y manifestando la bondad innata en el corazón humano, venían a alegrarlos mostrándoles una gran piedad!

Estos son los hombres que los portugueses posteriores acusan de ser crueles y pérfidos, y que la ciencia sociológica de Oliveira Martins condena al exterminio, y cuyo cautiverio y martirio aprueba ¡por *inferiores*!... ¿Inferiores a quién? ¡¿A los portugueses?!...

## IV

Este párrafo, *inferioridad* de las razas, es el más interesante. Al examinar la influencia de cada una de las razas en las nuevas sociedades, poco importa el estudio de las cualidades positivas de los salvajes y los negros; lo esencial es conocer el valor absoluto de estas razas, en sí mismas, su capacidad progresiva: sean civilizables o no. Esto en cuanto a discutir toda la famosa teoría de las razas inferiores. ¿Qué viene a ser esta teoría? ¿Cómo nació? La respuesta a estas preguntas nos dirá que tal teoría no es más que un sofisma abyecto del egoísmo humano, disfrazado hipócritamente de ciencia barata y cobardemente aplicado a la explotación de los débiles por los fuertes.

Es de todos los tiempos: que el hombre, poseyendo fuerza y poder, no piense en otra cosa que utilizarlos para obligar a otros a trabajar, y sacarles los frutos de ese trabajo. En esto resume la historia de todas las guerras. Éste es el régimen normal en el pasado, aceptado por todos los fuertes: los explotados son demasiado miserables, realmente no tienen derecho ni a quejarse; los explotadores no tienen nada de qué quejarse.

Con la evolución de la moral, sin embargo, empezaron a aparecer quienes se quejaban de esta injusticia generalizada. En la India, la religión, en Grecia, la filosofía, exaltaron los espíritus, encaminándolos hacia una justicia más humana y liberal. Luego, en Palestina, aparecieron nuevos apóstoles, predicando a los hombres una religión que los considerara como iguales, despreciando todos los prejuicios de la patria, de donde derivan tiranías y explotaciones.

La moral, sin embargo, era todavía muy baja, y toda igualdad ofrecida a los hombres se refería sólo a una vida futura; en este mundo, ellos deben resignarse a las iniquidades, aceptando todas las penas; sería el camino más corto a este reino de justicia y gloria en el más allá. Con esto, el cristianismo entregaba al mundo, más que nunca, a la tiranía y a la iniquidad: ¿para qué luchar por la justicia,

en esta vida, si la justicia perfecta e imperecedera reside en la otra? ¿Por qué resistir y huir del mal, si ése es el camino hacia la felicidad futura, si a través del dolor se conquista la gloria en la otra vida? Además de esto, derivando hacia el proselitismo, la doctrina de Jesús se convirtió en la enemiga, la contradictoria, la sofocante de esta hermosa filosofía grecolatina, donde ya se esbozaba la moral verdaderamente humana, garantizadora del progreso social.

Todo esto fue sofocado por la barbarie al servicio de la política cristiana, degenerando la religión igualitaria de Judea en el instrumento de opresión moral y política más formidable que jamás haya existido. El mundo quedó abandonado al salvajismo de los malos -condes u obispos- y, a la sombra de esta religión, las injusticias continuaron y se acumularon. Pero la idea de la igualdad había conquistado buena parte del sentimiento humano; la moral continuó su marcha en torno a esta noción, y cuando la conciencia humana volvió a ser libre, no tardó en aparecer alguien que pedía un reinado de justicia e igualdad en este mismo mundo, visto como que no hay razones legítimas para que vivan por encima de otros, pues el futuro reinado de la igualdad y la felicidad es más que problemático, una especie de reparación ilusoria con la que se compraría la resignación de los miserables, y con la que se eludiría el hambre y la sed de justicia de las almas sinceras y piadosas...

Frente a estas exigencias, que forman la esencia misma de la moral moderna, el egoísmo de los fuertes tendría que ceder: "Los hombres son iguales, uno no debe explotar al otro". ¿Iguales?, reflexionó la filosofía de los gobernantes. "¿Y si nosotros pudiéramos desafiar tal igualdad?... Estamos en el siglo de la razón y la ciencia, recurramos a la ciencia, y demostremos que los hombres no son iguales". Entonces, los sociólogos del egoísmo y la explotación recurrieron a la historia contemporánea, y encontraron que, en esa época -como en todas las épocas- los hombres no se presentaban en el mismo estado de desarrollo social y económico: había unos más avanzados que otros, unos ya caídos, otros todavía en la infancia; y, sin dudarlo, tradujeron esta desigualdad actual, y las condiciones históricas del momento, como la expresión del valor absoluto de las razas y los pueblos, la prueba de su aptitud o inaptitud para el progreso.

La argumentación, la demostración científica, no es pérvida, porque es estulta; pero bastó que le dieran el nombre de Teoría Científica del Valor de las Razas, para que los explotadores, los fuertes del momento, se apegaran a ella.

Hay pueblos superiores y pueblos inferiores, ya que en este momento los hay más cultos y más ricos y más poderosos que otros. Éstos, si aún permanecen en la barbarie, es porque son incapaces de progresar; los que han caído son pueblos decrepitos, agotados; ambos forman la categoría de los inferiores; sólo los adelantados de este siglo, sólo éstos, deben ser considerados aptos para el progreso

-concluyó la etnología privativa de las grandes naciones saqueadoras. Así, fue admitido que hay gente mejor que otra, que hay razas nobles y viles, y que solamente aquéllos eran capaces de llegar a la culminación del desarrollo y la cultura; los otros están condenados a vegetar en la mediocridad, en la abyección, nunca alcanzarán las altas esferas de la ciencia, el arte, la filosofía y la riqueza. Y de ahí la conclusión lógica de que los más perfectos y nobles deben gobernar sobre los demás.

Habiendo llegado a este descubrimiento, la sociología de los egoísmos combinados no se detuvo; la violencia de los apetitos oscureció todas las nociones de justicia, y los llamados sociólogos proclamaron sin rodeos el uso de la fuerza bruta como sabiduría suprema, el despotismo y la opresión como la condición natural de la especie humana. Llevada a la práctica, la teoría dio el siguiente resultado: los “superiores” van a los países donde existen estos “pueblos inferiores”, les organizan su vida según sus tradiciones de ellos superiores; se instituyen en las clases dominantes y obligan a los inferiores a trabajar para mantenerlos; y si no lo quieren, pues que los maten y los eliminen de cualquier forma, con el fin de mantener la tierra para los superiores: los ingleses gobiernan el Cabo, y los cafres cavan las minas; seamos anglosajones, señores y disfrutadores exclusivos de Australia, y que los australianos sean destruidos como si fueran una especie dañina... Tal es, en síntesis, la teoría de las razas inferiores.

De acuerdo con estos *principios*, los indígenas americanos, los negros africanos, los negroides y los malayos de Oceanía fueron declarados “inferiores” en masa. Para éstos el juicio es definitivo; la sociología oficial de Europa y Estados Unidos ha decretado que son “inferiores”, ya que todos están en un estatus social inferior al de otros pueblos: “Las grandes naciones deben ir y colonizar sus tierras”.

Hasta aquí la teoría tiene cierta lógica, en apariencia, y todo estaría muy bien discriminado, si en sus explotaciones y tiranías los europeos sólo se encontraran con negros e indios y malayos. La teoría

no seguiría siendo falsa e inmoral, pero no sería intrascendente, si no compitieran también entre ellos, y si, allí mismo, en Europa, no pretendieran dominarse unos a otros.

Es aquí donde aparecen principalmente las extravagancias y los absurdos de la teoría. Ésta dice que los superiores deben gobernar a los inferiores, porque los inferiores son incapaces, absolutamente incapaces, de alcanzar una civilización avanzada; al mismo tiempo, proclama que los anglosajones son los “superiores” porque ahora dominan las dos terceras partes de la Tierra. Así, la superioridad de raza, que debería ser definitiva para que prevalezca la teoría, deja de serlo. Éstos, que son superiores hoy, fueron inferiores hace dos siglos; la superioridad en ese momento pertenecía a los españoles y portugueses.

Otra extravagancia: los anglosajones son superiores porque han logrado crear una nación prodigiosamente próspera en los Estados Unidos; pero en Canadá serán inferiores, pues allí la colonia se arrastra mezquina y reducida, diez veces menos poblada y cien veces menos rica que los Estados Unidos. Los ingleses son superiores, porque Inglaterra mantiene subyugados e impotentes a los celtas de Irlanda; el Celta es superior porque expulsó a los ingleses de Francia; los ingleses son superiores a todos los pueblos porque tienen una población de marineros, carbón y hierro en abundancia, lo que les facilitó formar una armada con la que dominan los mares, serían inferiores si los campesinos, en vez de ser sólo 500 mil, eran dos o tres millones. Y es en nombre de esta superioridad que ellos se imponen para dominar al resto de las sociedades sudafricanas...

Es en nombre de esta teoría –de la superioridad de razas- que los franceses dominan Argelia, y se organizan allí, para los indígenas, tribunales especiales para distribuir una justicia diferente a la justicia concedida al colono francés, porque el indígena es “inferior”. Justificando este régimen, el senador francés, por Argelia, M. Gestor, argumentó con toda seriedad:

Así como, en un jardín, una flor no es tratada como un árbol, ni un veterinario trata a un animal pequeño como a uno grande, así también, en la sociedad, el indígena, teniendo una *mentalidad*, una educación y una civilización diferente a la nuestra, debe tener derechos diferentes a los nuestros. Esta concepción de los derechos naturales no está de ninguna manera en oposición con la de los derechos del hombre....



Esta diferencia de derechos consiste en que el colono francés tiene derecho a despojar al indígena de las tierras, obligarlo a trabajar como asalariado y enviarlo, por intermedio de los tribunales represivos, a las prisiones, cuando el indígena se resista. Ahora, ¿saben quién es este indígena inferior, y en nombre de cuya inferioridad Francia tiene derecho a proceder así? Es el árabe... ¡El árabe cuya civilización, en los siglos de barbarie de Europa, resumía toda la ciencia y riqueza del mundo occidental!... ¿No vemos hoy, admitida por la casi unanimidad de las antropologías y etnologías, la *superioridad* de los famosos “dolicocéfalos rubios” de Europa -alemanes, ingleses, suecos, etcétera- sobre todos los pueblos de la Tierra, incluidos los de la propia Europa?!...

Como las naciones constituidas por ellos son, hoy, más fuertes y más ricas, he ahí a los proclamados superiores sobre los “morenos” del Mediterráneo, que produjeron la civilización occidental, todo lo que en ella hay de bello y original. Los tales rubios serían superiores a la raza de la que proceden esos griegos, los creadores del arte, los que llevaron la poesía y las artes plásticas a un grado de progreso que aún no ha sido superado; los fundadores de una filosofía de la que aprende la ciencia moderna, incluso hoy, porque allí se formulan todos los buenos métodos, se tratan todos los problemas de los que los hombres se han ocupado hasta ahora, y se sugieren todas las hipótesis con las que los sabios modernos han construido sus teorías; de tal manera que no hay gran verdad, en la filosofía actual, que no haya sido prevista o afirmada por esos griegos: fueron ellos los organizadores de las ciencias abstractas; ellos -Aristóteles e Hipócrates- los que orientaron la ciencia hacia la observación, gracias a la cual los modernos han podido llegar a los maravillosos resultados y descubrimientos de los que nos enorgullecemos; jellos, los grandes defensores de los derechos de la naturaleza humana, reconocidos por sus grandes filósofos y juristas!...

Los tales dolicocéfalos rubios serían superiores incluso a estos latinos, que instituyeron la vida civil según la cual todavía hoy se rigen los pueblos; ¡superiores a aquellos “pueblos de piel oscura” de los que provino la moral del amor y la igualdad entre los hombres!... ¿Qué hay en el progreso humano que no haya sido creado por esta raza *oscura*, hoy tan maltratada? El arte, la ciencia, la filosofía, el derecho, la moral, todo fue creado por ellos.

La edad moderna va mejorando, perfeccionando, continuando su obra; pero no le han añadido un nuevo capítulo. No es de extrañar,

por tanto, ver proclamada esta inferioridad, cuando, en la misma Francia, ciertos filósofos, eclipsados por la grandeza de los ingleses, o enloquecidos por la última victoria de los alemanes y por la extensión que éstos lograron dar a su comercio, no dudan en decretar la superioridad de uno sobre el otro. Los franceses, victoriosos durante más de dos siglos, superiores a los alemanes hasta entonces, se volvieron esencialmente inferiores, porque un régimen político transitorio o un gobierno incompetente los llevó a la derrota.

Francia, que en el Occidente moderno ha producido la civilización más completa, se vuelve *inferior* porque no tiene una flota como la de los ingleses, ni tenía, en 1870, un ejército de la misma fuerza que la de los alemanes. He aquí las consecuencias de la teoría de la superioridad de las razas, ése es su valor. Los pueblos europeos se imponen a China porque son *superiores*, y entre ellos ¡admiten a los japoneses, una antigua colonia china!...

## V

Dejemos estos diferentes tipos de superioridad variable y examinemos la teoría aplicada a lo que nos importa. En la constitución orgánica de los pueblos sudamericanos entra una gran dosis de sangre indígena y, en algunas de las nuevas nacionalidades –Cuba, Brasil...–, entra también un fuerte contingente de elementos africanos. Si es cierto que estas dos razas son inferiores, es decir, incapaces de alcanzar el grado de perfección propio de la civilización que ahora presentan los diversos pueblos europeos, es lógico que las nacionalidades de América Latina compartan esta inferioridad.

Ya vimos que la teoría, en sí misma, no vale gran cosa; sin embargo, existe tal unanimidad entre los sociólogos al servicio de los fuertes para llamar a estas razas “inferiores”, que es necesario discutir minuciosamente sus apreciaciones. Los argumentos utilizados por tales sociólogos son: 1) que los indígenas y los negros han sido exterminados –eliminados– por los blancos, lo que prueba que son inferiores; 2) que estos pueblos son generalmente muchísimo más atrasados que los blancos; todos son todavía salvajes o bárbaros, y este atraso general tiene como causa, por cierto, una inferioridad étnica esencial.

En apoyo del primero de los argumentos, se invoca la teoría evolutiva de Darwin: la lucha por la vida y la supervivencia del más apto. Oliveira Martins, sintiendo la necesidad de justificar las

torpezas de los colonos portugueses sobre los pobres indígenas y negros en Brasil, y las que se proyectan (él mismo proyectaba) para el futuro en África, escribe, con la solemnidad y convicción de quien tiene la última palabra de la ciencia: “Las guerras con los indígenas de América<sup>3</sup> y África presentan en la historia (si ya hubiera habido historia en aquellos tiempos remotos) lo que se hubiera presenciado en las invasiones de Europa por la raza blanca<sup>4</sup>. En esta lucha contra los aborígenes, se ve el proceso por el cual la naturaleza, al forzar una selección, fue desarrollando gradualmente la capacidad y el imperio de los seres superiores...”.

Aquí viene, entre líneas, el respetado nombre de Darwin, sirviendo para defender la causa de la injusticia y la violencia. Como se ve, la concepción es lo más simple posible: “¿Son eliminados?... es porque son inferiores; así es como debe ser, es la selección natural...” ¡Pobre Darwin! ¡Nunca supuso que su genial obra pudiera servir de justificación a delitos y villanías de los traficantes de esclavos y verdugos indios!...

3. Oliveira Martins, Joaquim Pedro de, *O Brasileas colônias portuguesas*, 3ª ed., p.20.

4. Oliveira Martins quiere referirse a la tan discutida emigración en Europa de razas de las mesetas de Asia Central, la famosa *teoría aria*, una teoría que nadie acepta hoy, una teoría “más literaria que científica”, en palabras de Zaborovski, quien, en una conferencia, el 8 de noviembre de 1902, en la Escuela de Antropología de París, demostró exhaustivamente la inanidad y el absurdo de esta teoría, según la cual “la historia de la raza aria enseñaría la historia de la especie humana, según la cual esta raza se extendería desde los trópicos de la India hasta los círculos polares de Groenlandia”. Hubo un tiempo, prosigue el conferencista, “en que los antropólogos no combatían estas hipótesis y explicaciones sumarias (...) El propio Letourneau conservaba cierta predilección por la opinión, antaño reinante, sobre los orígenes arios. Supuso que oleadas de emigrantes arios habían volado a Europa para mezclarse allí con los ocupantes originales (...) Fue ciertamente Quatrefagues quien más contribuyó para entretener estas ilusiones; le dio gran fuerza, en razón de su autoridad (...) Él aceptaba las convicciones de los filósofos, tales como las formulaba Renan, por ejemplo... Pero no fue así como sucedieron las cosas, estamos seguros. Tales emigraciones eran imposibles. (...) En cuanto a las razas blancas, se puede decir que ninguna tuvo su lugar de nacimiento en Asia Central”. No menos categórico es Topinard: “Hay arios (*L'Anthropologie et la science sociale*, 1900, p.229) en lingüística, pero no hay raza aria; así como hay franceses, desde el punto de vista de la lengua, pero antropológicamente no hay raza francesa”. Es el *parce sepultis* de la famosa teoría aria, sobre la que se construyeron tantas otras, la que también acogió el sociólogo portugués, para explicar que los colonos portugueses tenían razón en tratar a los negros y a los indígenas como los trataban. No lo acusemos de haber jurado sobre una teoría que los sabios más renombrados tenían para sí; pero digamos que no prevalece el *símil* invocado por él.

Al leer tales despropósitos, uno incluso duda de la sinceridad de estos escritores; Darwin nunca pretendió que la ley de la selección natural se aplicara a la especie humana, como dicen los teóricos del egoísmo y la rapacidad. Él reconoció que los seres vivos luchan por la vida; pero esta expresión “lucha” no tiene, en la teoría, el sentido estrecho al que lo reducen los espíritus pequeños; luchar por la vida significa, para él, la tendencia a vivir, el esfuerzo por conservar la vida y propagarla, y no, simplemente, el conflicto material, la agresión cruenta. Los procesos empleados por los seres en esta lucha son innumerables, e innumerables son los tipos que resistieron y vencieron sin utilizar la lucha física.

No sólo eso; en referencia a la especie humana, él no dejó en esa vaguedad la aplicación de su teoría, que permitiría a los filósofos de la matanza justificar todos los delitos, y en cambio escribió, en el primer volumen de su obra *Descendencia del hombre y selección sexual*, 271 páginas para explicar bien que, en la evolución de la especie humana, en la evolución social en general, la competencia entre seres de la misma especie sustituye a la lucha. Allí él va acompañando sucesivamente el progreso moral y social, y muestra cómo este progreso se realiza por el desarrollo creciente de sentimientos altruistas, por una solidaridad cada vez más fuerte entre los hombres, siendo esto en realidad lo que les confiere la superioridad; y designa como finalidad de este progreso la solidaridad de todos los pueblos, combatiendo así todo lo que pueda oponerse a la armonía y la unificación de la especie humana. Es allí, en esas páginas, donde el genio naturalista argumenta que las sociedades deben cuidar de los ancianos, los discapacitados y los enfermos, nutrirlos y defenderlos, por más incapaces que sean, porque de esta manera se cultivan sentimientos altruistas, gracias a los cuales se realiza el progreso social.

Darwin fue el primero en romper con la filosofía clásica inglesa, que va desde Bacon, Hobbes, Locke, A. Smith hasta Stuart Mill y Spencer, y que formula el utilitarismo como base de la moral. Para él, la base de la moralidad es la inclinación natural -el instinto altruista- que lleva al hombre a buscar la compañía de los seres de su especie, a gozar de su compañía y a interesarse por ellos, más allá de todo cálculo o motivo egoísta; y proclama, como Auguste Comte, una base orgánica e instintiva para la moralidad. ¡Qué diferentes son estas ideas de las que Oliveira Martins pretende encontrar en la filosofía del gran naturalista!...

Ciertamente el escritor lusitano nunca leyó las cartas de Darwin, escritas después de haber pasado algún tiempo en Brasil, y después de haber conocido, por sí mismo, a unos y otros: al negro, inferiorizado por la piratería evolucionista, y a aquéllos que lo cautivaron, y cuya superioridad está bien expresada por la grandeza de la invención, la trata de esclavos africanos...<sup>5</sup> Debería haberlo leído, para ver el horror y la indignación humanitaria con que se refiere a la abyección e iniquidad de estos hombres que, en nombre de una supuesta superioridad, cometen tales delitos contra las criaturas humanas.

Ese primer argumento no vale el peso de la tinta con que lo expresan: la superioridad probada por la selección natural y la eliminación de los no aptos, es decir, los más débiles. Admitir que los más débiles entre los hombres son siempre los inferiores, nos llevaría a extravagancias irreconciliables: los españoles y los portugueses eliminaron, rechazaron, en la península, a los moros y a los árabes –los españoles son esencialmente superiores; los moros-árabes repelieron a los españoles y portugueses en África, y siempre los han resistido –los moros-árabes son esencialmente superiores; los españoles y los portugueses expulsan y eliminan definitivamente

5. Extractos de dos cartas de Darwin, escritas por Maldonado: “Comprobé la gran fuerza con que la opinión pública se manifiesta y se eleva paulatinamente, en las elecciones contra la esclavitud. Inglaterra tendrá derecho a estar orgullosa si es la primera nación de Europa en abolirla por completo. Antes de mi partida de Inglaterra, me dijeron que mis puntos de vista sobre este tema cambiarían cuando viviera en un país donde existieran esclavos. El único cambio que se ha producido en mí, que yo sepa, es que valoro mucho más el carácter del negro. Es imposible ver a un negro sin sentirse atraído por esa persona. Tienen fisonomías alegres, francas, honestas, cuerpos soberbiamente musculosos. Nunca he podido mirar a uno de esos rabiosos portugueses, con su aspecto sanguinario, sin desear, por así decirlo, que Brasil siguiera el ejemplo de Haití... Hay en Río, un sujeto cuyos títulos ignoro y que recibe un gran salario para impedir, supongo, el desembarco de esclavos. Vive en Botafogo y, sin embargo, durante mi estadía allí, fue en esa bahía donde desembarcaron la mayoría de los esclavos de contrabando. Sería bueno averiguar cuál es su función; entre los ingleses de clase alta, éste era el principal tema de conversación. Mayo de 1833”.

“Me alegra el corazón saber cómo van los acontecimientos allá. ¡Hurra! por *whigs* honestos. Creo que no tardarán en atacar esa mancha monstruosa de nuestra tan decantada libertad: la esclavitud colonial. Conozco ahora bastante la esclavitud y el carácter de los negros, como para estar sumamente enojado con las mentiras y tonterías que se escuchan al respecto en Inglaterra. Felizmente, los *tories* -esos corazones de hielo que, según J. Mackintosh, no tienen entusiasmo sino contra el entusiasmo- están, por el momento, lejos. Junio de 1833”. (*La vie et la correspondance de C. Darwin*, trad. H. C. Varigny, t.I., p.281-283).

a los holandeses de Brasil –los españoles y los portugueses son superiores; los holandeses ganan y expulsan definitivamente a los portugueses de Insulindia –los holandeses son superiores; los abisinios ganan y expulsan a los italianos –los abisinios son superiores a los italianos; los turcos derrotaron a los griegos y se establecieron definitivamente en Constantinopla y Asia Menor –los turcos son superiores a los griegos...

En el caso de los americanos: ¿fueron derrotados los incas y los aztecas? “Por lo tanto, son inferiores”, concluye doctoralmente el evolucionista portugués. No reflexiona sobre las condiciones históricas de los dos pueblos, españoles y americanos. Aquéllos venían de Europa, donde rodeados de naciones avanzadas, organizadas, guerreras, y amenazados por ellas, asaltados, invadidos, también tenían que volverse combativos, tenían que militarizarse. Los otros vivían entre pueblos sin organización, débiles, vivían en paz, estaban absolutamente desprovistos de elementos militares.

En estas condiciones, si se encontraban en una lucha, los españoles vencerían inevitablemente, sin que esa victoria implicara una superioridad esencial de la raza. En realidad, tal superioridad se expresa así: después de masacrar a una población con balas dum-dum, quemar chozas, destruir plantaciones y recoger algunos despojos, imponer una esclavitud disfrazada a los sobrevivientes, y terminar destruyéndolos, derramando entre ellos el alcoholismo, la sífilis y otras enfermedades, nerviosas y contagiosas...<sup>6</sup>

Ahora volvamos al segundo argumento, que se resume así: los indios y los africanos son “incapaces” de alcanzar un grado de perfección moral y social comparable al de los pueblos cultos actuales. ¿Qué prueba que sean así de incapaces e inferiores? “El hecho de que hayan permanecido salvajes o bárbaros hasta ahora”. Ésta es la única evidencia presentada. Tal forma de razonar es idéntica a la

6. Esto es lo que todos los espíritus justos y generosos reconocen y proclaman, incluso en Europa: “Nosotros llevamos a los negros desdichados, bajo el pomposo nombre de civilización, no sólo el alcohol, sino también la violación, el fuego, el asesinato; por todas partes, bajo las mentiras decorativas, aparece, brutal: la soberanía de la fuerza” (G. Seailles). “La colonización es, quizás, lo que mejor nos muestra la gran falla del siglo XIX: la práctica de una hipocresía patente para eludir la responsabilidad de una verdadera ferocidad” (William Morris). “La conquista de las llamadas razas inferiores no es, en realidad, más que una masacre horrible, cobardemente practicada contra hombres débiles y desarmados, contra niños, que sólo piden que se les permita crecer” (E. Girauld).

de un griego del siglo de Pericles, quien al contemplar el estado de absoluta barbarie, abyección y atraso de todos los pueblos que luego formaron Alemania, Austria, Francia, Inglaterra, los Países Bajos, Bélgica, Escandinavia, Rusia y los Estados Unidos, y teniendo en cuenta la distancia social entre ellos y los atenienses, concluyeran que esos bárbaros eran esencialmente inferiores y declararan que esa raza era incapaz de progresar, esa raza de donde saldrían Newton y Shakespeare, Leibniz y Rembrandt, Pascal y Moliere, Bacon y Darwin, Pasteur y Auguste Comte, Goethe y Tolstoi e Ibsen, y todos los genios de la civilización moderna... Es difícil comprender cómo estos hombres, lamentablemente, confunden las “alternativas históricas de los pueblos” con “la inferioridad definitiva de las razas”.

Además, ¿es verdad que los indígenas americanos no han dado ninguna prueba de ser capaces de alcanzar una civilización superior? No, en la historia hay una demostración categórica de la perfectibilidad social de estos pueblos. Al desembarcar en América, los españoles encontraron allí dos imperios, cuyo estado de civilización era superior al de Europa central en el siglo IV o V. Esta civilización fue obra exclusiva de las razas indígenas y nos informa, sin discusión posible, que si estos pueblos lograron salir del salvajismo primitivo y alcanzar el nivel de organización social en el que se encontraban, muy bien podían avanzar hasta alcanzar el mismo estado de civilización y cultura del que los europeos se enorgullecían.

En materia de evolución social, es mucho más difícil vencer el salvajismo primitivo y llegar a formar una sociedad organizada y disciplinada, como la de los incas y los aztecas, que a partir de ahí alcanzar la cultura moral e intelectual al grado que poseían las sociedades en Europa. ¿Por qué razón el indígena americano sería refractario a la civilización? En Paraguay, una población compuesta en su mayoría por elementos guaraníes, se alcanzó un grado de progreso social que, en su momento, fue muy superior al de las poblaciones vecinas. Si no hubiera sido por la guerra, la injustificable persecución del gobierno imperial del Brasil, hoy ese pueblo sería una gloria de América del Sur.

Las razas indígenas no carecen de las cualidades susceptibles de cultura, ni de actividad intelectual ni de inclinación social. “Todas las razas –dice Topinard–, favorecidas por las circunstancias, pueden progresar”; y esta afirmación él la hace precisamente respecto de los indios americanos, y no deja de señalar la ignorancia o falsedad de los elementos en que se basan los que proclaman la inferioridad y



degradación de estas razas<sup>7</sup>. Y continúa: “Todo el grupo –de indígenas-, observado metódicamente, ofrece rasgos humanos, reconforta el dolor y tiene cualidades que no se sospechan”.

## VI

¿Y el hombre negro?... La ciencia sociológica de los descendientes de traficantes de esclavos lo condena, ya que tiene la piel negra y el pelo rizado, aún más furiosamente: *Razas completamente inferiores y seriamente diferentes* –los considera Oliveira Martins. “La idea de convocar a estas razas a una civilización para la que la naturaleza no las había dotado, fue una de las nobles quimeras”. Para el escritor-estadista, el hombre negro tiene una sola utilidad: trabajar como una bestia para sostener la vagancia del hombre blanco.

No vale la pena repetir los textos en los que insiste en encontrar como muy naturales “los procesos con los que las razas superiores (sin modestia) siempre han esclavizado o exterminado a las inferiores (...), esa ley que en sociología produce, por selección, tipos superiores en la historia de las civilizaciones”. Detengámonos aquí y desenmascaremos ya este sofisma.

El sociólogo portugués alega, y con él todos los de la escuela de la inferioridad de las razas negra e india: “Es legítimo que el blanco esclavice y extermine al negro, porque así suceden las cosas en la naturaleza”. No, no hay tal. Hay una lucha en la naturaleza, es verdad, entre seres animados que se disputan su lugar en la vida; pero esta lucha, incluso cuando es sangrienta y directa, es extremadamente rara entre individuos de la misma especie; y cuando es directa, nunca se da en el sentido de que un grupo obliga al otro a trabajar para sí mismo. Es posible que los lobos y chacales compitan entre sí por la presa: ganarán los más ágiles y vigorosos, cazarán mejor, prevalecerán, sobrevivirán, mientras que los otros, los más débiles, desaparecerán. Será así... Esto es lo que se ve.

7. Al respecto, el antropólogo cita el caso de un “autor que señala a los Caraíbas del Orinoco como los más primitivos salvajes, y hace una horrible descripción de ellos”. Topinard trata de averiguar de dónde recopiló su información el autor: fuera del trabajo de un viajero –que nunca había visto un Caraíba–, y habiendo leído efectivamente esta obra, comprueba que “no hay ningún elemento en el libro que motive una descripción detallada” de dicho autor. Este autor es Letourneau (Topinard, op. cit., p. 157).



Sin embargo, lo que no se ve en la naturaleza, bajo ninguna circunstancia, es una manada de lobos, o un hormiguero de Amazonas, organizándose, cazando individuos de la misma especie, esclavizándolos, obligándolos a trabajar a la fuerza para alimentar a los amos, o eliminándolos sistemáticamente cuando los débiles se niegan a trabajar; lo que no se ve en la naturaleza, entre los seres de la misma especie que viven en sociedad, es la división de éstos en dominantes y dominados, explotadores y explotados.

¿Quieren dar a los conflictos humanos y sociales el mismo sentido que a los conflictos animales?, ¿quieren llegar a las mismas consecuencias?, ¿quieren apelar a las luchas bestiales de seres inferiores para legitimar sangrientas devastaciones? Entonces coloquen a los hombres en las mismas condiciones de igualdad en que luchan las fieras y las bestias. Cuando el chacal compite por la carroña con otro chacal, hace valer sus propios recursos: no hay renombre familiar, ni fortuna heredada, ni prestigio de clase, que dé a uno de ellos tanta superioridad que le permita vencer cuando, individualmente y solo, sería derrotado por su competidor.

En la especie humana las condiciones de la lucha no son las mismas, y por lo tanto las consecuencias no deben ser las mismas; si la sociedad y la civilización acordaron otorgar ventajas a algunos, de las que otros están destituidos, la sociedad y la civilización también deben intervenir para no consentir, en la marcha por la vida, que aquéllos que se creen momentáneamente más fuertes masacren a los más débiles, así como las bestias hacen con seres de otras especies.

No hace mucho, el teórico de las masacres proclamaba que los fuertes y los exterminadores siempre son superiores; ahora, invoca una falsa analogía para afirmar que “es a costa de las masacres y las luchas crueles que se avanza, y la lucha entre los hombres es indispensable para que la humanidad se perfeccione por la victoria del más apto”. ¿Serán realmente los más perfectos los que suelen vencer? No, responde la realidad de la vida, lo que vence es la iniquidad, el egoísmo, la perfidia, la ferocidad. Son éstas las cualidades que se desarrollan en estos conflictos y masacres, donde sólo se exaltan las tendencias viles: los odios, las envidias, los celos, que se van afinando en la medida en que la inteligencia cultivada viene a añadir cálculo y reflexión a estas luchas.

En la disputa entre los grupos humanos y las personas entre sí, nacen o se refuerzan justamente los sentimientos que perturban

y entorpecen el progreso; tales disputas vigorizan los instintos egoístas, un obstáculo para el desarrollo de las virtudes sociales por excelencia: la justicia, la fraternidad. El resultado último de la civilización debe ser la eliminación de los dolores y la conquista de la felicidad; toda la lucha de individuo a individuo se refleja en su interior con un dolor que ninguna victoria compensa.

¡Es una aberración moral pretender que la lucha y los conflictos conducen al progreso social, cuando éste sólo puede provenir de la cooperación de los esfuerzos y de la armonía de los sentimientos!... Si el hombre puede vivir y florecer porque encuentra una sociedad, es decir, una unión, una concurrencia de voluntades, ¿cómo admitir que la lucha, donde se genera la desunión de los elementos de esta sociedad, pueda provocar el progreso?!...

¡Son extraordinarios estos moralistas y sociólogos que pretenden mejorar, perfeccionar al hombre, haciéndolo volver justamente a la condición animal primitiva!... Si el hombre aún conserva estos instintos, que trajo del seno de los bosques, el compromiso debe ser eliminarlos. Es por el esfuerzo en la lucha, no hay duda, que el hombre progresa; pero la lucha es contra la naturaleza, y en esta lucha sólo la unión de esfuerzos garantiza la victoria.

El papel del hombre en la civilización es conquistar esta misma naturaleza, imponerse a ella y dar a la evolución la marcha que le parezca mejor para la conquista de un ideal; y no entregarse a las brutalidades de la fiera, para la cual el futuro no tiene significado; y no entregarse a estas brutalidades sobre la base de que son naturales a otros animales. “*Il est dangereux –ya nos decía Pascal– de faire voir à l’homme combien il est égal aux autres bêtes, sans lui montrer sa grandeur*”.

Además, lo cierto es que, incluso entre los animales, no son los más fuertes los que sobreviven y triunfan, sino los más inteligentes, y sobre todo aquéllos que, aun siendo débiles, están cerca unos de otros, amparándose en el apoyo mutuo. Los mamuts y mastodontes se extinguieron, las hormigas se multiplicaron. La fuerza no siempre es garantía de supervivencia y triunfo; las ratas y los leones son perseguidos, estos últimos desaparecen, las primeras pululan...

Sólo ignoran esto aquéllos que se vuelven hacia la naturaleza queriendo encontrar justificaciones para su propio mal: “*En voulant imiter ce que nous appelons l’injustice de la nature, nous risquons de n’imiter et de ne favoriser que notre propre injustice*” (Maeterlinck).

No es sólo necesidad o mala fe, sino también calumnia, el asimilar los conflictos de los animales inferiores entre sí a los de los seres humanos entre sí; es una tergiversación grosera e inmoral de la teoría de Darwin. ¿Quieren ver cómo hablan los darwinistas reales? Lean a Büchner, por ejemplo<sup>8</sup>.

Para silenciar a quienes todavía aceptan esta tergiversación, de la que Oliveira Martins fue el principal defensor en portugués, les presentamos una página copiada del propio Oliveira Martins. La tomamos del mismo capítulo en que él afirma que los negros *son seres abyectamente inferiores*, que existe una *incontestable inferioridad* de su raza; y considera inútiles los esfuerzos por traerlos a la civilización. Esto lo menciona también unas líneas más adelante, describiendo la insurrección de los negros de los Palmares, y la verdad y los hechos lo llevaron a dibujar un cuadro donde se comprueba que esta gente posee una prodigiosa, una excepcional capacidad y aptitud para el progreso social.

De todas las protestas históricas de los esclavos, Palmares es la más hermosa, la más heroica. Es una Troya negra y su historia, una Iliada. Fue la ocupación de los holandeses lo que dio lugar a la formación de la república de los esclavos. El abandono de las haciendas por los señores, y luego el armamento de los negros

8. “En los reinos animal y vegetal, *la lucha por la existencia* es una causa de progreso, porque siempre trae el triunfo del más apto. Pero muy diferente es lo que le sucede al hombre que vive en sociedad. Encuentra, desde que viene al mundo, todos los buenos lugares ocupados en el banquete de la vida. Si la familia, la posición, la fortuna heredada no le ayudan, está condenado a poner sus energías al servicio de los que lo tienen, y a quienes la sociedad les garantiza el libre goce de sus bienes. Así, no suelen ser los *mejores* ni los más capaces los que triunfan, pero sí el más rico y el más poderoso, el más favorecido por su posición social o el que, por su docilidad de carácter, sabe acomodarse mejor a las circunstancias. En esta lucha despiadada, todas las ventajas están de un lado, todas las desventajas del otro, y es por excepción que ciertos individuos consiguen ascender desde los estratos más bajos de la sociedad a situaciones envidiables. En realidad, este fenómeno es comparable a la lucha por la vida en la naturaleza; pero en la sociedad se lucha con armas de un valor muy desigual. Por lo tanto, sería necesario nivelar el campo de juego y sustituir la lucha de cada uno contra todos por la lucha de todos, solidariamente, contra todos los males que pueden afectar a la humanidad: contra el hambre, el frío, la miseria, las privaciones, las enfermedades, la vejez, los accidentes, la muerte. Tal estado de cosas, en el que el bien del individuo sería más o menos idéntico al bien del conjunto, nos parece que podría obtenerse sin que las facultades de trabajo de cada uno tenga que sufrir” (À l'aurore du siècle, Büchner, traducción francesa de Laloy).

para expulsar a los invasores, son las causas inmediatas de la organización de este gran quilombo. En 1630, cuarenta negros de Guinea, esclavos de Porto Calvo, se refugiaron en Palmares, unas 30 leguas tierra adentro de Pernambuco, y se fortificaron. Al igual que los romanos, capturaron a las sabinas, indias y mestizas de los alrededores. Comenzaron viviendo de las razzias de las plantaciones cercanas, del saqueo de los terratenientes. Así vivían los romanos.

Palmares fue el asilo de los esclavos fugitivos, como también fuera Roma y los concilios medievales; creciendo en número, se constituyeron en una sociedad, tenían un rey, el zambi, un cristianismo copiado de los jesuitas, y *leyes que fueron escritas por un Numa negro*. A medida que prosperaron, abandonaron el saqueo y se convirtieron en agricultores. Labraron y comercializaron; y los terratenientes de los alrededores, viéndose unos a otros liberados de las antiguas molestias de vecinos tan hostiles, ahora se ocupaban de la naciente ciudad, vendiendo haciendas y armas; así se forman las naciones, y Palmares *merece este nombre* cuando, habiendo reconquistado y pacificado el norte de Brasil, el gobierno resolvió someter a la república (1695). Entonces tenía cuatro o cinco millas de circuito; el recinto estaba fortificado por una alta empalizada, a la manera de las “aringas” o “mocambas” de África. Dentro estaban las plantaciones; un río con abundante agua, frondosos plátanos, campos de maíz y mandioca. La población ascendía a más de 20 mil personas, de las cuales ocho o diez mil con armas esperaban a los agresores. Cayó la república, destruida por las armas portuguesas, pero cayó épicamente, como una Troya de negros. Vencidos, muertos, aplastados por la fuerza, las fortificaciones rotas, el nido de la sociedad naciente abierto de par en par a los invasores, los palmares no se sometieron, se suicidaron. El *zambi*, con los restos rotos de su ejército, se precipitó desde lo alto de un acantilado, y los cadáveres de los héroes rodaron, destrozados, para caer a los pies de los victoriosos portugueses. Los prisioneros, vueltos a la condición miserable, se suicidaron, masacraron a sus hijos y mujeres; y cuando fueron privados de todos los medios para matarse, se dejaron morir de hambre. La Troya de los negros fue arrasada, pero en la memoria de sus héroes quedó y permanecerá como una noble protesta de la libertad humana frente a la dura fatalidad de la naturaleza,

cuyas órdenes impusieron la condición de trabajo esclavo a la explotación de América<sup>9</sup>.

Este último período es la pura metafísica del parasitismo y el egoísmo: si la libertad humana es una realidad, nadie tiene el derecho a inventar supuestas “fatalidades y duras leyes de la naturaleza” para, abusando de la fuerza, negar un lugar en la vida a las criaturas humanas, que habían demostrado ser tan dignas (quizás colectivamente más dignas) que sus opresores. En vano, los doctrinarios del parasitismo intentarán dar apariencia de lógica y ciencia a sus afirmaciones inmorales; el falso barniz científico se resquebraja por todos lados y por todas partes aparece el sofisma. ¿Cuál es la dura fatalidad de la naturaleza que obliga a una categoría de hombres a no trabajar y a vivir a costa del trabajo de otros?... La “dura fatalidad de la naturaleza” es lo que obliga a los animales a vivir de alimentos elaborados por los vegetales, porque el organismo animal es incapaz de tomar su alimento directamente del mundo mineral.

Si hubiera entre ciertos organismos humanos, los tales “superiores” y los otros, la diferencia esencial que existe entre plantas y animales, entonces sí, el parasitismo sería fatalidad natural; pero si ellos son iguales e igualmente aptos para el trabajo, ¿por qué razón han de vivir los últimos a costas de aquéllos? Los teóricos de la explotación, si intentaran responder, caerían en las contradicciones que enriquecen las disertaciones de Oliveira Martins; por ejemplo: considera al negro como abyectamente inferior, en la incontestable inferioridad de las dotes de su raza, y tan incapaz de progreso social que debe ser fatalmente eliminado bajo el imperio de los seres superiores; luego describe la organización de una sociedad de estos seres inferiores, y de esa historia, tal como él la cuenta, resulta que los negros son personas admirablemente dotadas desde el punto de vista del progreso social. Es maravillosa, perfecta, casi ideal, la evolución de esta sociedad.

El historiógrafo incluso está entusiasmado con la perfección de esa evolución; una vez, dos veces, tres, cuatro... la compara con la evolución de Roma, ¡el pueblo que formuló instituciones civiles tan perfectas que podían aplicarse a casi todos los demás

9. Oliveira Martins, Joaquim Pedro de, *O Brasil e as colônias*, p. 64.

pueblos! Hay en esos palmarenses una energía de organización, una aptitud social que los lleva, cuando son prósperos, a “abandonar el saqueo, convertirse en agricultores”; es decir, lograron liberarse de las tentaciones parasitarias, tuvieron la fuerza suficiente para abandonar las prácticas depredadoras y convertirse en agricultores, productores, lo que otros pueblos “superiores” no consiguieron...

Así se forman las naciones, dice el detractor de los negros e indios; y es verdad: así se forman las verdaderas naciones y por eso, en 65 años, Palmares ya merecía ese nombre, contaba con 20 mil habitantes, y podía oponer a los parásitos verdugos 8 mil héroes.

Dejemos a los filósofos de la masacre; su filosofía ya no engaña a nadie y hoy sufre el descrédito que merece; dejémoslos, pero no sin oponernos a la opinión de un escritor que vivió entre los negros africanos, en lo más profundo de África, y que protesta

con vehemencia contra una opinión, más literaria que científica, según la cual los negros serían seres imperfectos, que mañana se presentarían tal como lo eran hace 40 siglos. ¿Por qué rehusarse a reconocer sus cualidades morales y físicas? Faidherbe, Gallieni, Barth, René, Caillié, Soleillet y muchos otros exploradores no discuten que los negros poseen ciertas cualidades que se pueden desarrollar. Paul Soleillet incluso llega a decir que no hay nada más que una inferioridad de educación en los negros. La verdad es que ellos están en un estado de civilización muy parecida a la de nuestros abuelos en el siglo IV; tendrán que hacer ese largo camino que los separa de la civilización moderna. No podrán hacerlo abruptamente. Y nosotros mismos, ¿no tardamos siglos en aprovechar los tesoros acumulados por las civilizaciones griega y romana?<sup>10</sup>

El caso de Liberia se apunta contra los negros: ¿y cuántas nacionalidades blancas han fracasado?... La historia del desarrollo, progreso y cultura de la raza negra en Estados Unidos, a pesar de la guerra implacable de la población blanca, da un testimonio muy elocuente en favor de la aptitud de los negros para la civilización.

10. *Revue générale des sciences pures et appliquées*, 30 de enero de 1903.

## VII

Resta examinar, todavía, la especial influencia del mestizaje. Para algunos etnólogos, el cruzamiento entre diferentes razas da lugar a la formación de poblaciones inferiores a cualquiera de las razas progenitoras. Es lo que se denomina en biología los efectos regresivos de los cruces. Amparándose en ciertos hechos observados en la zoología, algunos sociólogos pretenden que las naciones sudamericanas padecen además de una especial inferioridad debido a los cruces entre ellos mismos. Sin embargo, lo cierto es que no existen observaciones positivas probando esta supuesta influencia perniciosa del mestizaje.

Las opiniones en este sentido se basan en una analogía que se pretende establecer entre el mestizaje en el hombre y los cruces de diferentes especies animales, cruces que revelan algunos caracteres considerados ancestrales y regresivos. Ahora, es claro ver que la analogía no procede: tales caracteres ancestrales únicamente aparecen en el caso de que las especies cruzadas sean tan diferentes que sólo dan productos híbridos, estériles, como sucede con las mulas. Es aquí donde aparecen algunos caracteres regresivos insignificantes en el pelaje. Pero estos mismos son meramente caracteres físicos; por ejemplo, no está demostrado que la mula sea menos inteligente o menos dócil que el asno.

Para concluir, a partir de estos hechos, que el cruzamiento de diferentes razas humanas deba forzosamente provocar la aparición de las groseras cualidades morales de los ancestros lejanos de las especies, sería necesario que se verifique, por lo menos, la aparición simultánea de los caracteres ancestrales de orden morfológico, y esto no sucede. No se ve, en los mestizos, ningún rasgo fisonómico especial, nuevo, ninguna modificación orgánica particular, que pueda ser considerada como una regresión ancestral. ¿Cómo admitir, entonces, que haya forzosamente una regresión moral e intelectual cuando se produce el cruce, no entre especies diferentes, sino entre razas diferentes, y cuando, incluso en el caso de los animales (donde existe esta regresión física), no existe regresión intelectual?

Éstos son argumentos teóricos, que no tendrían ningún valor si la observación real estuviera en su contra. Afortunadamente, los hechos también contradicen las concepciones de los teóricos detractores del mestizaje. Ribot, que es perfectamente imparcial y acepta todo lo que dicen estos detractores, reconoce, por el contrario, ventajas en los cruces:

Notemos que hay cruces entre las diferentes naciones, para su gran beneficio, dicen algunos, para su gran perjuicio, dicen otros. Lo que no está en duda es que las mezclas de sangre deben modificar el carácter nacional dentro de ciertos límites, mientras que debería permanecer intacto en aquéllos que permanecen libres de toda mezcla. Son rarísimos, sin embargo, los pueblos que han podido, sin mestizaje, perdurar y civilizarse<sup>11</sup>.

Pero algunos dicen que, en América del Sur, el cruce fue funesto porque se dio entre razas esencialmente diferentes, y “(...) la perpetua inestabilidad de las repúblicas hispanoamericanas les parece una consecuencia social de los cruces...”. Ahora bien, cualquiera que conozca la historia de tales repúblicas sabe que la causa es toda de orden político, y deriva exclusivamente de las condiciones históricas de la colonización. Sin embargo, se cita la opinión de los pocos estudiosos que pudieron apreciar estas poblaciones y las juzgan desfavorablemente. Uno de ellos, y el más categórico, es Agassiz, que pasó por Brasil al comienzo de la segunda mitad del siglo pasado, y afirma lo siguiente:

Aquéllos que ponen en duda los efectos perniciosos de la mezcla de las razas y son tentados por la falsa filantropía de romper todas las barreras que se interponen entre ellas, deberían ir a Brasil. Sería imposible para ellos negar la decadencia resultante del mestizaje, que tiene lugar en ese país más ampliamente que en cualquier otro. Verían que esa mezcla nulifica las mejores cualidades, ya sea del blanco, del negro o del indio, y produce un indescriptible tipo mestizo cuya energía física y mental se debilita (...) Respetemos las leyes de la naturaleza, y, en las relaciones con los negros, mantengamos en todo el rigor y la más alta integridad de su tipo nativo y la pureza del nuestro<sup>12</sup>.

Es horrible lo que el naturalista de la “inmutabilidad de las especies” observó sobre los mulatos y mestizos brasileños; ciertamente estas cosas él las vio igual que como vio, por aquí, los trazos del

11. Ribot, *L'Hérédité psychologique*, 4º ed., p.126.

12. Agassiz, *Voyage au Brésil*, p.297.



*período glacial...*<sup>13</sup>. No hay razón para que nos impresionemos con los conceptos del sabio reaccionario; él anduvo por estos mundos con el propósito decidido de encontrar pruebas de que fue el Padre Eterno quien hizo, muy separadamente y en tiempos diferentes, cada una de las especies existentes, y que ellas son hoy lo que eran cuando salieron de la mano del obrero de los cielos; también sostenía que no hay ningún parentesco entre las razas...

Otro, Dally, citado a menudo, no llega a mencionar hechos precisos sino que se mantiene en las alegaciones metafísicas: "Cruzar todas las razas humanas es ir en contra del gran principio de la civilización: la división del trabajo. Cada raza puede encontrar su adaptación...". No se entienden las razones por las que el cruce se opone a la especialización de las funciones y la división del trabajo; por el contrario, la mezcla de cualidades morales e intelectuales, en el mestizaje, puede dar lugar a la aparición de nuevas aptitudes.

"Es muy posible -dice Ribot-, que ciertos caracteres latentes, que nuevas aptitudes sean reveladas por el propio hecho del cruce...". Para discutir como hombre de ciencia, Dally debía probar que los mestizos eran incapaces de especializarse en cualquier campo, demostración algo difícil; todos sabemos que hay verdaderos expertos en tareas especiales: músicos, pintores, matemáticos, artesanos, médicos... Se cita también comúnmente como contraria al mestizaje la opinión de Darwin. Sin embargo, lo que él dice, como hecho de su propia observación, es más bien favorable al mestizaje:

Todos los viajeros han notado la degradación y las malas disposiciones de las razas humanas cruzadas. Nadie discutirá que hay mulatos de excelente carácter y corazón, y sería difícil encontrar un grupo de hombres más dóciles y amables que los habitantes de la isla de Chiloé, procedentes de una mezcla, en proporciones variables, de indios y españoles. Por otro lado, me impresionó el hecho de que en América del Sur los hombres provenientes de una mezcla compleja de negros, indios y españoles rara vez tenían -cualquiera que sea la causa- una buena expresión. Por su parte, el gran Humboldt, que no compartía

13. "En cuanto a Brasil, donde Agassiz creía haber encontrado las huellas de un período glacial, un estudio más detallado ha demostrado que no existe nada parecido". *Traité de géologie*. p.1363, de Lapparent, profesor del Instituto Católico de París, y por tanto desprevenido del deísta Agassiz.

ninguno de los preconceptos que reinan con tanta fuerza en Inglaterra contra las razas inferiores, se expresa en términos enérgicos sobre las disposiciones salvajes de los Zambos o mestizos de indios y negros, y muchos observadores han confirmado su opinión. Estos hechos deben, tal vez, hacernos admitir que el estado de degradación en el que se encuentran tantos mestizos puede ser atribuido, tanto a un retorno a una condición primitiva y salvaje, determinada por el cruzamiento, como a las detestables condiciones morales, en las cuales ellos se encuentran generalmente<sup>14</sup>.

Como se puede apreciar, Darwin, que sólo estudiaba los hechos desde un punto de vista naturalista y sólo buscaba conocer los “efectos naturales” de los cruces, se ve obligado a reconocer que este estado de degradación de los mestizos tiene una causa moral-social. Es obvio que su juicio sería más categórico si él conociera, como nosotros, toda la historia de las largas miserias y martirios interminables que, por generaciones y generaciones, han ido cultivando y desarrollando en estos desdichados todos los instintos del rencor y del odio, borrándoles las fuentes del bien...

Existencias y existencias que se sucedían sin una caricia, sin sentir en torno a sí un gesto de cariño, sin tener la ocasión de saber que la generosidad y el amor existen. De ahí viene esa expresión de la fisonomía que tanto impresionó al genial inglés: es el odio, el rencor, los martirios y las furias acumuladas a lo largo de 300 años; es esta herencia de dolor y desesperación, capaz de desorganizar cualquier naturaleza moral. Si Darwin los hubiera conocido a lo largo de su historia, ni siquiera habría pensado en los efectos del cruzamiento, y reconocería que estos mestizos son, hoy, infinitamente mejores de lo que se esperaba.

Livingstone, por su parte, dice: “No se puede comprender por qué los mestizos son mucho más crueles que los portugueses, pero el hecho es indiscutible”. ¡Oh! Es evidente que el famoso explorador desconocía las hazañas de los esclavistas portugueses, la historia de las Indias y de los barcos de La Meca, los hechos de la esclavitud en la colonia de Brasil. Se podría armar una biblioteca para informar de todas estas crueldades, cada cual más repugnante, más horrible

14. Darwin, Charles Spencer, *Variação das espécies*, II. p.23.

y degradante; la dignidad humana ofendida en todos sus nobles sentimientos: ¡los niños fueron obligados a cortar a latigazos a sus madres!...

En crueldad, ninguna raza igualará jamás a los blancos de Europa; esta superioridad es indiscutible. Al leer las bestiales atrocidades que, aún hoy, practican los europeos en las cinco partes del mundo, todos tenemos que concluir, repitiendo con el sabio del *Origen de las Especies*.

Debemos reconocer que el hombre, con todas sus nobles cualidades, la simpatía que siente por los más desdichados, la benevolencia que extiende no sólo a sus semejantes sino incluso a los seres más humildes, la inteligencia divina que le permitió penetrar los movimientos y constitución del sistema solar; el hombre, con todas estas facultades de tan eminente orden, aún conserva en su sistema corporal la huella indeleble de su origen inferior.

Ahora bien, antes de referirnos a nuestra propia historia y a la sociedad en que vivimos, para la apreciación de estos hechos consignaremos la opinión de otros sabios, cuya autoridad no es menor que la de los ya citados, y que contradicen por completo estas opiniones malévolas sobre el mestizaje. Waitz, Martin de Moussy y Quatrefages afirman que “los mestizos son al menos iguales en inteligencia a sus progenitores de raza superior”. Este último –Quatrefages– se refiere en los términos más alentadores a las sociedades sudamericanas, donde el mestizaje habría desarrollado, a su juicio, cualidades apreciables, y cita numerosos ejemplos, especialmente en Brasil, donde sin existir prejuicio de color, los mestizos han podido desarrollar sus aptitudes y han mostrado:

una decidida superioridad artística sobre las dos razas madres. Casi todos los pintores y músicos brasileños pertenecen a la raza cruzada; muchos se hicieron notables en la medicina (...) En Venezuela, los mulatos se han distinguido como oradores, publicistas, poetas (...) Los autores menos favorables a los mestizos –*concluye el citado antropólogo*– les reconocen, sobre todo a los de América, que tienen mucha inteligencia, espíritu e imaginación.

El capitán Beechey, habiendo tratado con un pueblo de mestizos que se formó espontáneamente en Pitcairn, un pueblo derivado de un cruzamiento entre polinesios y tahitianos, se expresa así:

Es una población notable por su fuerza, agilidad, hermosas proporciones, una inteligencia aguda y pronta, un deseo ardiente de instrucción y cualidades morales reveladas por los más conmovedores ejemplos. Incuestionablemente, esta sociedad, toda mestiza, era superior por lo menos a la gran mayoría de los elementos que le habían dado nacimiento.

## VIII

No hay un solo hecho en la historia de América Latina que pruebe que los mestizos hayan degenerado en el carácter, en relación con las cualidades esenciales de las razas progenitoras. Los defectos y virtudes que poseen proceden de la herencia que pesa sobre ellos, de la educación recibida y de la adaptación a las condiciones de vida que se les ofrecen. Consulte las estadísticas de cualquier ciudad sudamericana y verá que el número de delincuentes mestizos es, quizás, relativamente inferior que el de los delincuentes de las razas puras.

En cuanto a la inteligencia, nadie negará que hay mestizos admirablemente dotados. Son excepciones, dicen. Y sí, sin duda son excepciones pero no sólo entre los mestizos, sino en todas partes: los grandes talentos, los genios, constituyen una excepción, forman una minoría insignificante sobre la masa general banal, mediocre. ¿O acaso Inglaterra está formada por Shakespeares, Newtons y Bacons, o en Alemania sólo existen Goethes y Gutenbergs?...

Cuando se dice que un pueblo es susceptible de grandes progresos intelectuales, quiere decir que es capaz de producir individuos de un talento excepcional, porque el progreso -científico, filosófico, artístico- es obra de una pequeña minoría, los grandes talentos. Una vez que en una raza -pura o cruzada- ha aparecido uno de estos talentos excepcionales, ésta ha dado prueba suficiente de que es susceptible de todo progreso intelectual.

Es verdad que América del Sur contribuye en una proporción insignificante para este progreso, pero esto se debe no a un defecto o una esencial inferioridad mental de las poblaciones, sino sólo a las condiciones de atraso y estrechez del medio. ¿Cuántos siglos estuvo

Rusia sin producir genios, y Suecia, y Alemania incluso? Los genios dependen principalmente de las condiciones del medio (Spencer); la misma raza, el mismo pueblo, la misma nación, tiene períodos de fertilidad y períodos de penuria, según las vicisitudes de su evolución.

Se acusa a los mestizos de ser crueles, pérfidos... ¿Para qué repetir las crueldades y perversidades de los blancos y compararlas con las que se les imputan? Cualquiera que quisiera hacerlo verificaría que, relativamente hablando, los mestizos son santos...

Se les acusa además de ser indolentes, indisciplinados, imprevisores, holgazanes, defectos que no son exclusivos de los mestizos y que pertenecen en general a las poblaciones latinas de América. Son defectos más relacionados con la educación, debido a la ignorancia en la que viven, al abandono a que están condenados. No trabajan porque no saben trabajar, no conocen el valor del trabajo. Un miserable del *sertão* del Norte vive tan lejos de la civilización, vive tan parcamente, se conforma con tan poco, que no siente necesidad de morir de cansancio. ¿Para qué sudar de la mañana a la noche, tirando una azada de dos kilos en un terreno fangoso y un lodazal rebelde, si puede vivir sin ella, si no sabría ni qué hacer con el precio de ese trabajo? ¿Cómo podría un hombre amar el trabajo que no ve otra perspectiva que la azada, el hacha, la guadaña, de sol a sol, por el miserable salario de 800 o 1000 reales? No; en tales condiciones él no trabaja, nunca trabajará, a menos que esté esclavizado. Nadie trabajaría.

Ahora bien, instrúyelo, ábrele la mente, hazle nacer nuevas voluntades, necesidades superiores, él tendrá estímulos para trabajar y realizará su actividad inteligentemente, no brutalmente, tomando el lugar del buey y el caballo, sustituyendo el arado por la azada. Sería muy curioso que el caboclo –cuyo organismo físico y moral se contenta con una taza de harina, una raíz de mandioca, un trozo de requesón, una camisa, una guitarra, una pandereta y un cuchillo –, sería curioso que este caboclo se desgaste, venda su trabajo al granjero ocioso por una miseria, sólo para tener el gusto y el orgullo de ser alabado por los intrascendentes de las clases dominantes, para que lo llamen “¡trabajador e individualista!”.

¿Indisciplinados?... Es posible; indisciplinados como los demás.

Si el trasfondo psicológico de estos mestizos fuera como dicen, la vida sería imposible en estas sociedades de organización rudimentaria, donde se desconoce la buena policía y donde la justicia se arrastra tardía e incoherentemente en las grandes ciudades, y es

nula en el bosque seco. Sin embargo, es un hecho reconocido: en esos bosques secos el crimen es menos común que en las ciudades; el robo casi no existe; los crímenes de sangre sólo están motivados por esos preconceptos de falso honor: una hombría estúpida, brutal, pero generalmente caballerosa.

Lo único que no es caballeroso es el comportamiento del “hombre blanco”, del señor, que muchas veces se aprovecha de la ignorancia y valentía del mestizo, convirtiéndolo en instrumento de su venganza. Matan, apuñalan en franca lucha; no torturan a la víctima, ni profanan el cadáver. A pesar de todos los defectos que tienen, las sociedades en las que viven se imponen al amor de cualquiera que los conozca, porque no hay entre ellos esas luchas bajas, viles y repugnantes, por interés estrecho y codicia feroz. Por eso mismo, como las necesidades de cada uno son casi nulas, el egoísmo no les afecta ni impide la expansión de la sociabilidad natural, instintiva, como es instintiva en todos los hombres.

Cualquiera que haya viajado al interior de las tierras brasileñas, por ejemplo, habrá notado a la fuerza la cordialidad, la relativa paz en que viven estas poblaciones, campamentos, aldeas, restos de asentamientos, donde se acumulan las chozas de *sapé*, donde viven como hormigas -hormigas que no trabajan- los productos de la mezcla de negros, indios, residuos de colonos, etcétera. Allí no llega la acción de la autoridad regular; es una existencia primitiva, un comunismo espontáneo; son buenos como la naturaleza, despreocupados... como los que no tienen, ni piensan en tener... La tierra es común, el río es común para la pesca, el monte es común para la caza, incluso el trabajo es común.

Cuando uno planea desmalezar un campo, invita a los demás a juntarse; vienen hasta los de una legua de distancia, avanzan todos juntos y lo terminan en un día, que es fiesta; al caer la tarde, sin aliento, roncacos de tanto cantar, continúan los festejos con tambores, después de un banquete en común. Mañana será la finca de otro, luego la de otro... En medio de la samba, las caderas de una mulata, la respuesta a un desafío, despiertan peleas, hay muertes, tripas al sol, tajos y costillas rotas... pero todo esto es infinitamente menos repugnante que las hazañas de los proxenetas de París o los carteristas de Londres. No son malos; son violentos, naturales, espontáneos por incultos e ignorantes; les falta la inhibición superior, fruto de la educación.

Allí, en estas poblaciones verdaderamente primitivas, también son comunes el buey, la gallina y el perro, que poseen tal o cual.

Cuando a uno le falta un plato de harina, otro le da; si uno no tiene *jereré*, se sirve del *jereré* del vecino; el caballo que tiene uno lo montan todos... Los hombres civilizados piensan que es mejor que cada uno trabaje y pueda comprar su caballo, y nos incriminan precisamente por esa falta de avidez de ganancia, algo de la sórdida avidez de otros pueblos...

Que la acusación recaiga en quien la hace, pero convengamos que, a pesar de todo, esta tendencia a la sociabilidad, este altruismo, es una buena cualidad, un elemento favorable al progreso moral. Denles intereses superiores y nacerán allí sociedades estimables. Fuertes y vigorosos como son, ellos sabrán aprovechar finalmente las energías y la resistencia que poseen, y que los hacen efectivamente superiores a los colonos reclutados entre los desechos de civilizaciones corruptas.

## RENACIMIENTO DE LAS PELEAS PASADAS

*¡Ojala que una fiebre revolucionaria similar se propague por todo Brasil! Tendremos que sufrir cáusticos y sangrías; pero es la única forma de escapar con vida, y de obtener la libertad y la independencia.*

Martim Francisco (Carta, septiembre de 1824)

I

“Emancipadas las naciones sudamericanas, deben comenzar una nueva vida; el pasado está acabado; ahora hay que organizarse pacífica y rápidamente; ¡esforzarse para alcanzar a otras naciones en su rápido progreso!”. Sin embargo, esto no fue lo que sucedió. Aún no se había logrado la independencia y ya había surgido la discordia entre los patriotas y los políticos, frenando y perturbando la evolución.

¿Por qué? La respuesta se desarrolla ampliamente en la historia de la separación. ¿Cómo se hizo? Ya lo sabemos: en ciertas colonias, fue obra exclusiva de los refractarios; en otras, aunque los patriotas republicanos eran numerosos y fuertes, estos refractarios intervinieron tratando, en lo posible, de reducir la crisis política a la simple creación de un gobierno autónomo en la antigua colonia. Aceptaron la independencia, incluso se mostraron muy activos, y alentaron el movimiento para que, una vez independiente, la nueva nacionalidad se asemejara en todo a la vieja presa de la metrópoli, para que se conservaran todos los privilegios.

¿Se resignarían los patriotas radicales a esto? No; y el conflicto continuó, disensiones, peleas... En la Nueva Granada, los reaccionarios reclamaron de inmediato un Estado centralizado, extensión de lo que existía; los republicanos protestaban: “D. Antônio Narino, exaltado unitario, perturba los trabajos del Congreso constituyente, el cual se ve obligado a abandonar la capital, y permanecer sin acción alguna en medio de las tremendas luchas que siguieron”. Esta bandera del unitarismo ondeaba por doquier, era el programa de resistencia de conservadores y reaccionarios de diversa índole. La lucha que se dio ayer entre “realistas y republicanos” continúa hoy –después de que los primeros se independizaran– entre “unitaristas y federalistas”. Es, en el fondo, la misma campaña por la conservación de las iniquidades del régimen arcaico, a costa de la cual vive ese pueblo.



En Brasil y México, los refractarios se considerarían consolidados por instituciones monárquicas; pero, ahí mismo, se reavivan las luchas, porque ellos ni siquiera consienten que se nacionalice la nación; tiempos en que era una desgracia ser brasileño o mexicano. En ese mismo México, los conservadores conspiraron incluso para entregar la nación a la metrópoli, reduciéndola una vez más a una colonia: ésa sería la confirmación absoluta de los privilegios.

Son los unitarios de siempre; y lo peor es que la confusión es cada vez más grande. Ahora la lucha es verdaderamente, en el fondo y la forma, una guerra civil. Algunos de los antiguos patriotas aparecen al lado de los unitarios, algunos como resultado de una educación realista, al no poder entender el Estado sino como una máquina absorbente, tiránico, centralizador; los otros, con apetitos voraces y ambiciones menos dignas, porque esperan poder satisfacerlas más fácilmente a través de los adversarios de ayer; y la mayoría movida por ese conservadurismo instintivo, que los lleva a buscar como ideal el apoyo de los conservadores, unitarios todos.

A esto se sumaron factores morales: celos, resentimiento, locura natural y pasión, fatales en las crisis políticas. Y la gente refractaria, tranquila y práctica, se fue insinuando por entre estas discordias, fomentando la ambición de unos, avivando el resentimiento de otros, activando las disensiones, aprovechándolas para entrar en el reducto republicano y ser en breve los dueños de los destinos de la nuevas nacionalidades. En el futuro repetirán el proceso, y así, por mucho tiempo, conseguirán esterilizar todas las victorias y anular cuantas reformas y revoluciones se hagan...

Los conflictos se gestan incluso dentro de las plazas, todavía cercadas por los realistas irreductibles, como sucedió en Cartagena. En la cuenca del Plata, incluso antes de concretarse la independencia, estalló la discordia entre las facciones políticas. Los republicanos radicales piensan en una República liberal, otorgando amplia autonomía a las antiguas provincias, para que, salvaguardando sus propios intereses, puedan congregarse y formar una federación para la defensa de los derechos e intereses comunes. Pero los conservadores no lo ven así; entienden el Estado sólo como la absorción de todos los poderes; rechazan la federación que se produciría naturalmente: son unitarios.

La Junta de Buenos Aires afirma este programa; Artigas, en Uruguay, protesta, se levanta contra la tiranía unitaria de la Junta; Paraguay aprovecha el incidente y se declara independiente; las

propias sub-provincias argentinas reaccionan y protestan contra las tendencias absorbentes del gobierno central, que pretende concentrar todos los poderes. Hay revueltas, deposiciones y, finalmente, vence la política unitaria, unitaria con pretensiones monárquicas. Queda claro que los demócratas federales no han renunciado; en 1819 es depuesto el gobierno y continúa el malestar, tan violento que en 1824 se convoca una Asamblea Constituyente, donde el partido federal está fuertemente representado; sin embargo, los otros impusieron una Constitución unitaria.

Acto seguido, los federalistas se rebelaron, se apoderaron del poder, son derrotados tres años después, y la guerra civil se extiende con varias alternativas hasta 1835, cuando el líder Juan Manuel de Rosas se impone y permanece en el gobierno durante veinte años, teniendo que luchar continuamente contra revueltas e intentos de levantamiento. Este estado de agitación se sostiene también gracias a la política exterior del gobierno imperial de Brasil en el Río de la Plata<sup>1</sup>.

El gobierno imperial representó genuinamente el elemento refractario de aquí; es natural, pues, que, siendo más fuerte, buscara por todos los medios impedir la victoria definitiva de los demócratas platinos. Y esto es lo que se ha hecho en todos los tiempos. El programa de estos demócratas era, como hemos visto, la formación de una federación natural, en la cual entrarían todas las antiguas provincias de la colonia; y es por eso que el programa de política exterior del Imperio en el Plata consistió siempre en impedir la realización de este plan. La oposición al virreinato del Plata era una cuestión de honor en la política imperial. Se consideró un delito internacional, una afrenta a la nación brasileña, que las Repúblicas Platinas se confederaran. Se daba apoyo a todos los políticos contrarios a este ideal, se intervino por todos los medios posibles en los negocios internos de aquellas naciones, con el fin de impedir la realización de la confederación de las antiguas colonias españolas...

Los federalistas vencieron en Buenos Aires con Rosas, pero Brasil no descansó hasta tener un pretexto para declararle la guerra y derrocarlo, para que los unitarios tomaran el gobierno con

1. "Mientras estuve en el gobierno quise evitar cualquier motivo de descontento de los cisplatinos, y aprovecharme del odio que tenían hacia los de Buenos Aires" (José Bonifácio).

Urquiza. Los federales protestaron inmediatamente (1853); ciertas provincias se rebelaron, se separaron y finalmente se establece la federación, en 1857. Desde entonces, Argentina ha comenzado a progresar sin trabas, y hoy es una de las más avanzadas entre las naciones americanas.

Los levantamientos se fueron atenuando cada vez más, la vida política se normalizó y nadie, de buena fe, negará a la República platina que es una nación que tiene todos los derechos para vivir y ser respetada. Esta breve exposición explica el motivo de la mala voluntad de las naciones platinas hacia Brasil, cuyo gobierno imperial vivió para perturbarlas y combatirlas sin justa causa.

En Chile, el movimiento de emancipación fue captado de inmediato por los conservadores, dirigidos por O'Higgins, asistidos y fortalecidos por los conservadores platinos. Los republicanos demócratas protestaron, reaccionaron... en vano; las protestas son amortiguadas, mueren con Rodríguez y los Carrera, ejecutados por la política de O'Higgins. Se funda una república de castas, donde los prejuicios aristocráticos reviven con una fuerza desconocida, hoy, en la misma Europa: *rotos* e hidalgos. Las facciones dominantes, una vez sofocadas todas las pretensiones de verdadera libertad y justicia, consagradas a la iniquidad, se organizaron en dos partidos, idénticos en los procesos y en la política, con las viejas etiquetas -Conservadora y Liberal- que se turnan en el poder, lo que da al régimen cierta máscara de libertad y mantiene al pueblo perpetuamente despojado de sus derechos. Es una mentira, una tiranía con un cambio periódico de personas; y contra esto es mucho más difícil protestar que contra un franco despotismo.

En México no hubo disensiones entre los *patriotas de la independencia*, por la sencilla razón de que no hubo patriotas en la independencia propiamente dicha. El caso ya fue narrado: los patriotas republicanos se levantaron luchando por la emancipación, los realistas reaccionaron y los derrotaron; más tarde, los mismos realistas declararon la independencia bajo la forma monárquica, con un general realista, Iturbide, como emperador. Los verdaderos republicanos nunca participaron en esta obra, siempre protestaron; estaban huyendo cuando se arreglaron estas cosas; y aprovechando el momento en que los propios del partido de Iturbide se rebelaron contra su tiranía, se levantaron los republicanos; entonces se reanuda la lucha entre conservadores y demócratas. Aquéllos, con el fracaso del imperio de Iturbide, decidieron entregar nuevamente la

nación a la vieja metrópoli; no pensaban en patria, tenían un lema: *privilegios y religión*.

Los republicanos vencen... victoria fugaz; a la República, proclamada en 1824, se le oponen incluso muchos de los que se autodenominan republicanos –unitarios. Ya sabemos lo que esto significa: son conservadores maleables, que aceptan la etiqueta de *República*, con un programa que les permite tener una república sin *República*. La primera constitución republicana era federalista; la lucha entre unitarios y demócratas continuó, con diversas vicisitudes, hasta que en 1831, mediante un golpe de Estado, se proclamó el régimen centralizador; en Texas y en otras provincias vecinas protestan, se levantan; se da la oportunidad a los Estados Unidos de intervenir; se declara una guerra externa; México es derrotado y, debido a esta hazaña de los conservadores unitarios, se pierden algunas de las provincias más ricas –Texas, Nuevo México y Alta California, anexadas definitivamente a la unión americana–, ya que la doctrina Monroe no prohíbe “que las tierras de América sean conquistadas por los americanos”.

Ante todas estas miserias, los demócratas federalistas volvieron a rebelarse; en 1841 se restableció la Constitución original del 24; pero los conservadores unitarios no se desaniman; ocurren pronunciamientos y maquinaciones, se declara la guerra civil, y con distintas alternativas, entre deposiciones y levantamientos, subsiste la República hasta 1857. Se decreta una nueva Constitución en la que se transigía en algunos puntos el “espíritu de la facción moderada”; el presidente electo luego se entrega a los conservadores e instigado por ellos, disuelve el Congreso.

Los republicanos radicales protestan, y el presidente renuncia, un conservador genuino toma el poder de manera revolucionaria, cuando el sucesor legal sería el presidente de la Corte Suprema, un republicano radical. Este último, sin embargo, mantiene su autoridad y vence. Derrotados definitivamente dentro del país, los conservadores provocan una intervención extranjera y deciden entregar la patria a cualquier invasor que los libere de la República. Es un fenómeno que se repetirá más de una vez en la historia de los conservadores sudamericanos.

En cuanto a las deudas, intereses materiales a defender, una flota francesa, española e inglesa se combinó contra México, y lo derrotó, no fácilmente. Una vez en tierra, los soldados franceses –los otros, que sólo buscaban dinero, se alejaron–, señores de la capital, ponen

en práctica lo previamente pactado entre los conservadores mexicanos y el gobierno imperial de Francia: un simulacro de asamblea proclama la monarquía, bajo un príncipe católico, que ya estaba elegido: el archiduque de Austria, Maximiliano, garantizado por un ejército francés.

Los republicanos nunca cedieron; en ese momento andaban en fuga, en matorrales y escondites, con unos restos de la república constitucional, un presidente heroico, un Congreso, corriendo de un lado a otro, guerrilleros por todas partes. Así fue durante cinco años. En 1866, el gobierno de los Estados Unidos hizo sentir a Francia que ya no consentiría esto -mantener en una nación americana un régimen político y un gobierno apoyado por armas extranjeras-y los soldados franceses abandonaron México. Ahora, entregados a sus propios recursos -conservadores y republicanos-, éstos ganaron por completo. Desde entonces ha habido una República en México, a la que los conservadores no han permitido que sea tan liberal como quizás se pretendía, pero que ha hecho de esa nación, en 30 años, una de las más prósperas, si no la más próspera, de América Latina.

## II

En Brasil, la historia política es, en el fondo, básicamente la misma, con las modificaciones que traducen los rasgos particulares del carácter hispano-portugués y lo distinguen del español-castellano. Todo el período de formación de la nacionalidad está plagado de conflictos y discusiones, pero estas discusiones y desavenencias carecen de la violencia, del carácter temerario que tuvieron en las antiguas colonias de Castilla. En los éxitos de la independencia de Brasil, el genio portugués todavía está retratado igual que en los momentos de sus aventuras marítimas: con pasos medidos, cauteloso, resistente, aventurero, pero sin audacia...

El español: afirmativo, absoluto, gritón, violento, trágico y abundante en las grandes crisis, ostentoso; el portugués: solemne, sereno, severo y tibio en heroísmos y trances; ambos, igualmente enérgicos y resistentes; pero aquél, decidido, vivo, agudo, listo; éste, aburrido, triste, inconsistente, duro sin rigidez, constante en la iglesia cuando el otro es fervoroso, compuesto cuando el otro es original. España da a Calderón, Lope de Vega, Cervantes, donde todo es personal, traduciendo el genio castellano, que en sí mismo se inspira y vivifica; el otro produce a Camões, un genio sin originalidad, cuya obra, en

su grandeza, abarca todos los mundos y sentimientos, pero donde el genio carece de la fuerza orgánica precisa para concentrar la inspiración en una creación verdaderamente nueva.

Es una diferencia que radica, no sólo en el carácter, sino en el temperamento. El portugués siente la necesidad de aventuras y conquistas; es el primero que se hace navegante, enseña al castellano a viajar, le muestra el camino de América, sabe dónde está, pero le falta valor para ir a descubrirla; va a la India, siguiendo al moro, tierra siempre en vista... Uno penetra, el otro se infiltra.

La independencia de Brasil refleja el temperamento de quienes la hicieron y de ahí derivan las diferencias entre su historia y la de las colonias españolas.

No hay caudillos, hay consejeros; Bolívar y José Bonifácio, o, si quieren otro símil, Iturbide es el propio soberano de la metrópoli. No se trata sólo de garantizar los intereses y privilegios de los refractarios y conservadores; se trata también de “no perder de vista la tierra”, nada de temeridades. Todo el camino para la separación se hace en torno a la dinastía bajo cuyo dominio vivió la colonia; la han estado bordeando, como los otros una vez bordearon África: quédese D. João VI, quédese el príncipe regente, quédese el heredero de la Corona, en 1831, y declárese la mayoría de edad al niño rey...

Por eso, porque el movimiento no tiene un carácter afirmativo, todo en la historia de aquellos tiempos parece contradictorio, y toma el aspecto de una traición generalizada: un rey que traiciona su trono y aconseja a su hijo despojar a la nación que mañana gobernará; un príncipe que se rebela contra su padre y rey, y traiciona a Portugal y Brasil al mismo tiempo<sup>2</sup>; las cortes, que traicionan el programa liberal en cuyo nombre funcionan; los brasileños, que traicionan a la patria, vinculándola a ese mismo pueblo cuyos intereses están en que ella no exista efectivamente. Y sobre todo, el cabotaje de esos representantes de la metrópoli que se dicen patriotas... Por eso, falta

2. “¿Y D. Pedro?... Le dijo a Portugal que su propósito era salvar a la colonia de la tiranía de las cortes, que tiranizaban al rey, su padre, y que, si no fuera por él, provocarían la pérdida de la mejor joya de la corona portuguesa. ¿Era sincero? Probablemente. Robar a Brasil de un trono del que era legítimo heredero sería el cálculo de una ambición inepta. El pacto hecho entre el padre y el hijo para explotar la situación a su favor fue probablemente sincero, desacreditando a las cortes *anarquistas* en Europa con la rebelión en Brasil provocada por ellas, y confiscando el movimiento independentista en América en favor de la dinastía” (Oliveira Martins, *Brasil y las colonias*, p.114).

a esas luchas que siguieron a la falsa independencia, la temeridad y la violencia de las repúblicas neo-españolas.

Sólo Pernambuco mantiene sus tradiciones republicanas radicales. El sueño hermoso de una patria verdaderamente libre y brasileña, como lo pretendieron los demócratas de allí. Protestaron desde el primer momento contra esta independencia dispuesta por los conservadores; dos años después, se rebelaron y proclamaron la República. Son derrotados, pero el ideal no muere; 24 años después, ellos volvieron a levantarse, con las mismas intenciones.

En Río de Janeiro también algunos brasileños republicanos habrían protestado contra la trampa tendida contra la nación... ¿Qué hacer, sin embargo, si tenían en contra la gran ola de refractarios, conservadores, moderados, etcétera, además de brasileños escépticos a creer que Brasil iba a ser efectivamente libre y autónomo con este régimen arreglado entre los consejeros patrióticos y la gente de la metrópoli?!... En Minas, especialmente, se manifestó la mala voluntad contra el arreglo; pero el “patriarca” envió allí de paseo al futuro emperador, y frente a ese príncipe de actitud romántica y discursos heroicos, que se ofreció a tomar la nacionalidad brasileña, hasta la desconfianza minera se desarmó.

Poco tiempo después, no sólo Minas, sino también Bahía y São Paulo se dieron cuenta, igual que los brasileños en Río, del engaño en que habían caído. En poco tiempo, José Bonifácio y otros Andradas fueron fusilados, condenados, arrestados, desterrados y traidoramente arrojados a las garras de quienes los ejecutarían, por ser demasiado brasileños. El príncipe, inventado ayer para ser el fundador de la patria brasileña, disuelve el parlamento constituyente, encabeza la reacción contra los brasileños, confiados y sencillos, que en la víspera lo aclamaban con el corazón abierto. Hay una verdadera furia contra la nacionalidad que se quiere constituir; era el jubileo de los refractarios.

Entonces -fue fatal- estalló la lucha entre los dos partidos, como debió ser antes de la independencia, si es que hubo “independencia”. Finalmente, prevaleció la nacionalidad, el monarca se vio obligado a abdicar; se fue a su patria, dejando aquí a su hijo, dejando aquí todavía la monarquía... Otra revolución frustrada.

Con la abdicación sucedió lo mismo que con la independencia. Los conservadores y los refractarios reconocieron que era insostenible aquel gobierno enemigo de la nación, incompatible con ella, y que las reivindicaciones liberales iban a triunfar; arrojaron al gobernante

a las ortigas para salvar a la institución, bajo la cual resguardarían sus intereses. Con las primeras regencias gobernando en la minoría de edad del príncipe, los demócratas obtuvieron satisfacción de algunas pretensiones; la nación trató de hacer valer su libertad.

Esta victoria parcial fue efímera; los conservadores reaparecieron, siendo obligados a dejar en el gobierno al estadista brasileño más vigoroso, más moderno, más original y que mejor correspondía, en aquellos tiempos, a los verdaderos intereses de la nacionalidad: Feijó. Era sacerdote y propuso el divorcio a la sociedad brasileña; pidió que, para los sacerdotes brasileños, fuera abolido el régimen inmoral del celibato; quería hacer completamente autónomo al clero brasileño... todo lo quería, todo lo haría, para convertir a Brasil en una patria, para llevar a la nación a constituirse según sus intereses. Sobre Feijó se desencadenaron todos los Vilela-Barbosas; llegaron las regencias moderadas, y luego los conservadores sólo se conformaron al ver al propio niño rey en el gobierno: así, “era la verdadera monarquía”.

Poco tiempo después, la victoria de los conservadores y refractarios fue completa: Rio Grande do Sul fue pacificado, es decir, la lucha de los republicanos, que durante diez años protestaron allí por la libertad, fue vencida por el cansancio y por los pocos republicanos que quedaban: el orden fue restablecido en Minas, y por una ley, la famosa *Ley Interpretativa del Acta Adicional*, se anularon las franquías y libertades antes concedidas a las provincias, en un momento fugaz de victoria democrática. Ahora, derribadas todas las pretensiones libertarias, en la fase de desánimo y desencanto, y de cansancio y agotamiento moral que sigue a las largas crisis, se unieron todos los políticos profesionales; lo que se hizo en Chile se hizo aquí.

Plagiando a Francia e Inglaterra, el pueblo dominante, cuyos sentimientos e ideas son básicamente los mismos, se divide en dos partidos constitucionales; es una oligarquía que se forma espontáneamente, disponiéndose de tal manera que pueda durar y vivir sin sobresaltos; el monarca los rota en el poder según le parezca; su voluntad resume todo el régimen. La nación se deja a sí misma; toda la actividad política se limita a la cocina de los dos partidos.

Por fuera de este organismo oligárquico, los espíritus ardientes, sedientos de justicia y libertad, desarrollan su actividad resucitando el ideal republicano, reclamando franquicias y autonomías provinciales y clamando contra la esclavitud. Se libra una nueva batalla, la monarquía finalmente desaparece; la revolución es sin



derramamiento de sangre, se proclama la República, nadie protesta; nadie está realmente sorprendido de ver que, al día siguiente, literalmente al día siguiente, todos son republicanos. El instinto les dice que la República viene a ser lo que fue la monarquía; no hay razón para que nadie se quede fuera.

La República, dentro de la cual hay unos pocos republicanos y demócratas, trae algunas pretensiones de reformas indefinidas, mal ordenadas, por la falta de comprensión de las necesidades reales de la nación; sin embargo, quiso ser República, pero tiene en contra, pues, a algunos de los que la hicieron. El primer reaccionario es el jefe de gobierno; enseguida se abrió la lucha, y participaron activamente en ella los conservadores, los monárquicos de ayer. Ya vemos a los republicanos de ayer y de hoy confundidos, de un lado y del otro. Ahora, en este primer momento, no se trata realmente de combatir a los revolucionarios y demócratas, sino de conquistar un lugar entre ellos: ir entrando, entrando, hasta vencerlos y absorberlos.

No se quiere combatir la República, pero sí conquistarla. Entran, y de entrada, poco a poco, se van encariñando con sus ideales, reduciéndola a lo que ella debe ser, para no distinguirse de la monarquía. De ahí a las primeras disensiones entre los republicanos: algunos moderados, conservadores más o menos conscientes, otros radicales... En un momento determinado, cuando estas discordias estaban muy vivas, los más irreductibles o imprudentes de los refractarios se armaron en rebelión: hubo un despertar del espíritu republicano, y éste ganó en la ocasión; pero la victoria no sirvió de nada. No todos los conservadores y moderados se habían pasado a los enemigos declarados de la República; muy por el contrario. Perspicaces, comprendieron bien que la revuelta no vencería, y se mantuvieron dentro de la República, aprovecharon el momento y reconstituyeron la oligarquía de otros tiempos, a la que acudió toda la gente política, hoy confundida en un republicanismo de todos los colores, o incluso sin color definido, y con el que las fechas y las ideas no tienen nada que ver<sup>3</sup>.

3. La razón principal de todo esto es que son muy pocos los que pensaron y quisieron hacer una República y tornar efectiva la revolución, a través de un programa de reformas prácticas y efectivas; son muy pocos, incluso, los que creen en la superioridad del régimen: "La forma de gobierno es indiferente al progreso", es el lema de la mayoría de los líderes de esta democracia. De este modo, no es de extrañar que dé los resultados que ha dado. El hombre necesita creer en la

### III

De todo esto, la única que no ganó nada fue la nación, el pueblo, que hoy es tan poco feliz, tan despreciado y nulo como lo era ayer... Fue una revolución frustrada más, a la que sólo le debemos un servicio: haber eliminado la monarquía hereditaria. Ése es un tropiezo que quedó lejos; el camino hacia la justicia y la libertad, hacia la solidaridad humana y la igualdad, está libre de este obstáculo, ¡pero cuántos quedan todavía!... La influencia de los vicios transmitidos por ese pasado -el régimen antisocial tiránico y parasitario, bajo el cual se formó la nacionalidad-, esa influencia sigue viva, tan viva que, a veces, da la impresión de un renacimiento de épocas pasadas.

El conservadurismo instintivo de unos, el reaccionarismo sistemático de otros, viene perpetuando todas las causas del malestar social, la apatía y el desánimo, que dan a la sociedad brasileña esa tristeza tibia, esa desconfianza en sí misma, y que hacen tan difícil el esfuerzo colectivo, indispensable para el progreso social. El pasado vive en las clases dirigentes y pesa de un modo aplastador sobre la nación, que necesitaría sentirse más liviana, estimulada y penetrada de un nuevo espíritu para progresar tan rápido como lo exige el momento. Todo lo que podría mejorar las condiciones sociales y económicas encuentra una resistencia masiva por parte

---

excelencia del trabajo que se propone y al que se dedica, necesita confiar en la utilidad y eficacia de sus esfuerzos. La República sólo podrá realizarse y producir buenos resultados, cuando sea dirigida y guiada por quienes la quieren como *indispensable* para la conquista de un ideal superior, por los republicanos de la fe. Éste no es el caso de Brasil y, aparentemente, la situación del país ha empeorado, lo cual es fatal en todas estas crisis políticas y sociales que se resuelven con la reconstitución de oligarquías viciadas. Lo cierto es que la última revolución en Brasil fracasó, y hoy, la República y los republicanos desaparecen en esta cosa triste que allí vemos: un grupo que pasa desordenado, como una caravana a la que se inclinan todas las ambiciones e intereses, y donde los que más gritan y los que, ayer, lucharon sin piedad contra cada uno de los ideales republicanos, los que, aún hoy, se avergüenzan del nombre “República”, que no han cambiado de sentir, y son tan incompatibles con su programa como solía ser, cuando se oponían abiertamente. Es una catedral que rasgó los umbrales, enterró las ojivas y se convirtió en cuartel, abierta a los que no eligen contactos: heraldos de la servidumbre espiritual. Cultores de la ignorancia pública, explotadores de las iniquidades, sacerdotes de la injusticia, padres e hijos de los escándalos, del libertinaje... que sólo tienen en común la irreverencia por los escrúpulos y la pericia en oler el viento y orientar las velas. Afuera, se mueve una generación sin ideales, oleadas de gente devorada por la tristeza y las miserias.

de esas clases conservadoras, almas que se adosaron a la vida y allí permanecen inmutables en medio de la mutabilidad de las cosas y las circunstancias.

En materia de progresos, lo único a citar, en efecto, es la resignación de las poblaciones a vivir bajo el régimen que les presentan como legal. Se deshabituaron un poco a los levantamientos armados y las protestas. La proclamación de la República, las ambiciones y disputas que se desarrollaron a raíz de la crisis política, provocaron algunas luchas, que se cerraron en un ciclo de pocos años; se rehicieron las costumbres de otros tiempos, todo volvió a lo antiguo, con las necesarias adaptaciones al régimen presidencial y federativo de la nueva Carta.

Tal progreso, sin embargo, es progreso sólo desde el punto de vista de la educación social de las poblaciones; no corresponde a ningún relanzamiento de las costumbres políticas. El pueblo se desacostumbró a las revueltas armadas, no porque le dieran más justicia y más libertad, o condiciones de vida más perfectas, sino porque la oligarquía gobernante encontró la manera de entretenerlo con el espectáculo de la tontería política. El temperamento más calmo de los brasileños y el cansancio natural provocado por las grandes luchas de la naciente nacionalidad permitieron que la vida pública se dispusiera de tal manera que llevara a las voces de protesta -los que serían insumisos y caudillos- a ejercer toda su actividad en un terreno pacífico.

Hay varios derivados del ardor combativo de los radicales y demócratas. Las condiciones políticas reales eran las mismas, era el mismo atraso en Brasil y en el resto de América, pero allá, en las otras naciones, no se podía pedir simplemente reformas, libertades escritas, cambio de régimen... todo eso estaba en la Constitución. Sufrido, el pueblo se quejaba directamente al gobierno, ya que no se podía pedir un cambio radical en las instituciones.

En Brasil, no, no había República. Cuando los ánimos se encendieron de nuevo, fue para hacer propaganda republicana; lo que se quiere no es la destitución del pueblo, sino la transformación del régimen, una revolución completa, y no levantamientos. Esto le da a la lucha un carácter pacífico, más bien intelectual. Además, los conservadores son tan fuertes que los republicanos están convencidos de la ineficacia de cualquier levantamiento parcial. Así, la sociedad se apeg a poco a poco a ese orden que se le ofrece; pasan las generaciones activas de las revueltas de aquel tiempo; se normaliza

el juego de la oligarquía de balancín -abajo o en la cima, a voluntad del soberano, el falso parlamentarismo, donde el rey irresponsable lo es todo, y donde el electorado no existe-.

En el fondo el régimen es así, todo el mundo lo sabe; pero este cambio de gente, la facilidad de los discursos, la esperanza de encontrar un lugar en las filas del balancín, todo esto le da a la vida política una apariencia de libertad, y muchos se alejan de los pretextos de las revueltas. No hay libertad, ya que no existe la voluntad de la nación, ya que se sacrifican los principios más esenciales de la justicia; sin embargo, generaciones se siguen entreteniendo con el juego parlamentario -constitucional-, el juego del machismo democrático, donde sólo no existía el elemento democrático, el pueblo. Junto a él está el problema de la esclavitud, la horrenda injusticia secular: es un campo de actividad para los amigos de la libertad. Y, atraídos por estos derivados, los que serían caudillos eran también factores de educación social, ya que hablaban a la inteligencia, reclutaban partidarios para una idea, creaban nuevas corrientes de concurso político.

Así fue como las poblaciones se deshabituaron un poco a los levantamientos, comunes en los primeros tiempos, y cuyas causas esenciales subsisten hasta hoy. Para que desaparezcan, sería necesario que las clases dominantes hicieran un gran esfuerzo sobre sí mismas, para vencer esta influencia del pasado que revive en ellas, adoptando un programa completamente opuesto al que, consciente o inconscientemente, han venido siguiendo hasta hoy. Sería preciso que buscasen conocer, en su realidad, cada una de las causas del atraso social e intentasen removerlas, atendiendo no a los intereses exclusivos del Estado (y entendidos desde un punto de vista estrictamente material), sino atendiendo a las necesidades efectivas de las sociedades.

Sería necesario, sobre todo, que trataran de averiguar en qué estado se encuentra la masa general de la población, ese elemento esencial en la constitución de una nacionalidad, y la educasen, e interviniesen llevándola al nivel de la civilización actual, transformándolos en personas útiles, instrumentos de progreso, a ese 90 por ciento de la población que se pudre por allí, apático, miserable, inútil... Desgraciadamente, nadie piensa en esto<sup>4</sup>; todos persiguen

4. La situación, grave y triste hoy, será más grave y más triste mañana, cuando esa masa popular, ahora abandonada, inculta e incapaz de progresar, se convierta

este sueño fruto de la imaginación, que es más bien una imbecilidad: constituir una nacionalidad próspera y libre, dejando a la masa de la población estúpida, embrutecida, desaprovechada, ignorante, nula...

Esta mirada rápida a la historia torna muy evidentes las razones de los constantes desórdenes y convulsiones que han venido experimentando las naciones sudamericanas. Con el régimen colonial que les impuso la metrópoli, y hecha la independencia como se hizo, las luchas continuarían, fatalmente, terribles, muchas veces contradictorias, incluso cuando la educación política de las poblaciones y las costumbres guerreras anteriores no las arrastraran hacia los conflictos armados.

El germen de la discordia, la causa del descontento, quedó en el organismo de las nuevas nacionalidades: la herencia, la educación, los restos de estas olas que aquí vinieron a parasitar. Si la causa persiste, nada más natural que ver estallar la revolución en el momento en que cualquier circunstancia agrava este malestar permanente. A menudo, ni siquiera se necesita una circunstancia especial; basta que un caudillo se levante y sepa explotar el descontento y los instintos guerreros de las poblaciones, para armar una revuelta.

Así continúan las luchas, que vienen desde la independencia y son anteriores a ella; nacieron con las colonias mismas y representan, en América del Sur, el eterno ir y venir de revoluciones abortadas, el trabajo infinito de las desdichadas generaciones que se suceden,

---

en elemento activo contra ese mismo progreso. Ella camina para allí, y fueron los políticos y los líderes quienes lo querían. Olvidada por quienes deberían haberse ocupado de mejorarla, instruirla y educarla, la masa popular, aún ingenua y primitiva, está, naturalmente, sirviendo de pasto para la explotación de la fraternidad católica, que necesita *ganarse la vida* y establecer clientela. La disposición constitucional invocada por todos para justificar esa licencia absoluta que se deja a la gente de sotana para sembrar el oscurantismo y sofocar la razón, ese mismo precepto constitucional es diariamente irrespetado por quienes de año en año aumentan los subsidios, favores y prebendas, otorgados a instituciones religiosas, para que no les falten los medios para continuar la obra de ignorancia y servidumbre intelectual y moral. Así, ahí tenemos a los pobres hijos del pueblo abandonados a la ineptitud y a las creencias (como aquellos buenos portugueses del siglo XVII), rechazados y entregados a los residuos de supersticiones que trae el monacato, que la civilización europea elimina de sí misma, y que nuestros pro-hombres acogen con solicitud y amabilidad, en un gesto de cabotaje liberal, asumiendo que son tolerantes y progresistas, cuando son incoherentes y perversos. Ahí tenemos a la masa popular, desviada de la libertad, monopolizada hacia el reaccionarismo, por la fraternidad que aquí se cuele, ignorante y parasitaria, sórdida como la avaricia, sucia como un escapulario...

haciendo rodar la roca simbólica que las aplasta en estos levantamientos sucesivos, que sólo las facciones dominantes aprovechan –esclavos rompiendo cadenas e inmediatamente entregando las muñecas a nuevos amos (a los mismos amos) para ser encadenados nuevamente–; luchas que son, todavía y siempre, el fatal conflicto entre el espíritu nuevo, el instinto vivaz de las sociedades nacientes, contra el elemento opresor, refractario, privilegiado; un conflicto absorbente aquí, agresivo y brutal, en el cual se consumen todas las actividades sociales; conflicto que no se resolverá por dos o tres reformas y persistirá por muchos años, como persiste en todas partes, pues quienes lo provocan y entretienen son muy poderosos.

Habría sido necesario, por lo menos, darle otra forma a este conflicto, transformándolo de agresivo y brutal, como aquí se presenta, en una lucha pacífica, un combate de ideas y opiniones. Es a través de la difusión de la instrucción, creando un medio intelectual más amplio y elevado, posibilitando la propagación de cada ideal, formando nuevos campos de actividad, donde se desahogan los espíritus combativos y ardientes; es por este medio que se logrará la transformación de estas luchas: elevando suficientemente el nivel intelectual de las poblaciones, porque no se prestan a cualquier levantamiento que prepare el caudillo, porque no van bestialmente tras todos los ambiciosos que los invitan a asaltar el gobierno, listos para dispararles después.

Mientras no se dé esta instrucción a la masa popular, mientras esta influencia nociva del pasado siga pesando sobre las sociedades, persistirán las luchas materiales que contribuirán a hacer cada vez más infelices a estas nacionalidades. Sólo hay paz cuando un elemento puede dominar completamente al otro.

## LA PERSPECTIVA DE LA AGRESIÓN-RESISTENCIA

*Il y a peu de plaisir à conquérir des gens qui ne veulent pas  
être conquis.  
P.L.Courier*

I

Tal es la forma de vida que los antecedentes han impuesto en América Latina. Es a costa de continuos sufrimientos que ella se libera gradualmente de esta perniciosa influencia; sin embargo, el resto del mundo civilizado, al conocer las luchas y dificultades que vienen atravesando las nuevas nacionalidades, invierte en ellas con el mal humor del pedagogo antipático, con la arrogancia del fuerte poco generoso; las inviste, las arremete, las desvirtúa, las condena, como si estuviera en el poder de los pueblos sudamericanos la dirección de los sucesos históricos que prepararon su propia existencia.

Todavía estamos muy atrasados, muy pobres; vivimos una vida política agitada e inestable; y los mentores del Viejo Mundo, sin indagar en las causas de este atraso y de estas agitaciones, se vuelven hacia nosotros inexorablemente: “Sois pueblos inferiores, incapaces; estáis condenados. Tenéis libertad, lograsteis vuestra independencia hace 80 años, poseéis los territorios más ricos del mundo, ¿y entonces estáis así de miserables y atrasados?! .. Es que sois ingobernables, indignos de ser naciones libres, si no estaríais hoy tan adelantados y prósperos como nosotros”.

No se puede ser más injusto y malévolo que los que nos oprimen con sentencias tan cruelmente injustas. Sólo una cosa las justifica: la absoluta indiferencia de todos estos censores ante nuestras condiciones socio-políticas, en el pasado y en el presente. ¡Es inadmisibles que hombres concienzudos y justos, conocedores de la historia de estas nacionalidades, les exijan ser hoy tan ricas y laboriosas como los Estados Unidos, tan sabias y poderosas como Inglaterra!

Hemos visto todas las largas torturas y deformaciones parasitarias a las que ellas fueron sometidas sistemáticamente a lo largo de la vida colonial; conocemos los poderosos elementos perturbadores y refractarios al progreso que en ellas estaban incrustados, ¿era posible que sociedades en tales condiciones, una vez decretada la emancipación, vivieran de inmediato tranquilas, armonizadas,

sabias e iluminadas?... ¿Era posible que ocurriese tal milagro sólo porque la antigua metrópoli firmó un tratado considerándolas independientes?...

Estados Unidos, el día que declaró su independencia, era una nación hecha, espontáneamente constituida, libre desde su nacimiento; las repúblicas sudamericanas, el día de la separación, eran naciones en las que todo quedaba por hacer. No sólo había que ejecutar el trabajo entero y complejo de toda la construcción social y administrativa, sino que también era necesario destruir, casi radicalmente, todo el edificio político anterior. Quiero decir, no se trataba solamente de educar a nuevas poblaciones para la justicia y la libertad; se trataba también de combatir, vencer y anular todos los vicios heredados del régimen anterior, todas las poderosas influencias rezagadas, los abusos y las malas costumbres.

Por lo tanto, ¿es justo condenar a estas repúblicas porque no son tan ricas y sensatas como América del Norte?!... En todo caso, para formular un juicio comparando a las naciones sudamericanas con los Estados Unidos, o con cualquier otro país, es esencial no oponer solamente “números, que abstractamente no significan nada”; habría que tener en cuenta el punto de partida y las dificultades con las que luchan unas y otras.

Es la riqueza, el progreso industrial y comercial, principalmente, lo que impresiona a los sociólogos y políticos que nos condenan; ese progreso demuestra efectivamente una gran energía y tenacidad por parte de los norteamericanos, demuestra el espíritu emprendedor del que están dotados. Pero tales políticos y sociólogos no reflejan las muy favorables condiciones en que además se encontraban los mismos norteamericanos, establecidos en un territorio fértil, con un clima estimulante y al mismo tiempo saludable y propicio, teniendo hierro y carbón mineral en el mismo suelo, elementos indispensables y suficientes para organizar una industria altamente desarrollada y refinada como la que allí se ve actualmente. Hoy, incluso, ellos podrían hasta sustituir este carbón de piedra si fuera necesario, pero bastaría que les hubiese faltado este preciado combustible para que la situación actual fuera infinitamente inferior.

Exigen de América del Sur el mismo progreso, y con insistencia hablan y alegan sobre la emancipación, ¡como si ésta hubiera tenido lugar el día en que los tratados reconocieron la separación!... La realidad es bien distinta: en casi todas las naciones sudamericanas, la emancipación sólo llegaría mucho más tarde. Si fuera posible



fotografiar las épocas, sería fácil comprobar que los días posteriores a la independencia son casi indistinguibles de los anteriores, tanto desde el punto de vista político como económico...

Son como organismos a los que los hechos les impusieron una herencia con una cura larga y difícil, agudísima y tormentosa. Los hombres de corazón, que supieran de la existencia triste y dolorosa de estos pueblos tan largamente infelices, de la valentía con que ellos han resistido, y del ímpetu con el que a pesar de todo se lanzan a la vida y al progreso, éstos no pensarían en venir a renovar con nuevas opresiones las causas de estos infortunios, ni a agravarles la situación... esto sería inhumano e inmoral, inicuo y antisocial.

## II

Por lo tanto, lamentablemente, tratándose de política internacional, los hombres no tienen moral ni conocen la justicia. El corazón desaparece, los viles apetitos quedan libres y desatados, y terribles porque son impersonales. Nadie se siente obligado a combatirlos y, a veces, ni siquiera a desenmascararlos. Y todo lleva a creer que América del Sur será sacrificada a estos viles intereses, a estos egoísmos colectivos; no lo dudemos. Los optimistas sonreirán ante estas *Casandras*. Para ellos, sólo existe una prueba posible: la agresión en sí. Con eso tal vez se convencerían<sup>1</sup>.

1. El texto que sigue está copiado de una nota enviada por el gobierno argentino al Ministerio de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, demuestra que los propios políticos, los propios gobiernos, ya confiesan el peligro. "La obtención de nuevos dominios coloniales en este continente ha sido aceptada muchas veces por hombres políticos de Inglaterra. A su simpatía, se puede decir, que se le debe el gran éxito que la doctrina de Monroe alcanzó apenas se promulgó. En los últimos tiempos, por lo tanto, se nota una tendencia sensible en los publicistas y en las diversas manifestaciones de la opinión europea, que así ven a estos países como un campo adecuado para las futuras expansiones territoriales. Pensadores de la más alta jerarquía han indicado la conveniencia de orientar en esta dirección los grandes esfuerzos que las grandes potencias de Europa han aplicado a la conquista de regiones estériles, con un clima inclemente en las más apartadas latitudes del mundo. Son muchos, ya, los escritores europeos que nombran a los territorios de América del Sur, con sus grandes riquezas, con su cielo feliz y su clima propicio, para todas las producciones, como el medio obligado, donde las grandes potencias, que ya tienen preparadas las armas y los instrumentos de la conquista, han de disputarse el predominio en el curso de este siglo. La tendencia humana expansiva, caldeada así por las sugerencias de la opinión y de la prensa, puede en cualquier momento tomar una dirección agresiva, incluso contra la voluntad

Antes de esto, la deliciosa despreocupación en que viven sólo podría perturbarse si en discursos categóricos y explícitos los gobiernos de las naciones imperialistas llegaran a decir que están dispuestos y resueltos a conquistar la América del Sur. Y como es esta declaración la que ellos esperan, todavía tendrán que esperar...

Lo cierto es que tales naciones consideran a la América meridional como un reino encantado de riquezas, y al mismo tiempo consideran a las poblaciones que aquí habitan como absolutamente incapaces de hacer valer esas riquezas, y de defenderlas eficazmente contra un invasor fuerte. Y es principalmente por eso que los pueblos sudamericanos son considerados inferiores. Poco importa que se constituyan en naciones, que se llaman a sí mismas soberanas y modernas... Poco importa: realmente, Europa no las trata como iguales, ni les reconoce su soberanía efectiva. No le parece que seamos pueblos a los que se debe respeto...

---

de las actuales clases dirigentes. Y no se puede negar que el camino más simple para las apropiaciones y la fácil suplantación de las autoridades locales por los gobiernos europeos es precisamente el de las intervenciones financieras, como se podría demostrar con muchos ejemplos. No pretendemos de modo alguno que las naciones sudamericanas queden por lo menos exentas de las responsabilidades de todo orden que las violaciones del derecho internacional comportan para los pueblos civilizados. No pretendemos ni podemos pretender que estos países ocupen una situación excepcional en sus relaciones con las potencias europeas, que tienen el derecho indubitable de proteger a sus súbditos, tan ampliamente como en cualquier otra parte del globo, contra las persecuciones o injusticias de que pueden ser víctimas. La única cosa que la República Argentina sustenta y que vería con gran satisfacción consagrada con relación a los sucesos de Venezuela, por una nación que como los Estados Unidos goza de tan gran autoridad y poderío, es el principio ya aceptado de que no puede haber expansión territorial europea en América, ni opresión de los pueblos de este continente, por el hecho de una situación financiera infeliz que pudiese llevar a algunos de ellos a diferir el cumplimiento de sus compromisos. En una palabra, el principio que se quisiera ver reconocido es que la deuda pública no puede dar lugar a una intervención armada y menos a la ocupación material del suelo de las naciones americanas por una potencia europea. El desprestigio y descrédito de los Estados que dejan de satisfacer los derechos de sus legítimos acreedores trae consigo dificultades de tal magnitud que no es necesaria la intervención para agravar con la opresión las calamidades transitorias de la insolvencia". A esta invitación, el gobierno de Washington respondió absorbiendo, él mismo, otra parte de América Latina. Los sucesos del Istmo de Panamá (noviembre de 1903) nos muestran bien que los sentimientos de los Estados Unidos hacia nosotros no son diferentes a los de Europa. La amenaza es la misma, ya que es la misma política: la política de los fuertes, o más bien, la moral del ladrón que apuñala al herido en el camino desierto para despojarlo...

Ahora bien, la conducta de las grandes naciones civilizadas hacia los pueblos débiles, establecidos en territorios fértiles, ha sido una sola, única e invariable: atacarlos, tiranizarlos, o destruirlos cuando no es posible reducirlos a dóciles colonos. Sólo hay una manera de impedir esta agresión: hacer frente a estas naciones, hacer frente a todo con fuerza, armados, decididos y conscientes, rivalizando con ellas no sólo en fuerza sino, sobre todo, en competencia, así como lo hizo Estados Unidos, igual que lo hizo Japón. A éstos sí, Europa les reconoce su soberanía y les respeta que se constituyen en naciones completas, no en países esencialmente agrícolas, sinónimo de coloniales. Son naciones que supieron hacer, de su emancipación primordial, la emancipación económica: pueden tomar de sí mismos todo lo que necesitan, y prueban así, exuberantemente, que es imposible que sean absorbidos por otros.

Fuera de ahí, descontadas éstas, no existe ninguna otra para la que Europa no sea una amenaza. ¿Por qué razón respetaría ella a América del Sur, a cuyos Estados niega una soberanía perfecta, y cuyos pueblos considera ostensiblemente inferiores? ¿Por qué salvaría a esta parte del mundo, ella, que tiene a Oceanía bajo su dominio, que ya ha reducido a África en partes y está, poco a poco, invadiendo Asia?... Son los Estados Unidos los que, por ahora, nos protegen y nos garantizan.

Ahora bien, en verdad, no es por mera generosidad que las grandes naciones extienden su protección a otras, ni es por fea ingratitud que los pueblos dignos prescinden de los protectores. La “protección” es un logro a medias, y un pueblo o una nación sólo puede considerarse libre y soberano cuando se garantiza a sí mismo, y es lo suficientemente fuerte para defenderse y lo suficientemente caracterizado y culto para no dejarse asimilar o eliminar.

Las naciones de América Latina no pueden aceptar resignadas esta condición de protección, porque tendrá como resultado fatal la absorción progresiva de nuestra soberanía por parte de los mismos Estados Unidos. Tal situación será finalmente resuelta por un protectorado efectivo, y por la injerencia de la misma república en nuestros asuntos internos. Todo esto es peligrosísimo, porque en ciertos momentos las grandes naciones no saben resistir a las tentaciones de la expansión y la absorción, principalmente estos pueblos anglosajones.

Quizá las dificultades para la distribución y la complejidad de los intereses diplomáticos también han descartado por un breve lapso

las posibilidades de agresión. Será cuestión de tiempo. Sin embargo, tal vez la agresión no se intentaría tan fácilmente si aquellos hombres que dirigen la política en las grandes naciones conocieran mejor las condiciones históricas y actuales de las nacionalidades sudamericanas. Por lo menos, nuestras crisis y convulsiones políticas no serían alegadas y señaladas como desatinos y bandidajes de políticos deshonestos; y si la malevolencia no se desarmara por completo, ciertamente se atenuaría el descrédito del que somos víctimas, y sería más difícil justificar un ataque a nuestra existencia nacional.

### III

Al mismo tiempo, estos pueblos bandoleros reconocerían que la agresión, en apariencia tan fácil, no traería los resultados deseados, y que la absorción de América Latina es sumamente difícil. Conociendo los antecedentes de estas poblaciones, se convencerían de que la resistencia a cualquier intento de este tipo es fatal: una resistencia brutal y horrenda. Es del propio carácter de las poblaciones.

Sin duda, en la guerra formal, las naciones del sur americanas sucumbirán. Débiles, desorganizadas, pobres, no lucharán por mucho tiempo; pero es esta misma debilidad, este estado de desorganización y atraso, lo que les permitirá resistir larga y valientemente a la conquista y la dominación o influencia política, más o menos disimulada, del extranjero. Gente inculta, afecta a las luchas sangrientas, amándolas; resistentes, intrépidos, valientes hasta la ferocidad, casi insensibles al dolor –tal es el grado de salvajismo en el que aún se encuentran, desacostumbrados a toda comodidad, viviendo al azar, despreocupados por el futuro–, estas poblaciones comenzarán a vivir en guerra permanente, sin que esto les traiga ningún gravamen especial.

Por el contrario, en las aventuras bélicas encuentran satisfacción a las más vivas inclinaciones y necesidades de su organización moral, tejidas a partir de instintos guerreros desarrollados por tres siglos de revueltas y luchas contra todos, y principalmente contra el mismo gobierno. “Pero son gobiernos débiles...”, repiten algunos políticos, convencidos de que bastaría instalar aquí un Estado fuerte –muchos cañones y fusiles– para que todas estas poblaciones se resignen a una obediencia integral, y empiecen a vivir una vida tranquila y ordenada de cautivos disciplinados. Es que tales políticos apenas conocen las razones del proceder de estas personas, ajenas a la influencia de los elementos que componen gobiernos fuertes.

¿Qué es lo que viene a ser un gobierno así? El que tiene el apoyo de la opinión y está decidido a hacer valer sus prerrogativas y derechos. Todo esto, más los fusiles y cañones, de poco valen ante la irracional rebeldía de individuos que orgullosamente se repiten a sí mismos: “sólo tienes el día y la noche...”. Y esto les basta: el hambre no los reduce, porque saben alimentarse con el alimento frugal que les da la naturaleza; y la muerte les impresiona tanto como a la bestia acorralada y enfurecida. ¿Qué ha hecho el fuerte gobierno de los Estados Unidos ante la resistencia de los filipinos?...

En América del Sur, esa misma resistencia se hará fatal. Fatal y muy fácil. Fatal porque está en el carácter, en el temperamento, en los instintos, en la educación de las poblaciones; está en la naturaleza de los pueblos latinos, principalmente en los de origen ibérico. Muy fácil, porque las condiciones de vida de la masa popular -del elemento que alimenta las campañas- no sufren nada con la perpetuación de la lucha. Será una lucha feroz, implacable, primitiva, intransigente como la del Paraguay, luchando cinco años contra más de la mitad de América del Sur, tan bestial como esos 300 “forajidos” que no se dejan apresar vivos. Será una resistencia desorganizada, muchas veces, pero por eso mismo permanente, irreductible, garantizada por las condiciones generales de vida, más propicias que las de los portugueses y españoles investidos por las huestes de Bonaparte. La organización económica es tan rudimentaria, y la barbarie es tal, y el clima tan favorable, que vivir eternamente en guerrilla parecerá una delicia.

Además, es necesario considerar que existe cierta homogeneidad de sentimientos entre estas nacionalidades sudamericanas o que, por lo menos, no existe ninguna incompatibilidad de raza o tradición que les impida unirse y despertar para la resistencia. Las condiciones en que se encuentran todos son tales, que el avance de un extranjero en cualquier punto del continente dará a todos los demás países la señal de un peligro grave e inmediato: la amenaza es para todos, y es natural que todos se combinen para la defensa. El ataque, para ser eficaz, tendría que ser simultáneo a todos los puntos importantes del continente: la empresa se torna así más difícil, lo que es un buen motivo para retrasar cualquier agresión formal. Esta dificultad, sin embargo, se resolvería con un acuerdo diplomático entre los promotores de la posible agresión. Lo que se debe examinar son las consecuencias de tal ataque...

Estas nacionalidades sudamericanas están todavía casi sin forma, apenas se distinguen, pero son realidades, son cosas que existen.

Nacieron, vivieron, lucharon durante siglos, luchas estimuladas y enfocadas en esas ideas de libertad. “Esas son veleidades”, dirán... quizás; y es cierto que todavía están lejos del régimen de libertad consagrado en sus leyes. No conocen casi la verdadera libertad; sin embargo, el solo prestigio, el prestigio mágico de la palabra “libertad”, será suficiente para revolucionar a todos estos pueblos. Mientras se levante un hombre intrépido, un patriota, un agitador, tendrá un ejército con él. Basta con que se les recuerde la “libertad perdida”, y se les informe de la situación de “subordinados y oprimidos” a la que serán reducidos...

La verdad es que, en las condiciones actuales de América del Sur, sólo hay dos medios de constituir aquí nacionalidades prósperas, cultas y fuertes: dejar que las actuales, entregadas a sí mismas, completen su evolución y consigan remover las causas que aún hoy entorpecen su progreso; o eliminarlas, eliminar literalmente las poblaciones existentes, como les sucede a los salvajes de Australia (suponiendo, eso sí, que seamos un poco más resistentes). Fuera de eso, suponer que, después de casi un siglo de soberanía ostensiva, estas nacionalidades –lo suficientemente ilustradas como para comprender el ultraje y la degradación de que son víctimas, y lo suficientemente inorgánicas y guerreras como para resistir fácilmente y mantener la lucha con éxito y sin mayores perjuicios por tanto tiempo como fuera preciso–, suponer que tales nacionalidades irán a aceptar ahora, como un regalo del cielo, la soberanía extranjera, que se ofrece para educarlos y dirigirlos, es un engaño tan grosero que roza con la estupidez.

Si esas poblaciones estuvieran dispuestas a aceptar, tranquila y pacíficamente, la intervención gubernamental de naciones extranjeras, entonces vivirían pacíficas en sus territorios y no veríamos revueltas ni luchas, porque no sería posible agitarlos ni moverlos y arrastrarlos con tanta facilidad a los conflictos armados. ¿Cuentan las grandes naciones coloniales con el poder para eliminar y destruir a estos 40 millones de habitantes, ya aclimatados y asentados en la América del Sur hoy? Es difícil; y además es aún más difícil someterlos. Se dominarán las grandes ciudades, los puertos, la zona ferroviaria, y eso será todo. Y para eso, ¿cuántos ejércitos habrá que mantener aquí?... ¿Y la distancia? Una población de 250 mil bóers hizo frente, durante tres años, a todas las fuerzas de tierra de Gran Bretaña, y los ingleses estaban en una situación mucho más ventajosa que la de cualquier invasor en este continente: tenían la colonia del Cabo como base de operaciones...

Establecida aquí una potencia extranjera cualquiera, no dominará sino una estrecha zona de la costa, el curso de algunos ríos, y ese mismo dominio será disputado eternamente, la vida tomará el aspecto terrible de las sediciones locales. En cuanto al resto del continente –este mundo inmenso– quedará en dominio de los indígenas, ya ahora definitivamente barbarizados en guerrillas y rapiñas. Y así se retrasará la organización de sociedades pacíficas y cultas en América del Sur.

Será el medio de incompatibilizar de una vez a estos pueblos con la civilización; será el medio de perpetuar el régimen de conflictos en que han venido viviendo, y de engendrar y fortalecer el odio entre nativos y extranjeros, dificultando la vida tanto a unos como a otros.

## IV

Éstos serían los efectos reales de un intento de absorción o conquista de América del Sur. Nadie lucraría con la aventura. Ciertamente, los más perjudicados seríamos nosotros mismos; ya no es poco el mal que causa este descrédito sistemático, esta permanente malevolencia contra nosotros. Desalienta, hace nacer aprensiones; muchas veces nos lleva a poner en práctica consejos absurdos; genera desconfianza contra los representantes de estas nacionalidades, quienes mañana, tal vez, serán nuestros agresores; y pronto nos obligará a consumir los pocos recursos a nuestra disposición, armándonos en cuanto fuera posible y transformándonos así definitivamente en naciones guerreras, cuando nuestros intereses, los de todos, nos llevarían precisamente a abandonar las pretensiones bélicas y militares.

Invadidos, atacados, nuestro destino será tristísimo: si no el exterminio total, al menos el retraso de nuestro progreso por muchas decenas de años; y más aún los males y dolores consecuencia de estas crueles luchas. Sufrirán los intereses superiores de la justicia y la solidaridad humana, y sufrirán los propios intereses materiales de Europa. El progreso general de nuestra especie necesariamente se verá perjudicado en esta lucha bárbara que se recrudecerá; pero la responsabilidad del mal no puede atribuirse a los agredidos.

La defensa, la resistencia, es ahora un deber superior. Incluso los que deseamos ardientemente la realización del ideal de solidaridad y justicia que anula entre los hombres toda distinción de casta o patria; incluso los que soñamos con la unificación completa de la especie

humana, y con la reducción de las barreras que los Estados oponen a la socialización completa de todos los esfuerzos y la armonía de todas las voluntades; incluso los que alimentamos estas aspiraciones no podemos admitir la injerencia violenta de gobiernos extranjeros en nuestra vida interna; sería una ofensa a nuestros derechos como hombres libres.

Son estos nobles ideales los que nos llevan a no entregar América del Sur, como una presa segura y fácil, a la piratería de las grandes naciones; son estos ideales los que nos enseñan a no alentar, con el abandono de nosotros mismos, estos crímenes internacionales. Para ser libre, uno debe estar dispuesto a repeler la violencia con violencia y responder a la guerra con la guerra. Es en estas circunstancias que el comunista más atrevido no dudaría en “tomar las armas en defensa de la patria”.

Mientras la fuerza siga siendo la razón suprema de los pueblos, cada pueblo debe hacerse fuerte, capaz de defender sus territorios y su libertad, y de hacerse vigoroso para no ser absorbido. La libertad es la condición esencial para el progreso. A. Naquet, internacionalista, reconoce: “Un pueblo está muerto si no evoluciona según su propia tendencia”. Es esencial para él ser libre; y la más elemental de las libertades para un pueblo es ésta, la de elegir el régimen político y el gobierno bajo el cual ha de vivir. Esto no es una simple cuestión de patriotismo; no, los que piden la abolición de las fronteras y el olvido de los preconceptos y privilegios patrios, piden finalmente la eliminación de todo lo que pueda impedir la generalización de la justicia perfecta y la igualdad natural entre los hombres.

Ahora bien, nada hay más ultrajante a esta justicia e igualdad que el dominio de un pueblo sobre otro, cualquiera sea el nombre de ese dominio. Se pide solidaridad y fraternidad, no conquista y violencia; y no será a través de las victorias bélicas de un pueblo sobre otro, imponiéndoles costumbres y leyes, violando todos sus sentimientos y tradiciones, que la humanidad se consagrará. De ahí sólo pueden surgir conflictos, con lo cual se retrasará esta obra de unificación, porque no se debe hacer a cañonazos, ni por la sumisión de los débiles a los más fuertes; se hará por la conquista de las ideas, por el cultivo de los sentimientos y por la armonía de las voluntades.

Si es cierto que América del Sur es uno de los puntos del planeta destinados a recibir el exceso de población del Viejo Mundo, se convierte en un delito provocar a las poblaciones allí establecidas, encendiendo sus instintos guerreros y antisociales que se asocian



naturalmente con los sentimientos patrióticos. En tal circunstancia, el interés moral está en ayudar al normal progreso de estas poblaciones, en desarrollar en lo posible los lazos de simpatía y facilitar la asimilación de los pueblos...

Al repetir estas verdades, por lo demás sediciosas y banales, lo hacemos simplemente para mostrar cuán monstruosa e inútil es una agresión contra la América del Sur. No pensamos en presentarla como un argumento a favor de “nuestros derechos como naciones soberanas”. Sin embargo, estos derechos existen; son tan reales y sagrados como los de cualquier otro pueblo; la violencia de que fuimos víctimas sería tan flagrante e injusta como la de los alemanes y rusos sobre Polonia, o la de los ingleses sobre Irlanda, o la de los turcos sobre macedonios y armenios. Pero, viendo que tales injusticias y opresiones se perpetúan y se repiten, tenemos que reconocer que tales derechos no se pueden discutir con los fuertes. Al hablar con ellos, con ese Occidente implacable y ávido, lo práctico es mostrarles que, incluso desde el punto de vista de los intereses materiales y sórdidos que dirigen la política exterior de los Estados fuertes, éstos no tienen nada para ganar si invierten contra América del Sur: la campaña es difícil y el éxito, dudoso.

Sólo esto habrá de cierto: toda la vida económica se verá perturbada y, dentro de muchas décadas, estas naciones comprarán mucho menos de lo que compran actualmente en los mercados europeos o americanos. Tales argumentos modificarán tal vez los planes respecto de nosotros: ¿qué ventaja puede haber en inutilizar a América del Sur durante treinta o cuarenta años?...

## V

¿Será éste el modo de pensar de todos aquéllos que creen tener derecho a “pensar” a Sudamérica? Naturalmente. Sin embargo, es posible que algún que otro pesimista, en un momento de crisis, se haya dicho a sí mismo: “Bueno, es un hecho que somos gente ingobernable, y que estas locuras nunca cesarán; sería mejor que vinieran pronto los ingleses, los alemanes y los americanos, que nos gobiernen de una vez ya que no sabemos vivir como pueblos libres”.

Son almas sinceras cegadas por la desesperación; olvidadas de la historia de los pueblos conquistados, creen que la acción imperativa de un pueblo sobre otro es capaz de producir el progreso de este último. Que se vuelva a estudiar la vida del hindú en la India,

del *fellah* en Egipto, del árabe en Argelia... Porque ése es el destino de las poblaciones sudamericanas el día en que otros vengan a gobernarnos. En primer lugar, es necesario comprender que la nación que nos ataca no viene con la intención humanitaria de traernos el bien, la civilización y la paz, y de propiciar nuestra organización social y política; la justicia, la moral, el derecho, el consuelo que aquí establezcan será para ellos... Para los conquistados, las gehenas.

Si vienen aquí, es para hacer negocios: ése es el término correcto, vienen a buscar riquezas, imponer sus géneros e industrias y extraer de este suelo las fortunas latentes que están allí. Para garantizarse traen gobierno, autoridades, leyes, fusiles, cañones y soldados; el brazo, el trabajador, será tomado de las poblaciones naturales; la teoría de las razas inferiores justificará toda la opresión y el cautiverio, más o menos disfrazados, que se nos impondrá, tal como sucede en África<sup>2</sup>. Ciertamente, no será con discursos que se intentará arrancar a los infelices americanos el trabajo que precisan, ni será con caricias que se los llevará a aceptar el régimen conveniente a los intereses dominantes.

Más que nunca, América del Sur conquistada será una asociación de malhechores, regida por estafadores y hombres crueles, haciendo reinar la maldad y la servidumbre. Tal es, para las víctimas, la epopeya de la colonización, soberbiamente ilustrada en el cuadro actual de esa India, rica e inteligente, descendiendo de la poesía de los Vedas y de la moral de Buda a la banalidad y mercantilización de los cajeros británicos, degradada de dominación en dominación, degradando a los propios gobernantes<sup>3</sup>.

Habrá aparente prosperidad –prosperidad en las clases dominantes, que estarán todas compuestas por los agresores–; y, aun

2. Señores del Transvaal, los ingleses reconocieron que era necesario obligar a los cafres a trabajar para ellos, los ingleses, en las minas. ¿Cómo harían? El cafre no se preocupa por la riqueza y desprecia el salario: entonces le impusieron un impuesto de capitación muy alto, y el cafre, para tener la suma, se ve obligado a trabajar, de lo contrario, está condenado...

3. Todos los pueblos occidentales participan en estas atrocidades; pero la palma, hoy en día, pertenece a los implacables anglosajones. En cuanto al descaro y la crueldad, ninguno los supera. El hambre, periódicamente organizado y preparado en la India como recurso para dominar mejor a las poblaciones, las atrocidades de Cartum y Filipinas, la guerra librada contra China para mantener el derecho a envenenar a sus generaciones con el opio extraído del trabajo de los hindúes, todo esto nos dice muy bien que estos anglosajones, ya tenaces por temperamento, son de una tenacidad especial cuando se aplican a oprimir y saquear a otros pueblos.

así, es preciso que las poblaciones se sometan y se resignen, lo que no les será fácil ni les impedirá ser infinitamente más infelices de lo que son ahora. Basta pensar en lo siguiente: si ya es difícil para estos pueblos soportar la disciplina social y política, pasará otro tanto con las opresiones representadas en los gobiernos surgidos de sus propias nacionalidades, ¡y mucho peor aún soportar la dominación y rigores de autoridades e instituciones que están en conflicto con sus sentimientos y tradiciones!...

En tales casos, siempre hay dos justicias y dos libertades, una para el dominante y otra para el dominado. Y esta desigualdad no existirá sólo para los deshonrados, que serán reducidos al trabajo forzoso, a la prisión por vagabundeo, y desterrados de un punto a otro del territorio, arrancados del medio y de las costumbres a las que estaban adaptados. No; la desigualdad será para todos. Es ingenuo pensar que, una vez establecida aquí la “influencia” de una nación extranjera, las actuales clases dominantes y privilegiadas seguirán manteniendo la situación actual. Ellas serán las primeras y las más implacablemente aniquiladas, porque son las menos resistentes, las menos numerosas y las más peligrosas como instigadores de la revolución; y además serían completamente inútiles a los nuevos dominadores.

No es sobre las masas populares de Polonia por las que los agentes del káiser o del zar están más resentidos. Las influencias, tutelas, protectorados, conquistas, etcétera, se caracterizan precisamente por eso: la sustitución de las clases dominantes –en todo o en parte– por otras, constituidas por individuos de la nación protectora o conquistadora. Esta destitución es fatal: no sólo porque resume la conquista en sí misma y es el medio práctico de aprovechar al máximo la colonia o protectorado, sino también porque se convierte en la garantía más segura de sumisión. En cuanto al pueblo propiamente dicho, sólo será eliminado si se muestra irreductible, insumiso y eternamente incompatible con las nuevas costumbres que se les quieran imponer, o si los individuos se mantuvieran completamente inútiles.

En verdad, sería desconocer las cualidades de carácter más explícitas de los americanos del sur (me refiero a los individuos que, por sentimiento y origen, están efectivamente apegados a estas nacionalidades), creer que haya alguien capaz de desear el dominio de otra nación sobre su patria, o incluso la simple injerencia extranjera en los asuntos de su vida privada. Por el contrario, todos padecen de un patriotismo exagerado y de excesos de susceptibilidades. Todos

reconocen que es un error pensar que un pueblo que ya tiene una existencia política autónoma desde hace casi un siglo pueda prosperar y, sobre todo, ser feliz, gobernado por otro. Incluso para las poblaciones más rudimentarias e ingobernables, es preferible -no sólo para ellas, sino para la humanidad en general- que su gobierno surja espontáneamente de su seno, representando el sentir de la mayoría, y que exprese la voluntad más o menos consciente de la colectividad.

Ésta es la convicción general de aquéllos que tienen convicciones en la materia; y nadie admite la posibilidad de un dominio ajeno. Lo que hay por parte de muchos, y que suscita comentarios mortificantes, es el desánimo, la desconfianza en el futuro, la conciencia de la lentitud de nuestro progreso; es el temor de que esta lentitud signifique una incapacidad social para organizarnos definitivamente y salir de este estado de atraso, ignorancia y desorden.

Tal desaliento se deriva más de la influencia de esta reputación malévola hecha y generalizada sobre América del Sur que de un examen de nuestras condiciones reales. Si se dejaran un poco de lado estos sistemáticos malos juicios sobre nosotros, y si se estudiaran bien los hechos reales, se reconocería que no hay razón para el desánimo absoluto.

## LAS NACIONES SUDAMERICANAS FRENTE A LA CIVILIZACIÓN Y EL PROGRESO

*Toute velleité de dogmatisme est impuissante à établir la paix morale. La paix ne sera donnée aux consciences humaines que quand elles auront su la mériter par la probité intellectuelle, qui consiste à ne respecter qu'après avoir vérifié.*

Louis Havet

I

¿Hay desanimados? Es natural; esto no significa, sin embargo, que tengan razón quienes sostienen que estas naciones nunca se organizarán definitivamente y que nunca progresarán. Las alegaciones pseudocientíficas con las que se quería probar una supuesta inferioridad étnica son tan insustanciales que ni siquiera encubren la naturaleza de los sentimientos que inspiraron a los célebres sociólogos y científicos que inventaron las razas nobles. ¿Y qué hay de la historia? ¿Existen elementos que autoricen este juicio sobre nuestra incapacidad para la civilización? ¿Las leyes generales del progreso implicarán nuestra condena? De ninguna manera.

Se han visto, es verdad, pueblos que, después de cierto período de progreso, llegan a un estado de civilización superior, degeneran y decaen; pero no se puede afirmar que existan pueblos condenados a la barbarie eterna, porque son esencialmente incapaces de progresar. Es que la decadencia y la degradación tienen como causa un factor que surge con el progreso mismo de la civilización: es el parasitismo, siempre y en todas partes el parasitismo, causa de las causas, causa primera, resumiendo la historia de todas las decadencias en las que van desapareciendo los pueblos y las civilizaciones.

Un pueblo progresa, su vida se complica, el trabajo se organiza, la riqueza se acumula, y la nación se distribuye entonces en dos capas: una gruesa, la mayoría, abajo, luchando, trabajando; otra arriba, dominando, dirigiendo, gozando del fruto del trabajo de los que viven miserablemente y que son los únicos que producen. Si llega un momento en que esta clase dominante concentra en sí efectivamente todas las funciones sociales (fuera del trabajo material), asumiendo todos los deberes oficiales, resumiendo toda la riqueza,

monopolizando el saber, reduciendo todas las voluntades... si llega ese momento en que al parasitismo de la clase dominante se une la opresión absoluta, el embrutecimiento sistemático de la masa popular, la nación está perdida. Así han muerto todos los grandes imperios, así se han agotado las viejas civilizaciones.

Ya se han estudiado algunos de los efectos desastrosos del parasitismo de una clase sobre otra en la misma sociedad: efectos atribuidos a la decadencia física y progresiva extinción de estas mismas clases superiores, extinción que solamente se hace más sensible por la continua renovación, a costa de los estratos sociales inferiores. Completamos ahora este estudio analizando los efectos morales del parasitismo y sus consecuencias sociales y políticas, cuando llega el momento en que esta renovación no pueda llevarse a cabo.

En el estado primitivo, el hombre sólo trabajaba lo suficiente para seguir tomando de la naturaleza los productos elementales que ella le ofrecía, quitándoselos a medida que el hambre, la sed, el frío lo impulsaban a hacerlo; trabajo duro, continuo, acumulación de riquezas no había. Varios grupos lucharon entre sí por la posesión de esa misma naturaleza, donde podían estar los elementos de la vida; y fue solamente cuando las costumbres se humanizaron un poco, y el hombre se liberó un poco de sus condiciones naturales de “animal que lucha por la vida”, cuando el hombre se humanizó lo suficiente para no sacrificar y eliminar al enemigo vencido, el trabajo se organizó y pudo haber riqueza.

Estos vencidos ya no fueron asesinados sino esclavizados, obligados a trabajar para el vencedor, a trabajar tanto que pudiesen alimentarlo y luego, si quedaba algo, para acumular. Grandes ventajas se derivaron de ahí para el progreso humano. Éste no es el lugar para discutirlos; sólo queremos mostrar cómo fue que las sociedades humanas se compusieron de dos clases: dominantes y dominados, trabajadores y explotadores del trabajo ajeno.

Ésta fue una fase necesaria en la evolución social, una transformación decisiva de las costumbres en la historia del progreso; pero precisamente por ser el resultado de una transformación, es evidente que no puede ser una forma última, definitiva, y que la sociedad no puede subsistir eternamente en forma de parásitos y parasitados. En el momento en que unos hombres se constituyeron en dominadores de otros y los obligaron y acostumbraron a trabajar, hubo un gran avance en la conquista de la civilización; pero a partir de ese momento, en cada grupo, la clase que se convirtió en parásito fue

condenada a declinar y extinguirse, a degradarse en todos los sentidos. La evolución misma y el progreso humano se vieron amenazados de retrasos y retrocesos por parte de esos mismos dominantes.

En la discusión general sobre los vicios derivados del parasitismo, quedó claro que uno de los principales es el obstinado conservadurismo de las clases altas, por su apego a una situación que les resulta más cómoda, por la atrofia de las energías físicas, por el divorcio de la naturaleza. Por regla general, ellas se convierten incluso en enemigas del progreso. Sólo cuando la miseria se extiende y llega hasta ellos, los líderes piensan en “mejorar”; sin embargo, en la práctica, sus reformas siempre tienden a satisfacer sus propios intereses, y quieren llevar a las masas a adaptarse a esos mismos intereses.

El verdadero impulso para el progreso está dado, naturalmente, por los que sufren y están oprimidos. Son ellos quienes, mordidos por la miseria, de arrebato en arrebato empujan a la sociedad hacia adelante, a veces rompiendo los diques de la resistencia conservadora, a veces disputándose un lugar entre los mismos dominantes, convirtiéndose en voz activa de sus consejos, obligándolos a una u otra concesión. El caso de los pocos progresistas e innovadores que surgieron de las clases conservadoras no destruye la regla común porque, de hecho, es en la clase de los oprimidos donde encuentran apoyo, cuando la ambición o incluso el altruismo los llevan a luchar en favor de la justicia.

Felizmente, el propio parasitismo, al degradar a los dominadores, los debilita y elimina poco a poco, y posibilita la infusión de nuevos elementos. Es a la regresión parcial y constante de los conservadores a la que la sociedad debe no verse asfixiada, ahogada en el estancamiento. Sin embargo, esta renovación no se hace tan fácilmente que la resistencia inicial no produzca sus males, o que la degradación moral e intelectual que acompaña a la degeneración general de las clases altas no se refleje en la sociedad.

Esta degradación física se notó en todos los tiempos. Maudsley, ya citado en relación con el debilitamiento y la extinción gradual de los parásitos, continuando su observación dice: “Cuando esto no se da (la extinción), siempre queda, en estas familias ricas, un golpe traicionero y fraudulento y una duplicidad instintiva, un egoísmo extremo, ausencia de verdaderas ideas morales”. Jacoby<sup>1</sup>, si bien

1. Jacoby, *Estudos sobre a seleção no homem, e suas relações com a hereditariedade*.

apunta como causa de esta decadencia a factores verdaderamente metafísicos, no puede negar su evidencia:

De la inmensidad humana surgen individuos, familias, razas, que tienden a elevarse por encima del nivel común; alcanzan penosamente las cimas abruptas, llegan a lo alto del poder, de la riqueza, de la inteligencia, del talento, y una vez establecidos allí (dominantes – parásitos), son precipitados hacia abajo, y desaparecen en los abismos de la locura y la *degeneración*... Este fenómeno explica el ciclo de la vida de las naciones civilizadas. Por el hecho de la selección y por la fatal ley de extinción de las razas privilegiadas, los pueblos se civilizan, se elevan a las alturas de la grandeza, luego rápidamente declinan y desaparecen, *agotados*, aniquilados; y son reemplazados por pueblos más jóvenes... es decir, que no están agotados.

Jacoby habla de “selección y herencia”; ni uno ni otro de estos dos factores explican, por sí solos, la decadencia en cuestión, que parece justamente desmentir la realidad de uno y otro. Si un pueblo, una casta o una clase, es hoy más vigoroso, más apto, hasta el punto de vencer, dominar a otro, ¿cómo puede ser entonces que, persistiendo la selección natural en conservar al más apto, y concurriendo la herencia para mantener de generación en generación en el grupo ganador las cualidades que lo caracterizan..., cómo puede suceder que después de cierto tiempo, sea este grupo superior al que va siendo eliminado poco a poco?!

En tal caso, o la herencia falla a sus leyes, o no existe tal selección natural de los más aptos, a menos que intervenga un nuevo factor que provoque, en aquéllos que eran primitivamente más aptos, la pérdida de las energías que les daban tal primacía. Y esto es justamente lo que sucede. La posición de parásitos en que estos dominantes se colocan causa degeneración y decadencia, y sigue produciéndose la selección natural: son ellos los que se eliminan, porque a su vez se han vuelto menos aptos. Si éste no fuera el caso, los infelices y oprimidos no verían jamás el día de la liberación.

Es por eso que Spencer<sup>2</sup>, refiriéndose a la eliminación de las clases privilegiadas, dice: “La selección produce efectos opuestos,

2. Spencer, *Biología*, t. II, cap. 12.



que se neutralizan mutuamente”. Sin embargo, en general, historiadores, sociólogos y psicólogos aún no han tenido en cuenta la acción preponderante del parasitismo en esta constante decadencia de los pueblos dominantes y de las clases privilegiadas; constatan el hecho y, al explicarlo, invocan razones de carácter verdaderamente místico, o bien suspenden el juicio sin saber qué pensar de este hecho, que aparentemente va en contra de las ideas actuales sobre herencia y selección. En 1847 Lucas ya preguntaba:

¿Por qué juego de la naturaleza, del sabio Pericles, pueden salir dos necios como Parolos y Xantipo, y uno furioso como Clínias? ¿Del íntegro Aristipo, un infame Lisímaco? ¿Del grave Tucídides, un inepto Milesio, un estúpido Stefanos? ¿De Foción, el temperante, un disolvente como Focus? ¿De Sófocles, de Aristarco, de Sócrates, de Temístocles, hijos indignos?<sup>3</sup>

Y así continúa, citando a los hijos degenerados de Cicerón, Germánico, Vespasiano, Marco Aurelio, Enrique IV, Luis XIV, Cromwell, Pedro el Grande, etcétera. La respuesta a esta pregunta ya se encuentra en Aristóteles, cuando enfatiza el hecho de que aquellas ciudades griegas estaban compuestas por dos sociedades: los ciudadanos –dominantes– y los esclavos, a expensas de cuyo trabajo todos vivían.

He aquí la razón por la que los griegos, que produjeron relativamente el mayor número de genios que la humanidad honra, los creadores del arte y de la filosofía, degeneraron y llegaron a esa triste decadencia del arte afectado, muerto, abandonado por la inspiración, y de una “filosofía copiosa y nula, vana logomaquia”. Es ahí que se deben buscar las verdaderas causas, y no en los motivos metafísicos, como los formula Jacoby.

Las naciones se desgastan como los terrenos sin fertilizar, y es en este sentido que hay que entender el fenómeno que ha sido llamado, en la historia, vejez y decrepitud de las naciones (...) Las leyes de la naturaleza son inmutables; y ¡ay de quien las viole! Cada privilegio del que se inviste al hombre es un paso hacia la degeneración, las frenopatías, la muerte de la raza.

3.Lucas, *Traité philosophique et physiologique d'hérédité naturelle*, p.153.

Rebajando a quienes quieren elevarse por encima del nivel común de la humanidad, castigando a los orgullosos, vengándose del exceso de felicidad, la naturaleza acusa a los privilegiados de ser verdugos de su raza.

Retórica; la naturaleza no castiga a nadie, ni conoce a los orgullosos. Ella es inexorable, efectivamente, para quienes la abandonan, para aquéllos que encontrando una manera de vivir sin aportar sus energías y actividades, las van perdiendo gradualmente, en todo o en parte.

Hablar de la venganza de la naturaleza sobre los excesos de felicidad no es dar una explicación científica del hecho. Sería mejor sustituir a la naturaleza por Dios; por lo menos la gente de sacristía entendería la importancia de la causa, y tal castigo para los soberbios tendría sentido.

Es por no tomar en consideración esta influencia parasitaria que el propio Ribot presenta razones muy similares a las de Jacoby:

Cada familia, cada pueblo, cada raza trae consigo al nacer una cierta dosis de vitalidad, una suma de aptitudes, que duran hasta el momento en que la familia, el pueblo, la raza, ha cumplido su destino. Desde entonces, esta dosis de vitalidad comienza a debilitarse y comienza la decadencia (...) La causa directa (de esta decadencia) está en las costumbres, en los hábitos, en las ideas religiosas, en las instituciones y leyes, que son tan eficaces como fuera posible para lograr la bastardización de la raza.<sup>4</sup>

Como se ve, el respetado psicólogo explica el hecho por el hecho.

En primer lugar, constata que los pueblos, habiendo alcanzado cierto grado de evolución, decaen; y entonces nos dice que ellos cumplieron su destino. Metafísica pura; razas con un destino preestablecido y una porción de vitalidad, dosificada en proporción a dicho destino, son cosas casi indistinguibles *de pueblos predestinados, derecho divino, pueblo de Dios...* En segundo lugar, él acusa las costumbres, los hábitos, las instituciones, las religiones, los regímenes... Explicación nula; bajo el mismo régimen, con la misma religión e instituciones, se ha visto a los pueblos progresar, ascender y luego caer.

4. Ribot, *op. cit.*, p. 275.

En cuanto a las costumbres y los hábitos, es necesario no considerarlos como factores que vienen del más allá, para actuar con fuerza propia sobre los hombres. En verdad, no son las costumbres depravadas, los hábitos disolutos y las leyes retrógradas las que producen la degeneración y decadencia de los individuos; es más bien la degeneración la que produce la depravación de las costumbres y la moral.

Además, es el mismo Ribot quien reconoce que estas explicaciones no explican gran cosa: “Los historiadores explican ordinariamente la decadencia por el estado de las costumbres y los hábitos, de las instituciones y del carácter, que es exacto en cierto sentido; pero son razones un poco vagas; hay, como se ve, detrás de ellas, una causa más profunda, una causa orgánica...”<sup>5</sup>. Ribot no nombra a esta causa; incluso cree que “por mucho tiempo, además, será ignorada”. Sin embargo, es bastante fácil de reconocer; nosotros sabemos qué es. Vayamos a los hechos para ver cómo decayeron estos pueblos, estas antiguas naciones, en el momento en que la opresión y la explotación del conservadurismo dominante acabaron, a su vez, con todas las energías de las clases bajas.

Viviendo parasitariamente, siglos y siglos, estas clases dominantes perdieron todas las cualidades de carácter, moralidad e inteligencia, y cuanto más se corrompían, más conservadoras se hacían; en un momento determinado, se volvieron incapaces no sólo de progresar sino incluso de defenderse. Por su parte, la masa popular, embrutecida, degradada por la servidumbre secular, ya no conoce estímulos; si la nación es atacada, esta masa popular, pasiva y anulada, no opondrá resistencia alguna. Así fueron derribados Asiria, Egipto, Persia, India, Grecia, Roma...

El día en que Roma fue constituida por un grupo de personas hastiadas de riqueza, grandes terratenientes entregados al goce, viviendo del trabajo de miles de esclavos en los latifundios y minas, y estos propietarios se organizaron para tomar de ese trabajo el costo de su disfrute y el pago de mercenarios; el día en que las contribuciones y tributos de los vencidos permitieron al gobierno imperial alimentar del erario público a toda la población de la ciudad eterna; el día en que la gran masa del pueblo esclavizado fue degradada lo suficiente como para no traer sombras ni desasosiego a los amos en

5. Ribot, *op. cit.*, p. 277.

el goce desenfrenado de sus privilegios parasitarios; ese día Roma comenzó a desaparecer.

Durante mucho tiempo, la antigua patria de los Cévolas y Numa Pompilios vivió iluminada, defendida y dirigida por gentes que se elevaban desde las camadas inferiores, de entre los antiguos siervos o los vencidos de las provincias. Fueron estos nuevos elementos los que sustentaron, durante cientos de años, el antiguo nombre romano; la vieja Roma, corrompida por el parasitismo, se disolvió. ¡Qué diferencia entre el heroísmo de los Cocles y la cobardía de las nobles legiones de Pompeyo, que huyeron antes de ser heridos por los bárbaros de César! ¡Entre la virtud de las Lucrecias y el libertinaje de las romanas que venían a gemir delicias en las termas!...

Fue gracias a la política de los antiguos latinos, que permitió la renovación incesante de las clases dominantes, degeneradas por nuevos elementos, que la gran nación subsistió durante tanto tiempo. Sin embargo, en cierto momento, el parasitismo fue tan extenso que cubrió a toda la población: sólo no eran parásitos los esclavos que, en el fondo de las minas, arrastraban la miseria de una existencia donde ya no había nada humano<sup>6</sup>. Roma tenía el mundo entero para sustentarla, nadie trabajaba, el Estado repartía pan y circo para todos; la degeneración fue completa; ya no había nadie más, entre los que se enorgullecían del nombre romano, que fuera capaz de resistir las olas bárbaras, vigorosas y sanas.

En las grandes naciones de hoy, lo que se ve es exactamente eso: clases dominantes, parasitando sobre el resto de la sociedad. Pero ahí las condiciones de libertad permiten la constante renovación de estas clases. Los estratos inferiores son los viveros de donde salen continuamente los nuevos elementos que vienen a dar vigor y cubrir los claros, compensando lo que ha consumido la degradación parasitaria. Son estos elementos los que aseguran así la vida de la nación, garantizando su progreso contra el conservadurismo esencial de los parásitos, hasta que, aficionándose al parasitismo, los nuevos ingresantes se vuelven a su vez conservadores y resistirán mañana a los que surjan después. Es por eso que “la revuelta social de ayer es la opresión política de mañana”.

6. “Estos desgraciados, que ni siquiera pueden mantener el aseo del cuerpo, ni cubrir su desnudez, ni llorar su suerte miserable. Ni para los enfermos hay compasión, ni para los mutilados, ni para los viejos, ni para las mujeres frágiles”. Así describe Diodoro de Sicilia la condición de los esclavos en aquellos tiempos.

Son estos nuevos elementos los que, en virtud de sus propias energías, mantienen en la sociedad la suma de vigencia e innovación necesarias para continuar la obra civilizadora. Es a su costa que las sociedades viven y progresan, hasta el día en que se imponga la justicia a todos los hombres y desaparezcan esas iniquidades y distinciones: dominantes y dominados, parásitos y explotados. Hasta entonces, es la masa popular la que representa la garantía, el futuro y el progreso de las nacionalidades.

Cuando el abandono y la miseria aniquilan todas sus energías, cuando el embrutecimiento mata sus estímulos reduciéndola a la imbecilidad, cuando la opresión y la explotación la deforman y degradan hasta el punto de sofocar todos sus impulsos, y cuando la multitud pierde incluso la capacidad de rebelarse contra esta opresión: ese día murió la nacionalidad.

## II

No es el caso de las repúblicas sudamericanas. Ni siquiera se puede decir de ellas que sean naciones decadentes porque, en verdad, nunca estuvieron en un estado más próspero, ni más avanzado y culto que el actual. Por el contrario, han progresado –más o menos lentamente, es cierto–, pero han progresado y seguirán progresando, porque no hay causa esencial que se oponga a ello, ni las condiciones sociales son tales que las condenen fatalmente a la decadencia y a la desaparición. Han ido avanzando lentamente, con dificultad, porque la influencia del pasado es todavía muy fuerte, porque los elementos refractarios, más o menos conscientes, son muy fuertes.

Sin embargo, a pesar de la infinita complejidad de los procesos, la historia nos muestra que los elementos progresistas en general van ganando terreno a los demás, y estas sociedades han dado pruebas de poder alcanzar una cultura superior. La masa de la población, en la que fluye en grandes dosis sangre de razas nuevas y saludables, y las oleadas de inmigrantes de gente fuerte -ya que es bien cierto que sólo emigran los fuertes-, la masa de la población ha revelado tener el vigor y la energía precisos para exigir, promover y alimentar este esfuerzo en el camino del progreso. Se trata de tratarla como se merece.

Conviene repetirlo: no hay razones científicas o de otra índole que autoricen al sociólogo a declarar a un pueblo, cualquiera sea, incapaz de progresar. En este particular, todo lo que logran la

observación y el examen histórico se puede resumir en dos comprobaciones: que ciertos grupos humanos, gracias a las condiciones favorables del medio o del momento, alcanzaron antes que otros una forma elevada de cultura; y que, debido al exagerado parasitismo de unas clases sobre otras, ciertas naciones se han corrompido y decaído.

Es cierto que se han visto pueblos que, incluso antes de alcanzar un estadio avanzado de civilización, son victimizados, oprimidos y exterminados o absorbidos, como los indígenas en ambas Américas, en Oceanía, como los bóers en el sur de África. Pero esta relativa debilidad no significa en modo alguno una incapacidad orgánica para progresar.

En Inglaterra, los celtas fueron vencidos, y dominados y absorbidos por los normandos y anglosajones, y nadie dirá que los celtas son una raza refractaria al progreso. Incluso en lo que respecta a los hotentotes y a los australianos, la ciencia no puede afirmar que, tratados humanamente, entregados a sí mismos, recibiendo sólo el influjo persuasivo del progreso social, tales pueblos no progresarían, llegando a constituir sociedades vigorosas, prósperas y altamente moralizadas.

### III

Respecto de los americanos del Sur, es hasta insensato negarles esa aptitud para el progreso. Tal aptitud existe, desde que existe una inteligencia capaz de comprender y acompañar el progreso intelectual de otros pueblos, adaptándolos a sus propias necesidades, una inteligencia apta, en definitiva, para estar a la altura del movimiento científico del momento; y desde que existen cualidades o instintos sociales susceptibles de ser desarrollados mediante la educación, estrechándose cada vez más los vínculos de la solidaridad humana.

¿Alguien discute que los sudamericanos posean tales dones?... Se les niega, es verdad, fuerza de voluntad... Sí, la voluntad de estos pueblos parece débil. Ya hemos estudiado y discutido extensamente las causas que producen ese debilitamiento de la voluntad, esa falta de tenacidad en las gentes dominantes: vivir divorciados de la naturaleza, fuera de todos los estímulos de la innovación y al progreso, el régimen anti-social, de fijación absoluta, de conservadurismo integral, opresión y parasitismo. Un régimen así conduce fatalmente a la aniquilación de la voluntad.

La voluntad es el acto del espíritu por el cual el hombre examina, elige, delibera y decide, ante las nuevas condiciones y situaciones que le ofrece la vida, en su continua transformación; es la facultad de encontrar el camino a seguir y de afrontar los imprevistos que surgen en la derrota para el futuro. No hay examen, ni elección, ni deliberación, ni decisión para alguien que se encuentra fijado en un programa, detenido, inmóvil, dedicado exclusivamente a la función de conservar. Así, la voluntad que no se ejerce se embota, se atrofia. “Sólo la costumbre es conservadora; la voluntad es innovadora (Tarde)”. Para estar detenido, conservando, no se necesita esfuerzo, ni voluntad; basta dormir, entregarse a la inercia.

La voluntad es la esencia de la actividad y la transformación, como la inercia es la esencia de la conservación y la resistencia. No pudieron desarrollar, ni afinar la voluntad, con esfuerzo y tenacidad, aquellas generaciones que así vivieron.

Tampoco podían hacerlo los miserables esclavos ni los oprimidos de las clases bajas, a quienes se les negaba toda libertad. Quien dice voluntad, dice libertad para querer, alternativas para elegir, conocimiento para juzgar y deliberar; no se quiera encontrar una voluntad culta y tenaz en quien nació esclavo, y vivió toda su existencia dominado, masacrado, subyugado el cuerpo, anulada la inteligencia por la ignorancia. No perdamos de vista que la voluntad no es una facultad primitiva; ella tiene su origen en otras energías físicas; es una facultad que siempre existe en su germen -en otras actividades-, y que se desarrolla mediante el ejercicio y se fortalece mediante la educación.

El hombre tiene la voluntad que sus sentimientos le crean y le imponen, y la orienta según el grado de cultura de su inteligencia, según ésta le indica la inconveniencia o conveniencia del acto. En verdad, toda la gente tiene voluntad, porque toda la gente quiere, y toda la gente sabe orientar sistemáticamente sus actos para un fin; toda la gente decide, quiere decidir, escoge entre las diversas exigencias orgánicas y morales que nos asaltan en cada momento, y toda la gente sabe de antemano el resultado de los actos que emprende.

El gaucho que soporta frío, cansancio y hambre, detrás del jefe caudillo, y muere luchando por él; el *caboclo* o el individuo que recorre tres leguas a pie, después de una dura jornada de trabajo, y pasa el resto de la noche bailando en una rueda de samba, tiene voluntad -tiene “fuerza de voluntad”-; como el sabio que se entrega, durante ocho, diez años, a investigar una verdad, olvidándose del resto del

mundo; como el *politiquero* que sacrificó todas las preocupaciones de la dignidad personal, suprimió el amor propio, acumuló infinitas intrigas para... decepcionarse mañana, cuando alcance el ansiado maletín. Al primero le falta esa constancia de querer, esa continuidad de la acción, de dirigir la vida hacia un único fin, de subordinar el presente al futuro...

Pero lo que falta aquí no es exactamente la voluntad: son las preocupaciones superiores, es la cultura moral e intelectual, gracias a las cuales el individuo puede hacer de la vida una representación ideal y trazar su línea de conducta para llegar al fin previsto y deseado.

Ésta es la condición primordial para la educación, formación y desarrollo de la voluntad. “En los momentos críticos lo difícil no es cumplir con el deber, sino saber en qué consiste; lo difícil no es sólo tener voluntad”, sino saber orientarla. Obtenida esta cultura del sentimiento y preparada la inteligencia, aguzar la voluntad y fortalecerla es algo relativamente fácil. Siempre se apela a la sensibilidad y el entendimiento en la educación de la voluntad, para adquirir las alabadas virtudes: “tenacidad, resolución, decisión, inflexibilidad, fuerza de carácter”, que resumen esa misma cosa -una voluntad iluminada, apoyada por sentimientos vigorosos.

En verdad, no hay razas tenaces ni pueblos indecisos; hay personas de voluntad educada y personas incultas, que actúan según las inclinaciones y apetitos o necesidades del momento, y en las que las funciones cerebrales superiores aún no están suficientemente desarrolladas para ejercer su poder inhibitorio sobre la vida emotiva, sobre las pasiones y la violencia de la baja animalidad. “*Il n’y a point d’âme si faible qu’elle ne puisse, étant bien conduite, acquérir un pouvoir absolu sur ses passions*”: esto ya lo sabía Descartes.

La voluntad se adquiere, la voluntad se pierde... Eduquen a las almas inconstantes de estas poblaciones, habitúenlas a vencer las impresiones del momento, enséñenles a conocer las consecuencias últimas de los actos inmorales, esclarázcanles su inteligencia para que puedan prever las consecuencias lejanas de su comportamiento actual; hay a su alrededor una opinión pública cada vez más justa y libre, y de allí surgirán generaciones fuertes, capaces de dominarse a sí mismas, capaces de luchar y progresar.

La educación social debe desarrollarse mediante la propaganda de los intereses colectivos y las aspiraciones superiores; cultivar inclinaciones altruistas, apelar a los instintos de simpatía, hablar de bondad y amor; exponer iniquidades, comentar injusticias... y la



noción del propio deber y de los derechos de los demás se impondrá a todos, y los individuos, poco a poco, se acostumbrarán a cohibir los viles apetitos y a evitar todo lo que pueda ofender la libertad de los demás; y los hombres se esforzarán por satisfacer sus instintos de bondad y compasión.

Enséñenles cómo se realizan grandes obras mediante la concurrencia de múltiples esfuerzos; hagan la ciencia del trabajo, evitando las fatigas inútiles, retomando el trabajo remunerado, mostrando los medios para aprovechar bien el valor del trabajo diario; denles estímulos y necesidades nuevos; ofrézcanles confort e indíquenles los medios para adquirirlo; subrayen la importancia de cada tipo de actividad, -y todos vendrán, poco a poco, trabajando, no coaccionados sino conquistados con el ejemplo, impulsados por los deseos.

Educa la sensibilidad, habla del disfrute estético, ten buenos modelos, y el gusto mejorará. Entonces ellos podrán amar, con igual amor, el bien, la justicia, la belleza, la verdad y el trabajo; podrán concebir o comprender un ideal, una forma de existencia superior a la actual, y serán hombres para consagrar su vida a la realización de una conquista: ésa es la voluntad en toda su plenitud... ¿Pues no es verdad que en las clases más cultas de las sociedades sudamericanas se pueden encontrar decenas de individuos que han demostrado tener una voluntad culta, individuos que, por su propio esfuerzo, por una auto-educación y guiados sólo por su propia inteligencia, dedicaron sus vidas a un propósito y se convirtieron en modelos de tenacidad?!... ¿Por qué entonces la mayoría, adecuada y sistemáticamente educada, no adquiriría esas mismas virtudes?... No hay nada de imposible en esto.

## IV

Tampoco es imposible hacer de estas sociedades actuales nacionalidades libres, prósperas y felices; lo que es imposible es transformarlas en naciones grandes, ricas y poderosas en un plazo de seis u ocho años, como pretenden los estadistas miopes, cuya más noble ambición es aspirar a la grandeza de sus propias obras y que, por ello, persisten en *curar los síntomas*, despreciando las causas de los males sociales, y se esfuerzan por crear Estados superpoderosos y prósperos sobre naciones atrasadas, afligidas y empobrecidas. Raros, rarísimos, son los que piensan en obras de educación social, de instrucción popular y de mejoramiento de la producción, indispensables

para el progreso del país e imprescindibles para la constitución de sociedades armoniosas, avanzadas y felices.

A pesar de todo, examinando imparcialmente la situación, es innegable que las nacionalidades sudamericanas están hoy mucho más cerca de un estado de organización regular que hace 50 años. Algunas de ellas han progresado lo suficiente como para demostrar que son perfectamente capaces de llegar a ser tan cultas y prósperas como los llamados países de Occidente.

México y Argentina son actualmente países más progresistas que algunas de las naciones secundarias de Europa; tienen una industria, una educación popular, una actividad intelectual y una vida económica más desarrollada que algunos de los países europeos de población equivalente. Otros, como Brasil y Chile, ya están bastante deshabituados a los levantamientos y conflictos armados, lo que demuestra que el estado de agitación bélica no es un mal incurable en otras nacionalidades. Convertidas hoy en sociedades pacíficas, les resulta mucho más fácil promover el progreso y adoptar costumbres políticas libres y democráticas. Así lo quieren aquéllos que se tienen como dirigentes.

Ciertamente, la situación de estos nuevos países no es, en ninguno de ellos, comparable a la de Francia, Alemania o Inglaterra y, por tanto, a algunos les parece que no progresan. Esos pesimistas deberían pensar en lo que eran las naciones latinoamericanas hace 60 u 80 años, y reconocerán que, en las más avanzadas y libres, la poca civilización que existe fue conquistada en los últimos años y vino tras la obstinada resistencia de los refractarios. En verdad, aquí, lo esencial para el progreso no era la independencia, sino sustituir un régimen arcaico y opresivo con instituciones libres y progresistas. Por esta razón, en ciertos puntos el progreso aún no ha comenzado; pero ahí mismo, una vez *liberado* de todo el camino, la evolución será rápida, principalmente porque la masa de la población en sí es menos conservadora y más maleable que en las viejas sociedades europeas, con sus costumbres y tradiciones centenarias.

Aquí hay dos afirmaciones que parecen contradecir lo dicho en páginas anteriores respecto a los efectos degenerativos del parasitismo en las colonias. Si el parasitismo produce decadencia –y es innegable que las metrópolis han decaído– y si a las sociedades coloniales se les transmitió, a través de la educación y la herencia, las cualidades, defectos y virtudes de las metrópolis, ¿cómo es que se puede afirmar ahora que estas sociedades no son degeneradas y

decadentes?, ¿cómo se puede afirmar que ellas son más aptas que ninguna otra al progreso?...

Explicuemos. La aparente contradicción es bastante fácil de desentrañar. Nótese, en primer lugar, que en el parasitismo están el parásito y el parasitado, cuyas condiciones son enteramente diferentes. Es en el parásito donde se manifiesta la decadencia; la persona parasitada sufre, no de una degeneración como tal, sino de empobrecimiento. Las colonias representaban a los parasitados y, en este sentido, el parasitismo influyó decisivamente en ellas. Existe, entre la colonia y la metrópoli, la misma relación que existe entre la clase de trabajadores esclavizados o explotados y la clase de amos o explotadores; el régimen parasitario de uno sobre el otro se refleja en ambas clases, pero no de la misma manera.

Los primeros, los parasitados, se debilitan, a veces se degradan, pero no es la degeneración –la aniquilación de las energías orgánicas y morales por falta de actividad– lo que los asalta; es el agotamiento del organismo por fatiga, el debilitamiento por falta de alimento, etcétera. Esos parasitados, si un día se liberan de tal régimen, podrán perfectamente curarse de estos males que no son, en sí, constitutivos. Lo mismo les sucede a las colonias: saqueadas, oprimidas, agotadas por las metrópolis, pueden curarse a sí mismas perfectamente.

Sin embargo, es importante recordar la circunstancia particular de que, en esta forma parasitaria, la víctima sufre no sólo los “efectos generales” del parasitismo sino también otros efectos “especiales”, debido a que el parasitado deriva directamente del parásito, y es generado y educado por él. En este caso, parecería evidente que la degeneración del primero debe comunicarse al segundo: no; aun así, no hay transmisión de la degeneración propiamente dicha. El organismo de la colonia está sin duda perturbado por el efecto del régimen parasitario; incluso adquiere un gran número de vicios y defectos sociales que se desarrollan por influencia de este régimen –tales son los vicios del carácter, estudiados largamente en la sección especial–; pero no participa de la degeneración integral que invade la metrópoli.

Lo característico de esta decadencia degenerativa es la ineptitud, la incapacidad manifiesta del parásito para satisfacer sus necesidades mediante recursos naturales; se ha acostumbrado a vivir a expensas de otro, pierde la capacidad de producir, sus facultades de ingenio quedan borradas, los instrumentos de producción quedan anulados: esto es degeneración. Esto no puede sucederle a

la colonia, ya que hasta se ve obligada a producir el doble. Mientras que en la metrópoli todo el mundo acepta el parasitismo, lo aprecia y hace todo lo posible para conservarlo; en la colonia, una gran parte –incluso la mayor parte de las sociedades nacientes– protesta contra el régimen, se opone a él y, en consecuencia, resiste la marcha degenerativa.

Es verdad que, en la sociedad colonial, esa parte de la población sufre la influencia directa del régimen y, a través de la educación y la imitación, adquiere ciertos hábitos mentales, ciertas cualidades viciosas. Es verdad también que en el organismo de la colonia hay ciertos elementos que representan directamente a la metrópoli y participan inmediatamente en el parasitismo; son los elementos refractarios, los residuos o remanentes. Sí, tales elementos son siempre decadentes, francamente degenerados; y es por esto mismo que la lucha por el progreso es principalmente una lucha contra ellos. Estos refractarios, sin embargo, constituyen una minoría; existen en las nuevas sociedades sudamericanas, como existen las clases parásitas o dominantes en todas las demás sociedades.

Finalmente, se puede repetir aquí lo que ya se ha dicho a propósito de las antiguas metrópolis: el parasitismo social no es irreducible como el parasitismo biológico; los grupos parásitos se pueden regenerar; todo depende de que, una vez reconocida la causa de la decadencia, al menos una parte de la sociedad se esfuerce por combatirla –a esa causa–, algunos deshabiéndose a la vida parasitaria, yendo en contra de las tendencias, los hábitos y las tentativas de quienes ya no saben ni pueden vivir sino de forma parasitaria<sup>7</sup>.

Para responder a la última de las objeciones es necesario recordar que, incluso cuando estas nuevas sociedades estuvieran de alguna forma contaminadas por la degeneración parasitaria, esto de ninguna manera las haría incompatibles con el progreso. Sólo sería preciso corregir, educar o eliminar los elementos degenerados.

7. “En los parásitos sociales no existe transmisión hereditaria del parasitismo (...) El parasitismo social no acarrea cambios tan profundos como el parasitismo orgánico; el hombre no nace parásito, se convierte en parásito. Sin embargo, estas modificaciones van en la misma dirección: la sociedad parasitada se debilita, el parásito se degenera (...) Notemos que esta evolución hacia el parasitismo no es irreversible, a menos que se trate de degenerados”. J. Massart y E. Vandervelde, *Organic Parasitism and Social Parasitism*.

## V

De hecho, estos elementos existen como existen en todos los demás pueblos, sin que por eso pueda decirse que la sociedad en general esté decadente. En lo que respecta a las nacionalidades sudamericanas es absolutamente necio decir con Gustave Le Bon: “Todas ellas, sin una sola excepción, han llegado a ese estado en el que la *decadencia* se manifiesta por la más completa anarquía, y en el que los pueblos sólo podrían ganar si son conquistados por una nación lo suficientemente fuerte como para liderarlos...”<sup>8</sup>. El término *necedad* parecerá exagerado, pero es el que mejor corresponde a una tontería. ¡Países en decadencia!... ¿Decadencia por qué?... ¿Será que alguno de ellos, al menos, había poseído una civilización superior a la actual, o había sido más próspero, rico o avanzado?... Esta pregunta no se le ocurrió nunca a este terrible filósofo; ni ésta, ni otras que indiquen la curiosidad natural de quien quiere conocer los objetos y hechos de los que habla.

América del Sur es un pedazo del mundo que el señor Le Bon utiliza discrecionalmente, según el capricho del momento, siempre que necesita un ejemplo de naciones o pueblos absolutamente abyectos: “Nos someten a un régimen de hierro, el único al que son dignos estos pueblos, carentes de virilidad, de moralidad e incapaces de gobernarse a sí mismos”<sup>9</sup>. En estos términos nos presta los defectos y delitos más contradictorios.

Es repugnante prestar atención a conceptos como estos suyos, que son a la vez groseros y vacíos; pero como es necesario citar el disparate, y dejar claras las extravagancias y malevolencias de quienes nos tachan de caídos, nombremos al señor G. Le Bon; él es el más categórico y completo de la especie; sus afirmaciones dan una buena idea del valor y la importancia que se debe atribuir a la opinión que expresan.

Son juicios hechos de injurias. Al escucharlos, los americanos del Sur no servirían ni para fertilizar las tierras que ocupan... No nos dejemos impresionar por esto, y aceptemos la sociología del hombre por lo que vale; recordemos que, para él, nuestro delito capital es que

8. G. Le Bon, *Psychologie du socialisme*.

9. *Ibidem*.

ubicados en las regiones más ricas del globo, somos incapaces de sacar partido de estos inmensos recursos (...) Mientras que la gran República anglosajona se encuentra en el más alto grado de prosperidad, las repúblicas hispanoamericanas, a pesar de su suelo admirable y sus riquezas inagotables, están en el fondo de la escala de la decadencia...

*¡No se enriquecen! ¿Por qué no se enriquecen?... Ésta es la única preocupación de este filósofo; no ve otra razón para proceder, ni otro vínculo entre los hombres. Al recordar las riquezas, su entendimiento se oscurece de una vez. En el furor de elogiar a los anglosajones de Estados Unidos porque se enriquecieron, ni siquiera reflexiona que ahí mismo, al lado, hay otros anglosajones –en Canadá– que ni se enriquecieron ni prosperaron; viven una vida más mezquina, tienen menos valor que México, Chile o Argentina. ¿Y por qué, a pesar de ser anglosajón, Canadá vale tantas veces menos que Estados Unidos?... El pobre no sabría responder.*

Él pertenece a esa especie de filósofo cuya inspiración es la envidia y cuyo ideal es la riqueza, especie que desde hace 30 años quiere formar escuela en la propia Francia. Son individuos en los que el espíritu apenas ve lo que alcanza la mano y para quienes el progreso humano se mide exclusivamente por las toneladas de exportaciones, por la extensión de los dominios coloniales, por el número bruto de habitantes: “En 1787, Gran Bretaña tenía 9.600.000 habitantes, Francia 26.300.000; el presupuesto de Gran Bretaña era de 391.250.000 francos, el de Francia de 600 millones; hoy, los pueblos de habla inglesa, sin contar los pueblos conquistados, suman un total de 101 millones, mientras que el pueblo francés sólo alcanza la cifra de 40 millones”.

Con los anuarios comerciales en la mano, estos filósofos vacían todos los problemas sociales... Para los Le Bon, Cumplowitz y otros, la teoría del progreso se resume así: la fuerza es el único instrumento; la riqueza es éxito; el fin, la consagración, ni tregua a los débiles, ni esperanza para los infelices... Y es en nombre de estos principios que, paseando la mirada por los pueblos, dan la palma de la excelencia a los alemanes y a los anglosajones, principalmente a estos últimos, que además de ser los más fuertes, son los más ricos.

Obsesionados por la envidia, fascinados por la grandeza de Estados Unidos e Inglaterra, no comprenden que “progresar” pueda ser otra cosa que adquirir una situación comparable a la de esos dos países; y, con un razonamiento más breve que el de un lagarto,

concluyen: “sólo hay una manera de progresar, y es ser como los anglosajones; el pueblo que no se anglicaniza está decaído... ¡Hagamos como los ingleses!...” ¡Imaginemos a los filósofos y políticos del pasado, a los sociólogos del futuro, razonando mediante los mismos procesos!...

En un tiempo Roma era la dueña del mundo: que todos los pueblos adopten el alma de los romanos. Un día Roma desapareció, ¿y ahora?... Los árabes vivían miserables, casi no se contaban entre los pueblos; les llegó el turno, se levantaron y fundaron un imperio que fue, en su momento, el más rico, el primero: ¡sed como los árabes!... Siete siglos después, en 1450, España y Portugal carecían de importancia; en 1600 poseían casi la mitad del mundo y riquezas innumerables, ejércitos que atravesaban Europa, flotas soberanas en el mar... ¡seamos españoles y portugueses!... Pasa un siglo, y es Francia la que se impone a Europa y es la primera: ¡rápido!, ¡rápido! ¡Seamos como los franceses!... En 1750, Inglaterra, pobre y tímida, no seducía a nadie; en 1850, es la más rica y poderosa: ¡seamos ingleses!... Y dentro de 50 o 60 años, ¿qué debemos ser?...

En 1870 sólo existía Inglaterra en el mundo, era única: poder, riqueza, comercio, dominios... Francia, vencida, mal herida; Alemania, sin comercio, sin industria, sin marina; Rusia, en su halo de orientalismo, casi bárbara, valía menos que Alemania; Italia comenzaba a existir; el resto de Europa no se contaba; los Estados Unidos, jadeantes, todavía sangrando por la terrible lucha civil, aparecían bajo el aspecto caricaturesco que les había dado la prensa europea...

Era Inglaterra sola, corajuda, a despreciar al mundo en su majestuoso aislamiento. El orgullo británico formuló entonces el famoso programa de política exterior: nada de alianzas; su marina es superior a la de todas las demás naciones juntas... Pasan apenas 30 años: Francia crea un dominio colonial que se equipara al de Inglaterra en todas partes, casi; Alemania le quita el comercio y corta los mares con sus líneas navieras; Rusia destruye su omnipotencia en el Lejano Oriente, obligándola a ir a buscar el apoyo y la alianza de Japón, ayer ignorado, hoy primera potencia; Estados Unidos le arrebató el resto del comercio que los alemanes todavía le dejaban, lo superan industrialmente, produciendo mejor y más barato; Italia despliega líneas de vapor y construye una armada que eclipsará a las flotas británicas en el Mediterráneo; y, hoy, cualquier coalición de grandes naciones vencería a Inglaterra en el mismo océano...

En tierra, 250 mil bóers desprestigiaron, durante tres años, todas las fuerzas de campaña de Gran Bretaña, e incluso la ayuda que llegaba de India, Australia, Canadá... Naturalmente, todos estos pueblos se volvieron anglosajones... a medida que los ingleses se van *desanglicanizando*: es la única explicación posible según las doctrinas de estos pobres filósofos que, sin embargo, hacen escuela. No sin razón un latino de sangre responde en tono vehemente: “Porque Inglaterra está plena y rica, ¡no condenemos los latinos nuestro genio e inclinemos la cabeza, aceptando la utilidad práctica como ideal de progreso!...”.

Los Le Bon sonríen ante estos *latinos sentimentales* e incorregibles; y ahora proclaman a gritos su ideal: la fortuna, la riqueza acumulada, mucho comercio, hileras de cifras... ¡Riqueza! ¡Riqueza! Incluso si es el fruto de la peor violencia e injusticia. Véase, por ejemplo, el tono con el que, desde las alturas de su filosofía, menosprecia todos esos “ditirambos sobre el derecho y la justicia” que, a su entender, tiene tanta influencia en el progreso como los *latigazos de Jerjes* sobre el mar. En compensación, ¡pobre filósofo!, para fundar una sociología sobre estas doctrinas inmorales, cae en tales contradicciones que es una pena incluso acentuarlas; dan la impresión de una inconsciencia sin remisiones y lo llevan a hacer predicciones capaces de cubrirlo de ridículo, incluso si sus teorías tuvieran la originalidad de un Nietzsche o la belleza moral de un Tolstoi<sup>10</sup>.

Su lógica, tan breve como el sentido moral que la inspira y la ciencia histórica que la fortalece, se expande en un intrincado laborioso: disparates entre contradicciones, falsedades que se cruzan con absurdos e inmoralidades. A propósito de las repúblicas sudamericanas, dice al comienzo de esas dos páginas que les dedica en el capítulo VII: “Las guerras civiles son permanentes”, y cinco líneas después, garantiza que unos miles de hombres serían suficientes para “realizar la conquista fácil” de estas mismas naciones, cuyas poblaciones están así acostumbradas a la guerra permanente.

Continuando con su increpación, llega a esta extraordinaria conclusión: “Ellos consiguieron escapar mediante revoluciones del

10. Refiriéndose a los ingleses, en cuyas instituciones sólo descubre maravillas, Le Bon elogia “los ejércitos profesionales, como aquél con el que Inglaterra se contenta y con el que domina el mundo...” Esto lo escribió en 1898; ni siquiera intencionadamente, un año más tarde, el mencionado ejército fue derrotado y expulsado en Sudáfrica por unos miles de campesinos burghers, que no eran en absoluto *profesionales* (op. cit., p.390).



sombrío gobierno de los monjes y de los gobernadores codiciosos... pero les fue imposible levantarse, porque los monjes se habían encargado *de suprimir todos los espíritus, habiendo manifestado cualquier rastro de independencia o inteligencia*". De modo que, a pesar de haber sido suprimidos todos los espíritus con algún rastro de independencia, todavía había espíritus con suficientes rastros de independencia como para rebelarse y sostener una lucha violenta durante diez años hasta lograr sustraerse a ese gobierno sombrío. En estas mismas páginas condena sumariamente a las naciones sudamericanas "porque aún no se han rehecho y reconstruido del todo, eliminando todos los vicios de ese pasado oscuro", y en el prefacio del libro dice que "la reconstitución de una sociedad es siempre muy lenta y necesita siglos de esfuerzos".

Sólo mantiene la coherencia cuando concluye condenando formalmente el altruismo y la sociabilidad en las relaciones entre los hombres; si son forzados a vivir juntos, él quiere que no haya otros móviles sociales fuera del interés reflejado, el egoísmo colectivo; todo lo demás lo considera funesto para el progreso. No le digan que las sociedades sedentarias, las más cultas hoy en día, se desarrollan precisamente bajo la influencia del altruismo; afirma que es mentira o que, al menos actualmente, estas dotes son completamente "inútiles, más bien perjudiciales". Y cita nuevamente a Inglaterra, donde "la ausencia de escrúpulos es a veces total... Para ellos –los ingleses– los otros pueblos no existen", tal es su comentario elogioso.

Cruzando el Atlántico, viene a buscar a estos ingleses americanizados, fortalecidos por la valentía del yanqui, y se asombra: "Nunca se ha visto una sociedad donde los débiles sean aplastados más implacablemente", y reconoce que "son, evidentemente, inconvenientes necesarios". La riqueza de la gran república le revela el estado definitivo de las sociedades, el fin de las aspiraciones civiles y políticas; ella, la riqueza, contiene en sí todas las soluciones; aumentenla hasta que "sea tal que la nación pueda albergar un ejército de mercenarios y, por lo tanto, no tenga nada que temer de nadie.", y continúa radiante ante su hallazgo: "no considero que tal hipótesis sea irrealizable en el futuro". ¿Para qué recordar a la debilitada memoria del pobre filósofo que Roma ya tuvo las riquezas del mundo entero a su disposición para pagar a los mercenarios?...

Fuera de esta preocupación por la riqueza y la devoción por la fuerza, no hay nada más en su sociología. Enriquecer, dominar, ampliar; ni moral, ni justicia, ni derechos, ni ideales, ni creencias

de ninguna especie: “Los límites de los derechos de los pueblos se miden por la fuerza que tienen ellos para defenderlos”, afirma sin ninguna intención irónica.

Acumula volúmenes de disertaciones sobre civilización, progreso y cuestiones sociales, ¡y ni una palabra para los débiles y los desgraciados, ni un gesto de horror ante las injusticias, ni un grito de humanidad, ni un vestigio de tendencia altruista!, aquí van sus páginas y páginas dedicadas a sus filosofías y extravagancias anti-sociales, ¿por qué? Porque era preciso cerrar esta discusión sobre las condiciones actuales de las sociedades sudamericanas, y mostrar la importancia que se debe atribuir a esa última afirmación, que “estamos condenados y fuera del progreso, por ser gente decaída y esencialmente incapaz de cultura social”.

Concluyamos.

## RESUMEN Y CONCLUSIÓN

*Organizar la democracia, hacerla realidad; y para ello abrir a todos el acceso a la vida espiritual, y conducir a todos los hombres a la conciencia y a la libertad; encontrar una forma de civilización sin esclavos, sin bárbaros, en la que todos colaboren: ése es el nuevo ideal.*

G. Seailles, *Educación y Revolución*

**R**especto de la civilización, frente al camino que sigue y a la forma en que la dirigen, los pueblos no tienen mucho para elegir: o participan en el trote general o son aplastados. América Latina está amenazada; la civilización se desborda sobre ella y este desbordamiento será una amenaza y un peligro si ella, mediante un esfuerzo consciente y metódico, no busca la única salvación posible: avanzar hacia el progreso, unirse al movimiento, presentarse al mundo vigorosa, moderna, dueña de sí misma, como alguien decidido a vivir, libre entre los libres.

A este progreso se oponen males antiguos; es necesario conocerlos y conocer sus causas esenciales. La naturaleza y el origen de los males nos indicarán el remedio. Despreciemos las disertaciones y preceptos formulados a distancia; démosle vacaciones a los doctores y oráculos, economistas y sociólogos que no se cansan de perder el tiempo, de adoctrinar sobre nosotros; olvidémonos de ellos y volvamos a lo principal.

Volvamos a estos pueblos, abandonados, atrasados, nulos. Observémoslos, tristes y resignados, o rebeldes y convulsionados, y siempre miserables, junto a una naturaleza compasiva y fértil. Basta afirmar la convicción de que el mal es fundamental, orgánico

y proviene de la herencia, de la educación social y política, de las propias condiciones de nuestra formación: la opresión parasitaria, que luego dividió a las poblaciones coloniales contra sí mismas, y las condujo a esta casi incapacidad para el progreso, hundiéndolas en la ignorancia, perturbándolas, pervirtiéndolas, tal como nacían y se desarrollaban.

Basta observar, sabiendo observar, penetrar la niebla de las apariencias, dominando el desencuentro de los detalles, para encontrar el fondo sólido de las causas reales. Observación difícil y generalmente incompleta. Una sociedad es un fenómeno demasiado vasto; para dominarlo en el conjunto de sus manifestaciones, es preciso que el espíritu se sobreponga a sí mismo y nunca se deje tentar ni absorber por una serie de efectos. Sin embargo, la tentación es a veces irresistible, en la vida y en la naturaleza misma.

En una tarde soleada, subid a una de estas cimas graníticas que irrumpen aquí y allá en la suave línea de nuestras costas y, desde lo alto, entréguese al espectáculo. A lo lejos el mar, el desierto, puro bajo la curva azul y profunda del sensible infinito que la vista confunde delante de la inmensidad de las aguas... A su alrededor, la ola ruge, salta, baila, refluye, con una furia alegre o terrible, una tras otra, trepando por el peñasco impasible, arrojando al aire caliente y agitado el polvo húmedo de su sal, mordiendo aquí el áspero tejido de la roca, lamiendo la arena cansada, acumulando ruidos y susurros, en un estruendo continuo, que se pierde en esa bruma de luz, suspendida a lo lejos, del movimiento de las aguas hasta el verde de la tierra: golpes e ímpetu de la ola irreprimible, repetida y siempre nueva, arrancándose violentamente del abismo, para volver ligera y mansa, una red de espuma en el dorso, hasta encontrar la otra, que llega allá sufriendo, irritándola, haciéndole erguir la cresta exuberante, que se desprende como una lámina... Movimiento, color, sonido y luz: una agitación encantadora o temible, pero siempre bella.

Ahora aparece un trozo de madera, astillas de tempestades lejanas, un esqueleto flotando sin vida, trozos de algas destrozadas, abandonados a la locura de la ola... puntos que la mirada sigue con interés; van, vienen, estrechándose, ahora ligeros, ahora inciertos; e insensiblemente, la imaginación se apodera de ellos; se diría que la ola no se agita, y corre y salta; su giro esconde el resto del espectáculo, que nos parece, entonces, un frenesí inexplicable...

Pero si intentamos una observación más íntima del fenómeno, y buscamos interpretarlo eficazmente, penetrando en sus

profundidades, no tardamos en reconocer que toda esta agitación, encantadora o formidable, el colorido del paisaje, ese ruido interminable, la furia siempre renovada, el polvo húmedo y la niebla iluminada, la red de espuma, la astilla de madera, arrancada a los naufragios en tiempos que se perdieron... todo esto es superficial, son parcelas de efectos, aspectos infinitos de una fenómeno único, que está ahí, en toda su armonía: el mar, cuya vista compleja e inmensa nos impresiona de mil maneras, y nos parece diferente y nuevo en cada uno de estos mil efectos que, sin embargo, proceden de la misma energía.

La sociedad es el océano; la energía que lo envuelve y sacude las olas, es este impulso para la vida, instintivo en lo más profundo de cada individuo. Imposible comprender la furia y el atropello de las olas, el rugido de sus voces, o el polvo que se levanta por los continuos choques, en uno u otro océano, si se pierde de vista el fenómeno total, sus energías primarias: las fuerzas que ampollan las aguas, las necesidades y tendencias que impulsan a las sociedades y las agitan...

Contemplemos una vez más a estas sociedades que se nos aparecen ahora y que se muestran en la historia.

Nacieron del asalto a este continente y del asentamiento violento y transitorio de los aventureros íberos, devorados por la codicia, ávidos de riquezas, que vivieron de guerras y depredaciones durante muchos siglos. Las colonias española y portuguesa no tenían otra razón de existir. Soñaban con conquistas para tener tesoros; descubrieron el nuevo mundo y se lanzaron a él como un sueño hecho realidad. Feroces e insaciables, sólo querían enriquecerse; donde encontraron naciones constituidas, civilizaciones hechas, acumularon riquezas, todo lo destruyeron en la furia del saqueo.

Allí, como en otros lugares, atacaron a los nativos de la tierra, los esclavizaron y no escatimaron crueldad para arrebatarles a esos infelices la riqueza deseada. El indígena se defendió; impulsado por una inexorable necesidad de libertad, indiferente al dolor y a la muerte, el aborigen repelió la civilización del cautiverio; surgió una lucha tremenda, una lucha de siglos, que desde el primer día hizo incompatibles a los naturales y a los adventicios. Los invasores vencieron, exterminaron, redujeron las poblaciones indias, se apoderaron de la tierra; pero en vez de establecerse aquí de forma permanente, normal y pacífica, continuaron con el mismo sistema de explotación y cautiverio. Venían de la península, no para crear aquí una nueva patria –americana y libre, como las de la América

inglesa-, sino únicamente para atesorar; donde el indígena se negó rotundamente a trabajar, donde la masacre los eliminó, pronto fueron reemplazados por los negros africanos, cuyo oficio el genio parasitario de los lusitanos había inventado y explotado sin miramientos a la ignominia.

En la colonia sólo trabajaban los cautivos; todo el mundo explotaba y oprimía; la producción dependía únicamente del número de cautivos y de la crueldad de los latigazos; el progreso fue condenado como inútil, la inteligencia perseguida como peligrosa. El colono sobre el cautivo, las autoridades fiscales sobre el colono, el absolutismo y el arcaísmo religioso sobre todos, hundieron cada vez más a estas sociedades en la miseria, en el ultraje y el oscurantismo.

La metrópoli rodó, aulló de alegría, realizó su ideal, el parasitismo integral. Las clases dirigentes y la Iglesia, que las absorbía y las dominaba, se convirtieron en parásitos del Estado o parasitaban directamente en las colonias; el comercio se convirtió en una institución real, fusionada con las autoridades fiscales; la justicia era la garantía de la usurpación; la madre patria, un manojito de sanguijuelas sobre la colonia. Succionaban a todos, todos pensaban que estaban en el mejor de los mundos, y sólo pensaban en preservar ese estado de cosas, donde los únicos que en verdad tenían razón para querer alterarlo eran los cautivos; pero éstos no tenían voz para quejarse, ni siquiera para gemir.

Hasta entonces, el mundo ibérico había tenido un ideal -aventuras, conquistas, saqueos heroicos-; ahora, abrazado a la presa, se define un nuevo programa, se elabora un nuevo ideal político y nacional, que pronto se impone: conservar; ni innovaciones ni progreso; ningún derecho ni libertad, principalmente en las colonias, porque las libertades y los derechos representaban ataques a los privilegios de los exploradores, a costa de los cuales todos vivían. Para mantener y asegurar definitivamente este dominio implacable, América se cerró al mundo y a la civilización; se prohibió la industria; el único trabajo lícito era el trabajo animal del esclavo.

De los residuos de esa innoble explotación surgió una nueva sociedad americana, y la vida ya se le presentó como un conflicto permanente con la gente de la metrópoli. Perturbadas, obstaculizadas en su desarrollo natural, estas sociedades nacientes se rebelaron inmediatamente contra la opresión y la usurpación: la misma lucha del aborigen primitivo, ahora transformada en odio, en incompatibilidad, que se propaga y crece de generación en generación. Al odio del americano, el reino responde con feroces represalias y ostentoso

desprecio. Uno quiere vivir, quiere tener una patria; el otro quiere defender su privilegio, que le viene del régimen.

Estas nuevas poblaciones, impulsadas en su expansión hacia la vida a odiar, repeler y luchar contra la metrópoli y sus instrumentos, son forzadas, al mismo tiempo, a imitarlas, ya que descienden en gran parte de la gente de la metrópoli, y fueron educadas y dirigidas por ellos. Ignorantes, condenados al embrutecimiento, los pueblos americanos ni siquiera saben cómo conquistar un lugar en la vida, ni cómo organizar una patria. Se rebelan porque son vigorosos, se rebelan porque el látigo es agudo...

De todo esto sólo resulta que se acostumbran a la rebelión, a la guerra, y a no conocer otra clase de justicia o disciplina social que la fuerza... En sus almas crece el odio y el horror ante esta opresión; y cómo se materializa en las autoridades: es el odio a la autoridad, al Estado, que les aparece como la síntesis del mal. No son las patrias las que nacen y se desarrollan; son campamentos donde el vencido, el rebelde, renace irreductiblemente en cada generación. Ni a los colonos ibéricos establecidos aquí les importaba constituir patrias normales, ni las metrópolis lo habrían consentido, ya que todo su interés es perpetuar el régimen de explotación directa, obstaculizando en todos los sentidos la organización de las sociedades americanas, definitivas y homogéneas, en armonía con las tendencias y necesidades normales. El gobierno, la dirección, la educación política y social que reciben las nuevas poblaciones, están precisamente en oposición a su expansión natural.

Así se forman estos pueblos, y así viven, hasta la hora en que, degeneradas, atrofiadas todas las energías por el parasitismo, de decadencia en decadencia, las naciones ibéricas llegan al punto de no poder conservar más sus presas; es el momento en que el ideal de libertad y de justicia ha conmovido a Francia y se ha extendido por todo Occidente, llamando a las conciencias a tomar posesión de sí mismas. En las colonias latinas –por eso mismo de que son latinas– no dejan de repercutir estas aspiraciones de libertad.

La población natural aumentó, y con ella el malestar; y por bajo que fuera el espíritu público, los pueblos americanos no podían dejar de sentir el estado de abyección y atraso en que se encontraban: ni industria, ni comercio, ni instrucción, ni ciencia, ni arte; ni una administración regular, ni una distribución de justicia común. Nada, nada, en definitiva, para mitigar la desesperación y la degradación del sometimiento en el que se encontraban.

Aparecieron algunos corazones ardientes; hablaron de “libertad, independencia, patria”. Y estalló el conflicto de siempre, la vieja revuelta se encendió en una lucha que pronto se generalizó. Los oprimidos se lanzaron a la guerra abierta, pidiendo, proclamando la libertad completa, la independencia absoluta, la guerra cruel, con gestos heroicos, con aspectos sombríos, inhumanos, a veces repugnantes; guerra que se extiende a alternativas complejas. Pero la resistencia no duró mucho, fue vigorosa y dominó el impulso revolucionario más de una vez. Es una resistencia formal, en todas partes; no es que provenga de la metrópoli, de su gobierno oficial, que está en el terreno; es la repulsión que ofrece esa parte de la población que, en las colonias, representa, directa o indirectamente, a la madre patria, sus privilegios y opresiones.

Aquellos privilegiados sabían que, al defenderla, se defendían a sí mismos, y lucharon con el vigor y la furia que nace del instinto de conservación. Pero los tiempos están en su contra; el impulso que traía la idea de libertad era muy fuerte, sus soldados no se desanimaban; el régimen colonial ibérico tenía en contra la evolución humana, que no se había detenido, como España, en el ideal del siglo XVI, en el ideal conservador. Ante el mundo, un régimen así era una monstruosidad...

Finalmente, los elementos refractarios y conservadores de las colonias estaban convencidos de esto; se anularon los irreductibles; intervinieron los moderados, los conservadores legítimos; se comprometieron con las fórmulas de los revolucionarios, acordaron hacer la separación, la independencia gubernamental de las colonias. Fue el medio para ocultar o anular la revolución e impedir el advenimiento de la verdadera libertad. Se deshicieron de la metrópoli para conservar todos los privilegios, injusticias y opresiones que había generado y a través de los cuales se habían formado las nuevas sociedades.

Por diversos procesos llegaron al mismo resultado; en toda América Latina se apropiaron de la independencia; y cuando al día siguiente anunciaron “que se cerró el tribunal de revoluciones y reformas”, y se estableció la estabilidad política y social, se verificó que sólo había habido cambio de nombres en altos cargos, y fórmulas abstractas y estériles, inscriptas en Constituciones muertas. Todos esos elementos enemigos de la libertad, retrógrados y antisociales, residuos de la opresión, están ahí: no hay razón para que estas sociedades, que han estado viviendo en luchas civiles desde sus primeros días, se pacifiquen y se normalicen.



Hecha la independencia, encontraremos en todas partes a esos realistas de ayer, conservadores de siempre: “monárquicos y clericales” en México, “conservadores” en Chile, “unitarios” en el Río de la Plata, “bragantistas y moderados” en Brasil... Adhiriéndose, incorporándose a los primitivos luchadores por la libertad, siembran cizaña, distorsionan los ideales, fomentan ambiciones, explotan debilidades y miserias, desentierran divergencias; y se reavivan las luchas, las revueltas y los conflictos, en nombre de otros principios pero sostenidos, en el fondo, por las mismas causas.

Esa misma lucha va eliminando a los buenos, a los fuertes de espíritu y corazón, a los sanos de carácter, y éste es el efecto más habitual de las guerras civiles, como ya había observado Tácito; los buenos son eliminados, y pronto la lucha se convierte en una disputa brutal por la propiedad del gobierno, la posesión material del poder, oprimir para no ser oprimido.

La masa general de la población, formada y nutrida por esta cultura intensiva de ignorancia y servidumbre, no tiene estímulos, ni deseos, ni necesidades definidas por encima de los apetitos de la baja animalidad; lo ignora todo, no sabe trabajar, no ve la belleza, ni le interesa el trabajo, nada la invita a ello; totalmente nula para el progreso, es aprovechada fácilmente por el caudillaje en malas aventuras y asaltos políticos.

Las clases dirigentes, herederas directas, continuadoras indefectibles de las tradiciones gubernamentales, políticas y sociales del Estado-metrópoli, parecen incapaces de superar el peso de esta herencia; y todo ese parasitismo peninsular incrustado en el carácter y la inteligencia de los gobernantes de entonces, se encuentra aquí en las nuevas clases dirigentes; cualquiera sea el individuo, cualquiera sea su punto de partida y su programa, el rasgo ibérico está ahí: el conservadurismo, el formalismo, la ausencia de vida, el tradicionalismo, la sensatez del consejo, un horror instintivo al progreso, a lo nuevo, a lo desconocido, horror bien instintivo e inconsciente, ya que se hereda.

A lo largo aparece un espíritu capaz de actuar eficazmente en un espejismo perdido en el desierto; y la sociedad sigue arrastrándose a merced de quienes la dirigen. Asistidos, reconfortados por ellos, los elementos refractarios, remanentes del pasado parasitario, reviven, proliferan, adoctrinan, orientan; y la nueva patria no llega nunca a ser una patria, sino una ex colonia que se prolonga por el Estado independiente contra todas las leyes de la evolución, sofocando

el progreso, atrapada por mil preconcepciones, obstaculizada por la ignorancia bajo el conservadurismo.

El resultado de ese pasado recalcitrante es esta sociedad que está ahí: pobre, exhausta, ignorante, brutalizada, apática, sin noción de su propio valor, esperando del cielo un remedio para su miseria, pidiendo fortuna al azar -loterías, romerías, exvotos-; analfabetismo, incompetencia, falta de preparación para la vida, supersticiones y creencias, telarañas sobre inteligencias abandonadas... O la putrefacción pasiva, o la agitación de intereses viles, conflictos grupales, dominados por un utilitarismo estrecho y sórdido, donde los más astutos no saben pensar ni querer, incapaces de un esfuerzo continuo, corriendo de empresa en empresa, gimiendo cuando tienen hambre, gruñendo como cerditos cuando están hartos.

Esto, sin embargo, no llega a impresionar a los que dirigen, que actúan como si no tuvieran otros móviles más que el egoísmo, el miedo, el interés material; sin siquiera pensar en lo frágil que es el trabajo social que se inspira en otros motivos. Y cada uno comprende la vida según el sabor de sus intereses, o no la comprende; tal es el caso de la mayoría, descuidada, entorpecida, sin dirección moral, sin amparo, sucumbiendo a la ignorancia, que opone un obstáculo invencible al desarrollo de todas las virtudes cívicas. Es más, es el cansancio, la incredulidad, la desilusión temprana. Si “las campañas sociales dan una medida de la vitalidad y del progreso de un pueblo”, las sociedades en general de América Latina, y notablemente en Brasil, dan un testimonio muy triste de lo que valen actualmente.

De todo esto resulta, incluso para los más ilustrados, un pesimismo doloroso, un escepticismo negativista y triste, contra el cual no prevalecen ningún entusiasmo, ni ideales, ni sueños de sacrificios generosos...

*Le progres humain ne saurait résider dans la puissance d'une formule économique et sociale. L'amélioration de l'humanité est tout entière dans cette culture, qui permettra de choisir entre les formules proposées, et fera l'adaptation des hommes ou nouvel essai de vie supérieure.*  
G. Clemenceau

El mundo civilizado nos abruma con su desprecio y nos condena sumariamente. Es inicuo porque, en verdad, ese pasado horrendo y tenaz que nos acecha no fuimos nosotros quienes lo preparamos;

somos más bien las víctimas. Pero reconozcamos que la condición en la que nos encontramos es triste.

Es triste, casi vergonzoso, que después de 400 años de existencia, al final de un siglo de vida autónoma, la civilización no sea para los americanos del Sur más que una carga aplastante, una fuente de dolor y de luchas sangrientas; y ese progreso no es más que una aspiración mal definida, un grito pomposo en una retórica estafada. Por tanto, la sociología de la codicia afirma que somos incapaces, esencialmente inferiores, refractarios al verdadero progreso.

Estos conceptos deberían impresionarnos sólo por la amenaza que contienen, y no por su mérito científico ni para hacernos dudar del futuro y de nosotros mismos. La ciencia que reivindican los filósofos de la masacre es una ciencia adaptada a la explotación; la verdadera, la pura, nos muestra la especie humana siempre progresando, en todas sus variedades, con alternativas, eso sí, por la degeneración de grupos y parcialidades que han abandonado el esfuerzo y la vida.

Nos enseña el camino del progreso y nos garantiza el éxito. Sufrimos, en este momento, una inferioridad, es verdad, en relación a otros pueblos cultos. Es la *Ignorancia*, es la falta de preparación y de educación para el progreso; esto es inferioridad efectiva; pero es curable, fácilmente curable. El remedio está indicado. Aquí está la conclusión última de esta larga manifestación: la imprescriptible necesidad de atender a la instrucción popular si América Latina quiere salvarse.

Parecerá anacrónico, en este momento de la historia occidental, venir a defender la educación. Será anacrónico, pero es indispensable; no hay propaganda más urgente. A pesar de que entre las clases dominantes, entre los inteligentes y cultos, todos están convencidos de las excelencias y ventajas de la instrucción; aunque pretendan considerar esta excelencia y ventaja como verdades banales; a pesar de ello, y precisamente por eso mismo, la propaganda se impone: como el tema se considera hoy indiscutible y banal nadie se ocupa de él, ni para impugnarlo, ni para ejecutar el programa que de él se deriva. Para el progreso y la civilización, como las masas populares siguen siendo ignorantes y nadie piensa en instruirlos, es como si no existiera tal convicción. Es necesario retomar la publicidad y no cesar hasta hacer realidad la idea.

Ahí está el remedio contra nuestro atraso, contra la miseria general; y los que tienen el corazón en su lugar no pueden rechazar esta obra de redención social. La propia apatía general mata el

entusiasmo; pero después de reflexionar sobre el grado de abyección al que está reducida la masa de la población en estos países americanos, y después de pensar en el futuro que les espera, el corazón se subleva.

La visión del sufrimiento es quizás más dolorosa que el sufrimiento mismo; por eso, la alegría, la risa, sólo es pura en los labios de un niño, que aún no ha visto ni comprendido el dolor. El corazón se contrae y se rebela, y el hombre “que piensa, comprende cuán indigno es oír a los abandonados de hoy, e infelices de mañana, decir que su sufrimiento es consecuencia ineludible de las leyes que rigen el universo”; que la injusticia, la desigualdad, es un hecho social como cualquier otro; que la miseria expresa, en el orden moral, uno de los aspectos de la selección natural; que se consuelen, tal vez, en verificar la admirable cadena de causas y efectos.

La dignidad humana reside en no aceptar ni resignarse a esta necesidad del mal; es rebelarse y luchar contra él. La indignación y la lucha contra el mal son también hechos sociales y funciones legítimamente humanas, más nobles que la pura contemplación, si se complementan con el estudio de las causas de la miseria y del atraso social, y si se busca un medio para combatirlas y reprimirlas.

La magnitud y la extensión de la desgracia no son razones para cruzarse de brazos. Hagamos campaña contra la ignorancia; no hay otro medio de salvar a esta América. Los paliativos, los expedientes, el empirismo y la sagacidad política ya han dado lo que podían dar. Este progreso, que algunos resumen en cifras presupuestarias, otros en el número de barcos y otros en la extensión de las minas explotadas, no sólo está mal definido, sino que es fugaz e ilusorio.

El progreso debe provenir de la propia sociedad en su conjunto; y esto sólo se consigue a través de la educación y la cultura de cada elemento social. No se eleva el medio sin mejorar a los individuos; no hay progreso para quien es incapaz de comprenderlo y desearlo, preverlo y buscarlo. El progreso es un triunfo: la victoria creciente sobre la naturaleza; y en la batalla que conduce a ella, la primera condición es estar libre de la ignorancia, de los preconceitos y los desalientos que en ella se generan, conocer los enemigos a vencer, conocer los obstáculos a suprimir o superar, conocer los recursos que se pueden utilizar, para saber el alcance de cada intento, para saber, para saber... para saber más y más.

En esta hora de mercantilismo universal, América del Sur sólo ve el progreso humano como prosperidad material, riqueza y poder;

y cada político creería que ha llevado a su país al extremo avance de la civilización, si los millones sonaran en las arcas de aquéllos que se hicieron grandes gracias a la ostentosa estructura de una nación poderosa. Sí, esa riqueza vendrá; tal vez sea fatal; pero para que ella venga, es necesario precisamente que algunos piensen en otro progreso distinto del de la pura riqueza material. Antes de que los infelices adquieran la acumulación soñada, es preciso que adquiramos la acumulación del espíritu, más fácil, más importante para progresar e indispensable para preparar cualquier otro.

Sin esto, sin la educación de las masas populares, sin su mejora, no sólo nos faltará riqueza; es la propia calidad de la gente entre la gente moderna. Poco importa lo que está inscripto en las Constituciones que las clases políticas depositan en los armarios oficiales. Como estamos, no somos ni naciones ni repúblicas ni democracias. La democracia moderna es producto del progreso; y seguimos siendo presas del pasado, recalcitrante en tradiciones y preconceptos, que aún no hemos logrado superar.

Querer un régimen moderno, con almas cristalizadas en las costumbres de hace tres siglos, no es una utopía: es una monstruosidad. Proclamar democracia y libertad, y mantener y defender las condiciones sociales y políticas de las eras del absolutismo es más que insensato; es funesto, más funesto que el propio absolutismo formal. Esto es criminal, pero al menos es menos lógico; el crimen puede ser lógico sin dejar de ser crimen; el régimen de democracia sin pueblo es absurdo, sin dejar de ser igualmente maléfico.

Por eso, desde hace un siglo, se lucha en América del Sur con ese nombre de libertad y democracia en los labios, sin que nos llegue la verdadera libertad o democracia; por esta razón, las invocaciones al progreso y a la civilización siguen siendo casi estériles. Los gobernantes y apóstoles serán, tal vez, de buena fe; el resultado no podría variar, aunque sus energías fueran diferentes, todos ellos realizando los superhombres soñados por Nietzsche...

Pretenden conciliar antagonismos: república, democracia, libertad -e ignorancia. Tanto vale construir en una costa de dunas, abierta a todos los vientos: mañana o faltará la tierra o llegará la arena y todo se sumerge. Un pueblo no puede progresar sin instrucción que encamine la educación y prepare la libertad, el deber, la ciencia, la comodidad, el arte y la moral. La evolución humana es el progreso del espíritu, es la cultura de la inteligencia para conocer, la cultura del sentimiento para amar. "El hombre está adaptado a la vida cerebral

como otros animales se han adaptado y transformado para volar, nadar, saltar o correr” (Haeckel).

La ignorancia sólo es fecunda para el mal; anula o inmoviliza a los más viriles; es la más radical de las debilidades porque deja al hombre atado de pies y manos a los choques de la vida, a los rigores de la naturaleza; rodeado de errores, cansado de errores; y condena de antemano al fracaso todo el esfuerzo. Si un ignorante, dentro de una población apta y preparada, es ya un mal porque es un inútil, un valor muerto que pesa sobre los demás... imagínense adónde va ese mal, cuando la población está constituida en su generalidad por ignorantes, nulos, ¡sin estímulos y sin aptitudes!...

*La evolución física es muy lenta y la conservación física muy poderosa; el principal elemento del progreso es, por tanto, la evolución de las ideas. Y, de hecho, ésta es la característica principal de la vida humana; porque la esencia de la vida misma es el progreso más que el orden.*

D. Folkmar

Reivindicando la difusión de la instrucción, la práctica de la ciencia, como el medio para curar nuestros males esenciales y avanzar hacia el progreso, no queremos atribuir a la cultura intelectual ninguna virtud milagrosa, salvo la importancia que tuvo y tiene en la historia de la civilización... Hemos demostrado que la instrucción no es el único objetivo del progreso; no se puede negar, sin embargo, que es uno de sus objetivos, uno de los fines y, al mismo tiempo, un medio: el medio principal. La primera condición para conquistar la civilización es conocerla, conocer la vida, sus necesidades, los recursos posibles; y no existe ningún otro proceso para poner a los individuos al nivel del siglo, para ponerlos de acuerdo con el momento.

Quien dice difusión de la instrucción dice progreso intelectual, porque es el medio social el que estimula y provoca la alta cultura científica, que alimenta a los pensadores originales, los creadores, en arte o en filosofía. La época, las condiciones favorables hacen florecer genios y talentos que, en un mundo de ignorantes, mueren ahogados, sin inspiración, o no comprendidos.

El progreso material deriva directamente de la ciencia, sus descubrimientos y aplicaciones. Es cierto que la riqueza y la prosperidad material exigen actividad, trabajo; esto lo perciben incluso los políticos; es sintomático que las clases dominantes, en América del

Sur, clamen contra la “inactividad de las poblaciones”. Silenciamos quejas y condenas vanas; en la actualidad sólo existe una manera segura de invitar a las personas a la actividad: es instruirlas; hoy en día no se entiende el trabajo que no es inteligente.

Es necesario educarlos, adaptarlos a la actividad; y tenemos que empezar por activar su inteligencia. Instruir es hacer pensar. Pensar ya es actividad. Pensar es crear, agitar el mundo de las imágenes, ampliarlo. Llevar a los hombres a tener ideas nuevas es hacerlos activos, de una actividad superior, porque la idea es el acto por el cual el espíritu, gracias a impresiones diversas y diferentes, crea una entidad nueva, el elemento mental, que representa una síntesis: la armonía última que, en su espíritu, se hace con los residuos de sensaciones, observaciones y enseñanzas pasadas. “Esta armonía –la idea– es una obra esencial del espíritu, un desdoblamiento del mismo por el camino de la verdad, del bien, de la cultura o de la justicia; la idea que así se genera no es una fórmula; no restringe; es un ser vivo, crece, produce, anima; reacciona a su vez sobre el organismo y lo impulsa a nuevas actividades”. Ésta es la noción superior y social de inteligencia. Crear las aspiraciones, sugerir lo bueno y lo bello, hacer de las ideas el principio de acción, ése es el papel de la instrucción.

La actividad presupone método, orden en el trabajo; y el espíritu es el orden por excelencia. Es en el esfuerzo natural por pensar bien que el individuo adquiere esta disciplina voluntaria, que no es un orden pasivo y sofocante sino armonía en la acción. El método y la autonomía hacen de cada personalidad una unidad original. Una vez que se aclara la inteligencia, el individuo comprende la necesidad de dar sentido y fin a la vida, y aquí está él, naturalmente activo para realizarlo; la cultura del espíritu le dio las fuerzas positivas para la conquista y el método para dirigirla.

No hay esfuerzos fecundos sin el saber, y el verdadero mérito de la ciencia reside en la acción que facilita y provoca. La ignorancia, cuando no es inercia, es la cobardía del espíritu; genera fatalismo supersticioso y místico, donde toda iniciativa se adormece; mutila la voluntad y enraíza las almas en esa resignación al mal y a la miseria, obstáculo invencible a todo progreso. ¿Qué otro medio -si no la instrucción- para hacer comprender a los hombres que no deben esperar el bienestar y la prosperidad de la fuerza de los decretos, *ni de la fatalidad de las leyes económicas*, y sí del propio esfuerzo, del trabajo inteligente?

Cuando se piensa en los complicados e infinitos vínculos que unen al individuo y lo hacen dependiente del medio, se comprende fácilmente que él –y por tanto la sociedad– no pueda prosperar sin conocer ese medio, sin estudiarlo, sin recurrir a lo que enseña la ciencia, encontrar el proceso de adaptarlo a sus necesidades, realizando así la indispensable adaptación recíproca entre el organismo y la naturaleza.

Para el hombre moderno, ésta es la primera necesidad; y es a través de la instrucción como esto se obtiene, preparando al individuo para que sea autosuficiente, compensando las deficiencias naturales por recursos de la ciencia. La naturaleza es inagotable con la condición, sin embargo, de que la estudiemos, la comprendamos bien y que consigamos aprovecharla y explorarla sin inutilizarla.

Los sabios no pierden de vista la riqueza, la prosperidad material: pensemos, entonces, en las feroces devastaciones de nuestros bosques y selvas, tan útiles a la vida; pensemos en lo que se ha perdido, irremediablemente perdido, en la fertilidad de nuestro suelo, en los bárbaros incendios que la ignorancia de nuestra agricultura enciende cada día, desde hace cuatro siglos, sobre miles de leguas cuadradas de tierra que, ayer fértiles y vírgenes, fértiles con el humus que allí se había acumulado desde las primeras eras de la vida, hoy se han convertido en campos ásperos, agrestes y desnudos, que sólo mucho trabajo y mucha ciencia podrán restituir a la cultura.

Fue el estudio directo de la naturaleza, la nueva concepción del universo, lo que dio al hombre esa fuerza incomparable, la predicción de los fenómenos, la dominación de las energías naturales, utilizando unas, neutralizando otras; fuerza que supera las mayores dificultades y produce milagros en la industria actual. Fue este estudio y esta nueva comprensión de la vida lo que les faltaba a los pueblos ibéricos en las épocas en que vivíamos a su sombra; y así perduramos durante siglos.

Y hoy lo indispensable y urgente es aplicar a nuestro entorno y a nuestras necesidades la ciencia ya hecha, difundir las verdades adquiridas y los buenos métodos de estudio; al mismo tiempo, necesitamos observar, estudiar e interpretar aquello que, siendo peculiar de nuestro medio, aún no forma parte del dominio corriente de la ciencia; hacer que tales nociones –unas y otras– entren en la vida común, y que todos sean capaces de asimilarlas y utilizarlas.

Que la ciencia no sea un adorno para los doctores sino un recurso para todos, en la lucha común contra las dificultades de la vida.



Tengamos la certeza de que no existe otro instrumento para transformar el entorno material y perfeccionar el entorno moral; contra el mal físico, crea confort, contra los abusos de fuerza, traza la justicia...

Pretender actividad por parte del ignorante es pretender lo imposible; la actividad está en la medida de las necesidades, de los deseos y apetitos a satisfacer. Un ignorante, fuera del mundo y de la civilización, es un alma nula, pura animalidad; come y ama como la bestia primitiva; está satisfecho, ¿por qué agitarse y esforzarse?... Su espíritu no tiene aspiraciones superiores, ni siquiera el mero confort. Desconoce el bienestar, y cuando la miseria es profunda se siente infeliz; pero no sabe encontrar ni la verdadera causa, ni siquiera la expresión del sufrimiento; en la conciencia obtusa, el dolor y el mal se dibujan con la fatalidad del día y de la noche...

Ábranse la inteligencia, revélenle el mundo; y cada rincón de los nuevos horizontes que se abren a su espíritu corresponderá inevitablemente a una nueva necesidad. El deseo punza su mente, sacude su voluntad y la desarrolla: está rodeado de estímulos, en el camino de la actividad espontánea y fecunda.

La instrucción no sólo se utiliza para hacer surgir nuevas necesidades; también sirve para definir las necesidades normales; y sirve principalmente para indicar los medios de satisfacer ambos, y de satisfacer a todos aquellos deseos postergados, oprimidos por la ignorancia de los recursos comunes.

Esta expansión del pensamiento va acompañada de una creciente complicación de deseos y estímulos; la propia inteligencia crea para sí necesidades, formula exigencias: el deseo de saber, jamás saciado, de indagar, descubrir, estudiar, explicar, conocer, crear, aplicar, imaginar, componer un ideal, un sistema. ¿Y las necesidades estéticas que la cultura desarrolla?..

Este desdoblamiento de necesidades se produce al mismo tiempo que una multiplicación y diferenciación de aptitudes mentales, que permiten afrontar la “diferenciación de funciones y la división del trabajo”, esenciales en el progreso. Es la instrucción, la cultura intelectual, la que provoca la aparición de variaciones individuales superiores, de nuevas curiosidades.

No hay duda de que el progreso es obra de un pequeño número de inteligencias; es preciso, sin embargo, que haya millones de cerebros trabajados, explorados, para que estas pocas inteligencias de élite se revelen; sin esto estarían perdidos, olvidados en una ignorancia primitiva. El talento se revela y al mismo tiempo se define su utilidad,

porque, en definitiva, un cerebro vale por el uso que se hace de él.

Es la instrucción la que, en la complejidad de la vida, crea esta infinidad de aptitudes, donde toda función encuentra un órgano adaptado; cuanto más giran las inteligencias, más probabilidades hay de estimularlas hacia nuevos caminos. Todas estas exigencias de la economía social, traducidas por la sabiduría inglesa en *The right man in its right place*, sólo encuentran posible satisfacción si cada inteligencia se conoce a sí misma, si no le faltan los medios para perfeccionarse.

*La liberté d'agir, c'est-à-dire, liberté de traduire en acte une volonté quelconque est la seule liberté existante. Elle est un attribut de l'être humain, car elle n'est que le fonctionnement de son organisme.*

A. Hamon

Después de enumerar las ventajas de la instrucción y de mostrar la necesidad de acercarla a todos los espíritus, si queremos compartir el progreso, después de esta larga demostración, será necesario probar que difundir la instrucción constituye un deber ineludible para todos aquéllos que son responsables por la suerte de estas sociedades americanas.

Deber, sí; deber de honor para aquéllos que son capaces de comprenderlo, tal es el aspecto moral de la cuestión. El deber supremo de quienes ocupan posiciones dominantes en nombre de un régimen democrático y libre es el de suprimir la injusticia en la medida de lo posible, defender la libertad y establecer la igualdad. Si es así, ¿qué es más urgente que hacer desaparecer de entre los individuos esta causa de desigualdad, esta causa de inferioridad intelectual y económica y de incapacidad política, como la de “no saber leer ni escribir”?... ¿Es comprensible acaso una democracia en la que 90 de cada 100 individuos están excluidos por analfabetos? Tanto vale decir: una democracia sin pueblo, sin ciudadanos.

Un régimen así, incluso si condujera a una práctica de pureza ideal, no sería más que la opresión y el despotismo de una aristocracia, sin nobleza, sobre la plebe servil. No se trata de difamar a los políticos; basta, para quienes sean de buena fe, la tristeza de contemplar su propia obra y ver cómo estos 80 años de democracia en América Latina han desmoralizado al régimen y los ideales que sinceramente pregonaban.

Se trata de acentuar las causas del fracaso en el que todos los programas y gobiernos se desmoronan, hasta el punto de demostrar cómo este fracaso resulta del hecho de que, en los políticos, la acción no corresponde a la palabra. Los desastres y los males proceden únicamente de que ellos pregonan la libertad y no promueven los medios para tornarla efectiva.

No hay régimen libre en la ignorancia; para liberar a los hombres, el primer paso es librarlos de esa ignorancia y entregarlos a la posesión de su propia inteligencia: “Una democracia no tiene otra razón de ser que dar a todos libertad y conciencia de sí mismos”. Éstas son viejas verdades, como bien sabemos. El más humano de los Andradas –Martín Francisco– ya escribía en 1824: “El hombre embrutecido no entiende en política otra idea que la de esclavo y amo. Prueba de ello lo tenemos en los portugueses y en los brasileños, que descienden de ellos”.

La verdadera concepción de la historia exige que consideremos sólo las realidades; pero real no significa sólo cosas materiales; la necesidad de la libertad es toda una realidad; en la civilización actual, el hombre no puede ser conducido como un ser incapaz e inconsciente, ni el entorno social puede ser una intersección de voluntades arbitrarias. Debemos considerarlo una complicación de leyes definidas, dentro de las cuales cada hombre debe saber dirigirse. La democracia es el más perfecto de los regímenes políticos adoptados, precisamente porque permite al individuo vivir libremente, en perfecta armonía con el resto de la sociedad. Por tanto, la libertad es esencial.

“¡Libertad!”... La idea se impone, ha conquistado las conciencias y, en este momento, las reacciones ya no se atreven a negarla abiertamente; pero al no poder suprimirla, la tergiversan; y la palabra ha servido de pretexto para tantas exploraciones y aventuras políticas, ha figurado en tantas proclamaciones vanas, en tantas frases huecas y pomposas, que es casi peligroso, y siempre dudoso, emplearla sin fijar su significado positivo.

Diminuta partícula del universo, atrapada en la red de sus leyes, el hombre no es un ser objetivamente libre; el “determinismo científico”<sup>1</sup> se impone a actos humanos como la caída de los astros

1. No confundir “determinismo científico” con “fatalismo religioso”; hay, entre uno y otro, la misma diferencia que hay entre hombres –producto natural de la evolución biológica– y hombres –factura del Padre Eterno.

o la afinidad de los átomos. Las inclinaciones, tendencias, hábitos, necesidades y apetitos en que se inspira la voluntad dependen de una multiplicidad de causas naturales e inflexibles. “Ser libre, objetivamente libre –define muy bien Renouvier–, es ser capaz de comenzar la vida en absoluto, fuera de toda vida e influencia en el tiempo y en el espacio”; el hombre es el producto de la vida anterior y de la vida ambiente; sus actos no son más que la forma en que la máquina orgánica reacciona o responde a las impresiones externas e internas.

Sucede, sin embargo, que es consciente de parte del trabajo mediante el cual se llevó a cabo esta reacción. La inteligencia humana se ha desarrollado, la conciencia se ha aclarado y, gracias a la memoria, esa misma conciencia se prolonga durante toda la vida; el individuo guarda el recuerdo de sus actos conscientes y de las reacciones superiores del espíritu, compara unos y otros, adquiere experiencia, y llega un momento en que puede conocer el resultado de ciertas reacciones, incluso antes de que se lleven a cabo.

Es consciente al mismo tiempo de muchas de las influencias que lo arrastran; la elaboración de las reacciones superiores se hace lentamente, los motivos que le provocan están claramente perfilados, y duda, delibera, sabe de antemano lo que va a hacer: es la voluntad. El hombre actúa según influencias que no le está dado crear, ni siquiera modificar por el momento; pero actúa conscientemente, actúa como le dice su conciencia: es subjetivamente libre, aunque objetivamente no lo sea. Es moralmente libre, si una influencia morbosa no ha pervertido su conciencia; y es responsable de sus acciones.

Lo importante, desde el punto de vista moral y social, es que el individuo tenga la impresión de que hace lo que quiere; y esto le basta para actuar siempre con esta convicción. La educación, la convivencia social, las experiencias pasadas, la previsión del futuro, la noción de la conveniencia, le harán desear el *Bien*: esto constituye una cuestión aparte. Lo esencial en este punto es atender a todas las necesidades de su organismo, y satisfacerlas como indique su razón. Sin esto, la actividad se embota, la personalidad se deforma, se paraliza; ya no hay responsabilidad moral.

La voluntad no es una expresión absoluta; como todas las reacciones orgánicas, es una consecuencia de las condiciones en las que se encuentra el organismo; pero, justamente por eso, es preciso que la inteligencia esté perfectamente esclarecida, capaz de tener una conciencia nítida de todas las posibilidades de acción, de todas las soluciones razonables, de los medios más fáciles y correctos para

satisfacer cada necesidad que se impone, o de los resultados lejanos de cualquier acto.

Sólo cuando el individuo llega a este estado es libre; es entonces que él delibera. Y cuando la solución se presenta a su espíritu, él debe estar libre de toda coacción exterior –*Libre*– para cumplir lo que su conciencia le indica. Sin esto, no hay actividad posible ni fructífera; el hombre no sería un hombre, sino un anulado, conducido con las riendas. Bajo este aspecto, se confunde libertad con actividad; toda restricción a la libertad es un obstáculo a la actividad. Además, el hombre no puede ser completamente activo mientras no esté adaptado al medio; y para ello debe ser debidamente instruido, para conocer los procesos de esta adaptación, y libre, para aplicarse a ella como le parezca más adecuado a su organismo físico y moral.

Aquí está la expresión psicológica de la libertad; y así podríamos definirla: facultad de actuar, teniendo la conciencia de los fines y pudiendo dar plena expansión a la actividad normal y útil. Pero, en verdad, la libertad es, antes que todo, un hecho social; deriva de la existencia misma en sociedad. Aquí quien dice sociedades dice relaciones, cambios, encuentros, que sólo pueden existir y progresar cuando los individuos se armonizan naturalmente, libremente. Pero sucede justamente que, de esta armonía, de este acuerdo en la vida común, resulta una cierta disciplina, que se vuelve más compleja a medida que las relaciones, los intercambios, son más frecuentes, íntimos y perfectos, en la proporción en que la sociedad progresa y el bienestar se acentúa.

Y de ello se deduce que parece haber, precisamente, un antagonismo entre progreso y libertad; parece que ésta se restringe en la proporción en que aquél se realiza. Es un engaño, un engaño que proviene de una mala comprensión de la libertad, principalmente desde el punto de vista moral. No puede haber antagonismo entre el estado social y la libertad, ya que es de la vida social de donde el hombre toma los elementos para dar pleno desarrollo a su actividad, ya que no hay libertad fuera de la sociedad. “¿Y no es la disciplina social una limitación cada vez mayor a la libertad?”. No, siempre y cuando no se confunda disciplina con imposición, o mejor dicho, siempre que la armonía y la competencia social sustituyan a la disciplina.

Lo indispensable es que el hombre esté debidamente preparado para comprender las ventajas de la vida social y para encontrar dentro de ella la plena expansión de su personalidad. “¿Y si esta personalidad no quiere desarrollarse sin perjudicar a los otros?” Es sólo que

no está debidamente preparada; es que la instrucción y la educación eran imperfectas; porque, en definitiva, si la sociedad sólo le da al individuo los elementos para su bienestar, entrar en conflicto con ella es perjudicarse a sí mismo. Además, en la naturaleza humana existen tendencias instintivas de altruismo –y éste es el factor principal de la vida social–, tendencias que, debidamente educadas, invitan a ser buenos y útiles en lugar de perversos y nocivos.

La libertad no es arbitraje ni capricho; la libertad es el derecho del individuo a encontrar por sí mismo la manera de conducirse y de ponerse de acuerdo con sus semejantes. Por eso no puede haber libertad sin instrucción, donde el individuo aprenda a conocerse a sí mismo y al entorno en el que vive, y también a conocer los recursos de los que puede disponer.

Salvo los casos mórbidos, el hombre es un animal sociable, y se adapta sin dificultad a la vida normal si lo preparan y educan convenientemente. Guizot, un conservador, reconocía que: *“Il est plus difficile de connaître son devoir que de l’accomplir”*. Quizás esto no sea del todo exacto; pero es cierto que el individuo no puede alcanzar ese estado de verdadera educación social –que consiste en saber gobernarse a sí mismo y dominar sus malos instintos– sin una perfecta preparación intelectual.

Y sólo cuando el hombre logra este dominio sobre sí mismo es efectivamente libre. Sólo entonces conseguirá poner su microcosmos en armonía con la sociedad, porque podrá penetrar en las relaciones íntimas y necesarias que lo unen al todo y no le permiten aislarse.

Ésta es la razón por la que el hombre pretende perfeccionar su vida social: porque reconoce que éste es el medio para liberarse de los obstáculos naturales, desarrollar su personalidad, establecer su autonomía y su iniciativa. La libertad se convierte en el esfuerzo constante y consciente por progresar, la voluntad siempre alerta, con el concurso espontáneo de todas las inteligencias; o, en otras palabras, concurrencia de todas las voluntades, cooperación de todas las inteligencias en perfecta reciprocidad.

Así estaría definida la verdadera democracia. Obtenida de este modo –la libertad en la armonía–, el hombre está en el camino de la felicidad, porque la felicidad, algo difícil de definir, es imposible de conquistar por un solo camino. Es fundamental que los individuos elijan libremente los medios para buscarla; florecen las esperanzas, se dibujan las aspiraciones, y esto ya es el anticipo de la felicidad.

La vida se vuelve tranquila y da gusto vivirla; la disciplina es enteramente voluntaria, ya que cada uno tiene plena conciencia de sus derechos y deberes; y el orden surge de la libre concurrencia de las voluntades; es el orden vivificante, que identifica la paz con la evolución, la actividad con la libertad.

Se objetará que esa tal libertad requiere adaptación. Sí, y es por esto que insistimos, para mostrar que esa adaptación consiste justamente en una instrucción bien entendida, que sirve de base a una verdadera educación moral, educación de donde se destierran los viejos preconceptos de la obediencia. La obediencia, que es orden en la inercia, sólo puede ser defendida por aquéllos que, haciéndose apóstoles y directores de las turbas, no tienen otra intención que la de explotar y dominar.

No se trata de imponer la obediencia, sino de hacer que todos participen activamente en la armonía social, o al menos comprendan el interés superior que de ella se deriva, y velen por ella. Y, para esto, fue necesario darle al pueblo una conciencia nítida de sus funciones y de su valor; fue necesario mostrarle que el egoísmo es una gran ilusión, y que los intereses y necesidades, en lugar de oponerse, deben combinarse... De este modo se haría la adaptación de la libertad.

Es una pretensión insana esperar el cumplimiento de deberes de quien no llega a comprenderlos, exigir progreso a un caos de ignorantes, mezcla inorgánica de individuos nulos, inconscientemente arrastrados por la vida, manada dócil para aventureros y caudillos.

La libertad no es vanidad ni aislamiento. Ser libre es, ante todo, escapar de la esclavitud que impone la ignorancia, de la esclavitud que reside en nosotros mismos, y aportar la inteligencia para iluminar las acciones y la vida; ser libre es comprender que la injusticia es mala y que el orden social no debe ser el orden externo, autoritario e inestable, resultante de una imposición tiránica, sino el acuerdo normal de todas las aspiraciones. "Ser libre es elevarse a la idea del bien humano superior, general", que sólo puede realizarse con la cooperación de todos, con la solidaridad de todos los esfuerzos; es convertirse en trabajador de ese ideal, quererlo, buscarlo.

Así, el individuo es verdaderamente autónomo, sin por ello entrar en conflicto con actividades ajenas y bien dirigidas; sólo luchará contra el mal. La verdadera libertad no es una fantasía sin reglas; no existe sin el pleno ejercicio de la inteligencia; consiste en poner una finalidad a la vida, en conformarse a ella.

*¿Cuál es el mejor de los gobiernos?  
El que nos enseña a gobernarnos a nosotros mismos.  
Goethe*

Fue la más loca de las pretensiones querer conducir a estas sociedades hacia la felicidad y el progreso, conservándolas en la ignorancia como hasta ahora. La historia de los pueblos contemporáneos está ahí para que la aprendamos: las naciones más cultas y educadas son las más avanzadas y prósperas. Examínelas una por una y encontrará una relación directa entre la difusión de la enseñanza, la generalización de la instrucción y el progreso social y económico; profundice más el examen y verificará que ese progreso es precisamente un efecto inmediato. Se traduce como una consecuencia natural y necesaria de la extensión de la enseñanza y de la agudeza de las inteligencias.

Los innovadores y progresistas no utilizan ningún otro recurso, en puestos gubernamentales, empeñados en engrandecer a los pueblos y llevarlos al éxito. En la economía social de nuestra época, decir país de analfabetismo es decir país de miseria, pobreza y degradación. Es verdad que, desde las profundidades sedimentarias del reaccionarismo político o místico, algunos sub-apóstoles han surgido para acentuar el hecho, bastante natural por cierto, de que, a pesar de la difusión de la instrucción, no desaparecen todos los delitos de la faz de la Tierra... De ahí que pretendan inferir la ineficacia de la cultura intelectual para el perfeccionamiento moral del individuo.

Una vez formulado el sofisma, ya no dudan: extienden su razonamiento hasta donde les conviene, para concluir que “la educación es, tal vez, un instrumento de perversión moral...” “*Rien de ce qu’ennoblit, instruit et releve l’homme ne saurait lui nuire*”, les responde con lógica y verdad. “Es una mentira –tal es la vehemente expresión de Ibsen– decir que la cultura intelectual desmoraliza al pueblo; no, lo que lo desmoraliza son los esfuerzos que se hacen por brutalizarlo, son las miserias de la vida”. Y la razón la tiene el gran noruego. De estas miserias y de estos malos esfuerzos proceden los crímenes y vicios que aún degradan a una parte de la humanidad; contra ambos sólo hay un recurso eficaz: fortalecer el espíritu, abrir la inteligencia, enriquecerla, dilatarla.

Esto lo sienten bien quienes se empeñan por mantener al pueblo en una ignorancia primitiva, que les permite y favorece todas las opresiones y explotaciones. Querían, esos sub-apóstoles del



ignorantismo, que la instrucción a medias, ya incompleta, ya viciada, como la reciben los desprotegidos por la fortuna, en las escasas horas robadas del necesario descanso, que esta poca instrucción tuviera la milagrosa virtud de llevar a las personas, en dos o tres generaciones, a la perfección angelical...

No, aquéllos que injurian así la razón y la ley de las posibilidades, éstos saben muy bien que la instrucción ha dado lo que podía dar, lo que se esperaba de ella. Arguyen, tergiversan, para ver si consiguen al menos mantener al pueblo en ese estado de cultura, aún elemental, que les permite continuar con la usurpación secular. Ni siquiera les repugnaría llevar a las masas a un estado de oscurantismo definitivo.

Felizmente para el futuro de la humanidad, la civilización y el progreso encuentran en sí mismos los elementos de resistencia a esta propaganda de retroceso; la inteligencia ha conquistado todas las convicciones y todos reconocen que no existe otro instrumento de prosperidad económica y material como la cultura intelectual. Por eso se ve a las naciones y a los gobiernos esforzándose por difundir la educación y la cultura, como se esfuerzan por la expansión del comercio y el valor de las flotas... y por eso, desde las clases altas, muchos se esfuerzan por esta labor civilizadora.

Los móviles no son los más puros; pero el progreso se aprovecha de ellos y la evolución redentora se realizará, preparada en parte por los mismos que quisieran posponerla indefinidamente, preparada por esos mismos gobernantes y dirigentes estimulados por el deseo de riqueza y de esplendor nacional, o impulsada por los utopistas.

Así ha sido para el resto del mundo; así debería ser para América Latina. No hay ilusión posible; en el momento actual, sería hasta insensato e incluso incomprensible afirmar el éxito de una campaña en favor de la instrucción popular, sin que por ella se interesara al menos una parte de las clases dirigentes; sería incomprensible porque la masa popular está anulada, incapaz de sentir la realidad de su propia miseria, y menos aún de intentar por sí sola un esfuerzo sufrido y metódico para instruirse y reconstruirse. *El pueblo consciente de su existencia, tal como exige una democracia, aquí no existe; es necesario crearlo.*

¿No hay en estos gérmenes de sociedades y de patrias almas generosas y fuertes que se comprometan en esta empresa? Definitivamente sí; y esperamos que ellos, aceptando la tarea como un deber social, se agiten y logren imponer la cuestión a la indiferencia de los gobernantes. Es imperativo encontrar una manera de

llamar la atención de la gente dominante sobre este tema olvidado y darle la importancia capital que realmente tiene; no para inscribirlo como una luminaria en programas políticos invariablemente estériles; para que lo resuelvan, que hagan la difusión de la instrucción, con urgencia, como la hora lo reclama.

Hablad a su corazón, recurrid a su amor propio, recordadles las glorias y el renombre con que la gran obra consagrará a quienes la realicen; que se castigue el egoísmo inmediato de quienes están con la República porque ésta les pertenece, que se invoque el instinto de la propia conservación, mostrándoles que una República, una democracia, que deja fuera de sí, indiferentes y nulos, a la gran mayoría de los individuos es monstruosa, no puede ser duradera.

Mostrémosles también que si hoy ya es muy difícil alcanzar a otros pueblos en su avance hacia el progreso, será aún más difícil más adelante, dado que nos desaceleramos a medida que la civilización se acelera. Hacedles sentir, en definitiva, que no hay otra manera de evitar el fracaso absoluto de estos esbozos de civilización latinoamericana y que, en el desastre final, ellos mismos –los dirigentes– serán los más infelices. Es pueril pensar en resistir eficazmente a Europa, formidable y abrumadora, con nada más que ametralladoras y fusiles; seremos fatalmente derrotados y devorados; el ejemplo de los bóers exime de cualquier demostración más extensa.

Ciertamente, es necesario que estemos preparados para defendernos materialmente de cualquier ataque brutal; pero lo esencial, como garantía efectiva, es constituirnos en nacionalidades avanzadas, caracterizadas, inasimilables. Además, es del progreso intelectual y de la cultura científica de donde podemos extraer elementos de buena resistencia material.

Dirijámonos a aquéllos que sinceramente querían ver florecer una democracia republicana en América del Sur, y en particular a esas pocas personas en nuestra patria cuyos corazones se estremecen ante las aspiraciones de libertad; nos dirigiremos a ellos para que hagan un esfuerzo en esta campaña, que es el buen y único camino hacia el ideal soñado, y que, una vez proclamada la democracia, no se debe condenarla sin ponerla en práctica.

A quienes no pueden ver más progreso que la prosperidad material, presentémosles el cálculo de lo que se pierde diariamente, de la actividad superior y del trabajo inteligente, con estos millones de individuos, cuyos cerebros duermen por ahí, ahogados por el analfabetismo y la estupidez primitiva; ¡Que piensen en la contribución

que tales individuos podrían aportar al progreso y en la cooperación activa que no supieron brindar millones de hombres, de cuya existencia ni las generaciones presentes ni las futuras obtendrán jamás beneficio alguno!...

Estados Unidos, Francia, Alemania, Bélgica, son naciones prósperas y avanzadas... Sí, y este progreso y prosperidad parecen bastante naturales, cuando se piensa en las decenas de millones de individuos que existen allí, aptos, efectivamente aptos, para la vida, complejidades de nuestro siglo. Hoy en día, el hombre vale por la inteligencia; para el simple trabajo físico existe la máquina. Trabajemos para hacer llegar a toda la gente la creencia indispensable en la eficacia de las voluntades libres e ilustradas: libertad para querer, inteligencia para realizar. Difundamos la convicción de que, de esta manera, habremos obtenido la victoria y garantizado el progreso<sup>2</sup>.

Practicar política es un engranaje terrible; no sólo diseca las almas, sino que estrecha los puntos de vista; distorsiona el criterio y el juicio de tal manera que vemos al común de los militantes absorbidos por cuestiones de un interés social menos que secundario, indiferentes a los asuntos capitales; ni siquiera se mencionan las cuestiones que realmente influyen en la evolución de la nacionalidad.

Se ocupan de algunos detalles, a los que dan el pomposo nombre de cuestiones financieras o políticas, y el resto no tiene valor. Para ellos, que sobrecargan diariamente a las generaciones futuras, contrayendo préstamos o posponiendo deudas para que las paguen los que vienen, para ellos, preparar a esas mismas generaciones futuras ni siquiera es una cuestión política. Ni lo entenderán; tal vez, como podría afirmar Montesquieu, “la educación –incluida la educación intelectual– es el deber principal de una República”.

Dediquémonos a arrancarles de este falso criterio y llevemos a los grandes defensores del progreso a exigir para esta cuestión –la Educación– el protagonismo en la política: Renan, inspirador de la tolerancia, de la bondad y de la ciencia, proclamando que “el fin de la humanidad, y por tanto aquello a la que se debe orientar la política, es la más alta cultura humana”; Zola, el artista de la verdad y de la

2. “Si, en un momento dado, los hombres hubieran creído firme y dogmáticamente en la libertad misma, en lugar de llegar a creer en ella tan lenta e imperceptiblemente, a través de un progreso que tal vez sea la esencia del progreso mismo –desde ese momento, la cara del mundo habría cambiado abruptamente” (Renouvier).

justicia, afirmando que “la moral, como la política, se puede resumir en este gran lema: educar al pueblo”.

Demostremosles que, hasta hoy, los republicanos legítimos no han cambiado de opinión sobre este punto. Que escuchen a Bourgeois, siempre aceptado entre los demócratas franceses, que lo escuchen decir incluso ahora: “La educación es la primera y la última palabra en política”; que escuchen a Clemenceau, nunca infiel a la libertad y a la democracia: “La educación popular debe ser el principio fundamental de toda política republicana”.

Sólo no piensan así aquéllos cuyo juicio ha sido distorsionado por la política. Que éstos –los de Brasil principalmente- superen por un momento la estrechez del horizonte que los rodea, vean la situación moral de esta sociedad, y reflexionen sobre lo siguiente: la proclamación de la República, francamente democrática, con exclusión por parte del Estado de cualquier doctrina religiosa, presupone desde el principio la difusión de una enseñanza verdaderamente laica-científica; la eliminación del dogma religioso como disciplina intelectual implica la extensión de un servicio público: la instrucción; el hombre –ente de razón- no puede existir moralmente sin tener esta base de equilibrio mental, una explicación sobre sí mismo, su destino, sus orígenes, el mundo donde vive, la razón de ser de las reglas morales; la explicación contenida en el dogma es grotesca y sin sentido, en cualquier caso, es una explicación; llega a la República, prescinde de la disciplina religiosa, libera las conciencias... para dejarlas vacías, no teniendo otro recurso, si quieren satisfacer esta necesidad normal del espíritu, que absorber las locuras y puerilidades católicas o caminar por ahí desvariando hasta volver a la animalidad primitiva, ya que los políticos no sienten necesario proveer a las inteligencias en formación de verdades positivas y sanas, adquiridas por la ciencia...

*La vida, como la antigua Tebas, tiene cien puertas. Unas se cierran, otras se abrirán... Los tiempos se rectificarán. El mal terminará; los vientos ya no se esparcirán más, ni los gérmenes de la muerte, ni el clamor de los oprimidos, sino tan sólo el canto del amor perenne y la bendición de la justicia universal...*

Machado de Asís

No desperdiciemos esfuerzos lamentando lo que no se hizo; veamos lo que hay que hacer y, para darle mayor vigor a la campaña,

pensemos en cómo será esta parte del mundo cuando estos muchos millones de personas inútiles representen unidades sociales efectivas en el concurso de las actividades humanas. En lugar de esperar a que los analfabetos, entusiasmados por la ciencia, se combinen y se coticen, y vengan a organizar escuelas para sí y para los hijos, o que desilusionados por su propia ignorancia vengan a pedirnos instrucción, les vamos a ofrecer esa instrucción, que desconocen y que los reconstruirá.

Comencemos por el principio: la difusión de la enseñanza primaria. Desempolvemos las inteligencias, despertémoslas; es el camino para llegar a la educación integral. Forcemos la nota, en una campaña generalizada; llamemos a la actividad a tantas inteligencias como puedan acudir a nuestro llamado; miles de lectores vendrán a estimular la producción literaria y la cultura científica: una y otra, a su vez, se reflejarán en el público, ampliándolo cada vez más, educándolo. Prensa, revistas, círculos de estudio, bibliotecas, universidades populares, universidades verdaderamente populares y no academias ficticias de las que el pueblo huye, y con razón.

A todo ello debemos recurrir, y el éxito será infalible, siempre y cuando no nos abandone ni la convicción ni la excelencia de nuestra campaña ni la tenacidad del esfuerzo. Después, la obra misma vendrá en ayuda de quienes la conducen; de la cooperación de las ideas nacerá la cooperación de las voluntades; es éste un resultado indiscutible de la instrucción. Es un movimiento que se acelera desde sí mismo; de la pura instrucción intelectual se desprenderán los principios de la educación técnica y moral, que tornan viables las democracias, formando ciudadanos moralmente libres y útiles.

Ya no se trata simplemente de la cultura intelectual, considerada en sus aplicaciones prácticas, la ciencia al servicio de la industria; se trata del papel de la inteligencia en la constitución de las sociedades actuales, y en la formación de los siglos que se aproximan, noción que no debemos olvidar, porque la sociedad que pretende perdurar no sólo debe organizar el presente sino también preparar el futuro; esto es lo que quiere el interés social bien entendido.

La ciencia no es un régimen ni prevalece por imposición; pero, por sí misma, conquista las mentes y vence la rebeldía; y no hay nada más saludable, tal vez, que escuchar, en el desconcierto del egoísmo aturdido, su palabra serena -luz pura y natural- sobre las inteligencias que se pierden en esta agitación triste. Si el verdadero progreso consiste en transformar la naturaleza animal del hombre

en naturaleza social, nada ha contribuido más a este progreso que la ciencia, incluso cuando reconoce y demuestra nuestra verdadera filiación en el linaje animal; porque al descubrir esta verdad, descubre al mismo tiempo que la perfectibilidad es inherente a la propia vida, y que esos maravillosos atributos del espíritu, cuya cultura y refinamiento tanto queremos, no son más que la expansión de las facultades aún embrionarias en otros tipos de la serie a la que pertenecemos, y donde representamos el grado mayor de evolución.

Contemplando y midiendo el progreso ya realizado, el filósofo y el apóstol pueden esperar y prever todas las perfecciones. En un tiempo, éramos simples brutos, apenas conscientes; nos convertimos en hombres, nos apoderamos de la tierra, creamos el cielo, descubrimos la fuerza y la inteligencia, soñamos con el bien y la justicia, inventamos la divinidad y la enriquecimos con nuestros sueños de belleza y de virtud; hoy disipamos este cielo ilusorio, nos apropiamos de la fuerza, reivindicamos la inteligencia, la refinamos; dilatamos el corazón, luchamos para realizar en la Tierra ese paraíso de felicidad y de justicia que ayer nos parecía imposible en este mundo, y somos más generosos y buenos que la propia divinidad; mañana estaremos más allá de todas las utopías.

Vivir es progresar, declinar ya es morir; la moral, el perfeccionamiento, es la vida que se desarrolla. Pero no olvidemos que la vida no se deja mutilar; quien no quiera declinar tiene que aceptarla y vivirla integralmente, activamente. Vivir es progresar, y progresar es actuar eficazmente, dirigiendo el esfuerzo hacia un plan determinado, armonizando los actos y las aspiraciones, dando a la existencia esa unidad que es la belleza moral misma.

Aceptemos la vida integralmente; busquémosla en todas sus fuentes de energía, que resumen no sólo las exigencias materiales sino también las intelectuales, afectivas y estéticas; restituyamos estos grandes estímulos a la prominencia del progreso. La necesidad de belleza –al igual que el desinterés por la dedicación y la curiosidad del saber– es mucho más general de lo que se piensa; pero no se puede exigir al desgraciado ignorante que sienta la armonía de las líneas del Partenón o que se extasíe al escuchar una fuga de Bach; hay bellezas que sólo una preparación preliminar vuelve sensibles.

Sin embargo, no hay ninguna razón para que el gozo estético deba ser el privilegio de un pequeño número; que se difunda la instrucción, que se preparen los espíritus y que el arte venga a constituir una función normal en la vida, tal como lo comprenden sus grandes

apóstoles modernos, los Ruskin y los Morris. El arte ha sido y será una fuerza en la evolución humana, una fuerza prodigiosa, que alcanza por igual al corazón como a la inteligencia, despierta entusiasmo y crea admiraciones. Como el pan material, el individuo precisa, para que su armonía moral sea completa, el alimento de la verdad y la belleza.

“El fin del hombre –ya lo pretendía Aristóteles– es su perfeccionamiento en vista de la felicidad”. Bienestar, saber, libertad, amor y belleza, tales son las tendencias que en todos los tiempos han arrastrado a la humanidad y, aún ahora, la involucran en una crisis terrible, que terminará fatalmente con la reparación de las iniquidades seculares; contra ellas se empeñan todas las almas generosas y fuertes, todos los espíritus que desean caminar hacia la luz, la verdad y la justicia.

Pongámonos en acción; no esperemos que una corriente fatal nos lleve al progreso; pongámonos en acción, como quien está convencido de que el progreso y la felicidad se conquistan, y sólo los alcanza quien sabe conquistarlos. Busquemos de la ciencia sus recursos eficaces e infalibles; y emancipados por la crítica, iluminados por el saber, volvamos a la vida, confiados y fuertes, preparándonos para el confort, la fraternidad, los placeres elevados, morales y estéticos; y esforzándonos por transmitir a las generaciones futuras las líneas de una felicidad más perfecta.

Éste será el tributo más digno que podemos ofrecer a nuestra Patria; de esta manera, seríamos patriotas siendo al mismo tiempo esencialmente humanos; que el único patriotismo comprensible y noble es el que se traduce en mejorar las condiciones de existencia dentro de cada país, solidaridad con los individuos en la lucha por la vida, solidaridad con las patrias en el sentido de la civilización y la humanidad.

Consagremos en una expresión superior esta necesidad de amar los horizontes y los paisajes que la naturaleza nos ha revelado; demos una significación moral a este interés natural por las personas que nos enseñaron la vida, por las generaciones que trajeron la caricia indispensable a nuestros afectos renacidos.

En estos sentimientos, toda aspiración es noble, y el corazón, ya ardiente y vigoroso, se fortalece y exalta en la evocación del propio sueño: por todo este continente, la libertad y el progreso fraternizando a los pueblos, en la justicia y la belleza; la democracia exaltada sobre el futuro, serena, alegre y sana, mirando la vida y

sirviéndola, marchando para una gloria verdaderamente humana, en el concierto triunfante de esfuerzos felices y fructíferos, a la luz de horizontes amplios y puros, como los que se desdoblán a través de nuestras cordilleras.

*Utopía... Utopía...* repetirá la sensatez demoledora. Utopía, sí; seamos utópicos, muy utópicos; mientras no esterilicemos nuestro ideal, esperando su realización por parte de cualquier fuerza inmanente a la propia utopía; seamos utópicos mientras trabajemos. “Sin los utópicos de antaño, los hombres vivirían, aún hoy, en cuevas, miserables y desnudos. Son los utópicos quienes trazaron las líneas de la primera ciudad. De los sueños generosos surgen realidades beneficiosas. La utopía es el comienzo de todo progreso y el bosquejo de un futuro mejor”.

Dejemos a la gente *conservadora y reflexiva* condenar y despreciar la utopía; deseemos lo que será la gloria del mañana: una América feliz, en la clemencia de su clima, en el esplendor de este cielo, inteligente, trabajadora y pacífica en la comunión social, dulce y fraterna en la expansión natural de la cordialidad instintiva, separada del egoísmo feroz que degrada a otras civilizaciones.

Que “los muertos entierren a sus muertos”; recurramos a la acción fecunda, demos vida a toda nuestra actividad, y ella nos llevará al progreso y a la victoria, como el árbol conduce a la cima y a la luz.



# ÍNDICE

PRÓLOGO. EN DEFENSA DEL MESTIZAJE .....	5
<i>Santiago Cafiero</i>	
PALABRAS PRELIMINARES .....	9
AMÉRICA LATINA. UN ESTUDIO DEL PARASITISMO SOCIAL .....	13
LAS SOCIEDADES NUEVAS .....	27
RESUMEN Y CONCLUSIÓN .....	115

